El Gráfico

EDICIÓN ESPECIAL



Edición Extra Nº173. En Argentina $5
En Uruguay $60.- En U.S.A.: Este US$ 6,50; Oeste US$ 6,50







PEÑAROL

108 años de grandeza

Grandes cracks de la historia de Peñarol. Arriba, de izquierda a derecha. Juan Alberto Schiaffino, Nestor Goncálvez, Obdulio Jacinto Varela. En el centro: Fernando Morena, Roque Gastón Máspoli, Juan Eduardo Hohberg. Abajo: José Piendibene, Pablo Javier Bengoechea, Alberto Spencer.-

El Gráfico

PEÑAROL, 108 AÑOS DE GRANDEZA

Director
Aldo Proietto
Directores Adjuntos
Osvaldo Ricardo Orcasitas (O. R. O.)
y José Luis Barrio
Editores Generales
Luis A. Hernández,
Daniel Roncoli y Julián Mansilla
Editores
Alfredo Alegre, Elías Perugino
y Claudio Martínez
Redactores Jefes
Diego Borinsky,
Hugo Suerte y Eduardo Verona
Redactor Especial
Horacio Del Prado
Coordinador
Daniel Galoto
Jefe de Producciones Especiales
Matías Aldao
Productores
Germán Heidel, Gabriela Macoretta,
Gisela Pérez Perpiñal y Carlos Voto
Colaboradores
Pablo Aro Geraldes, Alejo Aversente,
Domingo Camarda, Alberto Cantore,
Rodolfo Cedeira, Juan Cruz Díaz,
Eduardo Donadio, Guido Glait, Roberto
Glucksmann, Carlos Irusta, Maximiliano
Lo Russo, Cristian Mellara, Maximiliano Nóbili,
María Ordás Carboni y Orlando Ríos

Departamento de Arte
Director
Juan Angel Maizares
Jefe
Humberto Aste
Diagramadores
Daniel De Majo, Francisco Pizzorno y Gabriel Podestá

Departamento de Fotografía
Editor General
Eduardo Forte
Editor
Alejandro Del Bosco
Producciones Especiales
Alejandro Pagni

Consejo Editorial
Carlos Avila, Raúl H. Burzaco y Aldo Proietto

Publisher
Carlos F. Sarthe
Departamento Comercial
Gerente: Oscar Alberto Repetto
Promotor: Diego Bonet
Jefe de Ventas Especiales
Alberto Cordone
Jefe de Propaganda y Promoción
Adrián Tambuscio
Departamento Administrativo Financiero
Gerente: Eduardo Sánchez

Director Corporativo
Diego G. Avila

Distribuidor en Capital Federal, Gran Buenos Aires e Interior:
Editorial Atlántida S. A.

EL GRAFICO. Fundada el 30 de mayo de 1919 por Constancio C. Vigil, es publicada en Buenos Aires, Argentina, por Torneos y Competencias S. A., Av. Paseo Colón 505, 2º piso, 1063 Capital Federal. Tel.: (11) 4341-5100. **APARECE LOS MARTES.** Precio del ejemplar en todo el país: **$ 4,90. SUSCRIPCIONES:** En el exterior, por 1 año (52 números) U. S. A.: u$s 298.- Canadá y resto de América: u$s 418.- Europa: u$s 460.- Africa, Asia y Oceanía: u$s 510.- Informes: Interamerican Network Inc.- P. O. Box 463 - North Salem, New York 10560, U. S. A. Tel.: (914) 276-0442. Fax: (914) 276-0414. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 927133. Impresa en los talleres gráficos Atlántida - Cochrane S. A. Ruta Panamericana, Km. 36,700, 1619 Garín, provincia de Buenos Aires. Adherida a la Asociación Argentina de Editores de Revistas, al Instituto Verificador de Circulaciones y a la SIP: Sociedad Interamericana de Prensa.

PRINTED IN ARGENTINA.
ISSN 0017-291X
Octubre de 1999 - Extra Nº 173

PEÑAROL, ETERNO Y GLORIOSO



Por: DANIEL GALOTO
Director de la Edición

La Revista **EL GRAFICO** presenta con orgullo esta Edición Especial dedicada integralmente a la celebración de los 108 años de grandeza, del **Club Atlético Peñarol de Montevideo**.

Lo hacemos con la satisfacción de estar respondiendo a una enorme legión de simpatizantes, quienes a lo largo y a lo ancho de toda la República Oriental del Uruguay, y también de nuestra República Argentina, viven en los distintos estadios y a través de la televisión por cable (respectivamente), esta fiesta como auténticamente propia.

Ya todos lo sabemos, pero vale la pena recordarlo : Peñarol es uno de los clubes de fútbol más grande en América y en el Mundo. En su rico historial deportivo ha ganado cinco Copas Libertadores de América y tres Copas Intercontinentales, además de otros numerosos trofeos. Las ocho máximas conquistas internacionales de los aurinegros reviven en este número especial, imprimiendo en el mismo cálidos y nostálgicos recuerdos.



Peñarol es un grande por su multitudinaria hinchada, por sus excelentes futbolistas y por sus grandes directivos. Sus próceres dirigenciales lo han llevado por un claro camino de victoria deportiva y grandeza institucional : el recordado **contador Gastón Güelfi**, el inolvidable **Washington Cataldi** y el experimentado titular actual **contador José Pedro Damiani**.

Mencionar jugadores es caer, seguramente, en una injusticia. Pero sirvan sólo algunos nombres como muestras de una riqueza extraordinaria que ha admirado el mundo entero : Fernando Morena, Pablo Bengoechea, Juan Alberto Schiaffino, Obdulio Varela, Alberto Spencer, Juan Joya, Ladislao Mazurkiewicz, Pepe Sasía, Alcides Ghiggia, Pedro Virgilio Rocha, Julio César Abbadie, Oscar Míguez, Néstor Tito Goncalvez, Antonio Alzamendi, Carlos Aguilera, Diego Aguirre, Roque Gastón Máspoli, Antonio Pacheco y muchos más. Todos han quedado en el corazón de los fieles hinchas carboneros.

Para continuar la espectacular fiesta que comenzó en el Estadio Centenario, con el encuentro amistoso contra San Lorenzo de Almagro, cuando los emocionantes fuegos artificiales iluminaron de alegría, luz y color la noche de Montevideo ; **EL GRAFICO** tiene el honor de presentar este merecido número especial.

¡Salud eterno y glorioso Peñarol, serás grande por siempre !



Pablo Bengoechea, el capitán e ídolo actual, con el extraño número 108 en sus espaldas, que vistieron todos los jugadores que actuaron en el encuentro celebración contra San Lorenzo de Almagro, Argentina. El hombre de Rivera jamás perdió su particular acento fronterizo, aunque hace muchos años vive en pleno corazón del pintoresco barrio de Pocitos, en Montevideo. Genio y figura peñarolense.

"¡Tam, tam, tammmmmm !", sonaron los tambores de los negros candomberos uruguayos. Una genuina muestra de que todo el pueblo futbolístico oriental goza uniendo una de sus músicas más típicas, con su enorme amor por el fútbol. Dos bellezas morenas siguen el ritmo, al frente del retumbante ruido de la murga aurinegra, mientras al unísono más de 55.000 personas estallaban en un vibrante : "¡El que no salta es Nacional !".

LA FIESTA

Los carboneros festejaron a lo grande sus 108 años de gloriosa vida. Más de 55.000 aurinegros se juntaron en el Estadio Centenario para vivar a Peñarol. La noche se llenó de alegría y de cálidos recuerdos.

Un show espectacular. La Torre de los Homenajes -símbolo universal del Estadio Centenario- ya luce la bandera de Peñarol, que fuera izada a las cero hora del martes 28 de setiembre, día del cumpleaños del club, mientras un solo de trompeta daba a la atmósfera, poblada de recuerdos aurinegros, un solemne aire marcial. Los fuegos artificiales fueron colosales ; por unos segundos toda la cancha (que estaba a oscuras), se iluminó con la luz reflejada por la intensidad de los mismos.

INOLVIDABLE

PRODUCCION : **DANIEL GALOTO** (Enviado especial a Montevideo, Uruguay).
Fotos : ALEJANDRO PAGNI, FERNANDO GONZALEZ ROTH y JULIO CASTAGNELLO.

La fiesta inolvidable







Un aurinegro más, encaramado en medio de la Tribuna Amsterdam, enarbolando la gloriosa enseña peñarolense. La gran fiesta comenzó con una intensa lluvia, pero luego, terminó bajo la luz de la luna. Como decía el recordado ex presidente Manya, Washington Cataldi ; "¡Jesucristo es hincha de Peñarol !".

"¡Pá, arreglate el gorrito !". Un botija disfrazado al máximo de Peñarol, le acomoda el sombrerito aurinegro a su papá. De padres a hijos, de hijos a padres; Peñarol es un sentimiento que nació hace 108 años y que se extiende en el tiempo. Y que será eterno, claro está, "porque seguirá ganando siempre"...

El saludo del plantel actual en el centro del field del Estadio Centenario, Monumento al Fútbol Mundial. Las sonrisas y la alegría. Peñarol lució una casaca similar a su histórica primera camiseta oficial. Entre otros, el Patito, Pandiani, Pacheco (el gran goleador de hoy)...

La histórica Torre de los Homenajes con los 108 años que -según el criterio aurinegro- marcan que "Peñarol es el decano del fútbol uruguayo", en una controversia eterna con Nacional. Peñarol el club que ganó más títulos en toda la estadística general, es sin duda el "Campeón del Siglo" del "balompié oriental".

"Vivo gracias a mi viejo y muero por estos colores", así reza una de las miles de banderas que poblaron el Estadio Centenario, la noche del encuentro contra los santos porteños... El partido terminó cero a cero, pero sólo fue una anécdota. La noche se llenó de nostalgias y recuerdos. Y también, de una gran esperanza : lograr el título del actual Torneo Clausura para jugar las finales contar el eterno rival de todos los tiempos, por el Campeonato Uruguayo de 1999.



La fiesta inolvidable



No había jugado nunca en su querido Peñarol, pero toda la hinchada de los Manyas lo admiraba al reconocerlo como un auténtico integrante de la misma: Enzo Francescoli, sin la banda roja del River Plate porteño sobre su pecho. El "inmenzo" jugador oriental (con "Z" como lo dijo el cantautor argentino Ignacio Copani), hoy vicepresidente de Tenfield, una empresa que regula los derechos televisivos del fútbol, ingresó al campo acompañado de su hijo menor Marco y de una colosal alegría: "¡Por fin pude vestir la gloriosa camiseta de Peñarol!".

"¡Au-ri-ne-gro !, ¡au-ri-ne -gro !", el Patito Aguilera entona el canto enfervorizadamente, como si también estuviera saltando sobre uno de los escalones del Talúd de la Tribuna Amsterdam, desde donde presenciaron el encuentro los recontrafanáticos más enloquecidos del eterno Peñarol. A su izquierda, Fernando Carreño y a su derecha, Walter Pandiani.



El ingreso al campo de juego del Centenario del plantel actual del Club Atlético Peñarol. Julio Ribas, el director técnico, encabeza la hilera. La cancha explota en un auténtico y único grito : "¡Dale campeón, dale campeón !". Al fondo, la América desde donde las transmisiones de las radios en sus iluminadas cabinas, la fiesta se exparció por todo el país. Allí estaban : Kesman, Muñoz, Recoba, Goñi, Gorzy, Da Silveira, Frañklin Morales, Etchandy, Crossa, Delbuono, Savia, Scelza, Tavani y muchos otros, todos grandes periodistas deportivos del Uruguay. A su derecha, Marcelo De Souza y a su izquierda, Fernando Albermagher.

La fiesta inolvidable

Una escena insólita, hasta increíble : ¡El Enzo con la aurinegra !. Domina la pelota como en sus recientes y gloriosos tiempos riverplatenses, demostrando que pudo haber seguido jugando oficialmente por mucho tiempo más... Fernando Ortíz, jugador de San Lorenzo de Almagro, intenta anular su acción.

Fernando Morena, crack, ídolo, goleador y representante máximo de esa simbiosis que se genera entre un jugador y cada hincha peñarolense. Un auténtico símbolo de una estirpe futbolística aguerrida y pujante. Con cada gol de Morena vibró medio Uruguay, cuando penetró en el campo de juego -en el partido homenaje- recibió la máxima ovación de la noche. Figura.

Rúben Paz, hoy jugador del Frontera de Rivera, volvió a vestir la camiseta de Peñarol para el 108° Aniversario. El brillante futbolista -plenamente en estado atlético- fue una de las activas atracciones del encuentro.



San Lorenzo de Almagro invitado especial a la fiesta por haber sido el primer rival argentino en la historia de la Copa Libertadores de América. En el banco de suplentes, de izquierda a derecha: El "Gallego" Esteban González, Oscar Ruggeri -director técnico de los Santos porteños- y el ayudante de campo, Rubén Cousillas.





Los tres directores técnicos del encuentro del cumpleaños. De izquierda a derecha : el histórico Hugo Bagnulo ; Julio Ribas, el enfervorizado y nervioso conductor actual y Roque Gastón Máspoli, el brillante ex arquero, símbolo de innumerables conquistas aurinegras y celestes a nivel internacional.





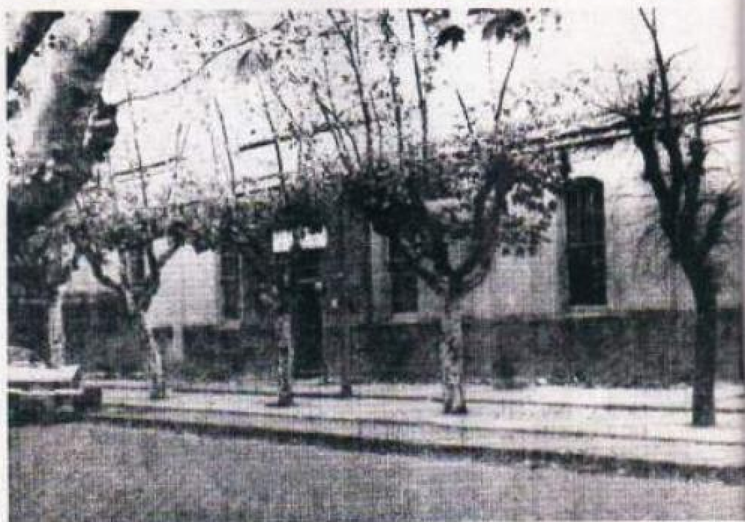
El Club Atlético San Lorenzo de Almagro, de la República Argentina, entregó una plaqueta a las autoridades peñarolenses, como recordación del enfrentamiento. Un notable gesto de los dirigentes porteños. San Lorenzo jugó contra Peñarol las Semifinales de la Copa Libertadores de América en 1961, en su primera edición.
En la escena Jorge Sabater -directivo de los santos-, Carlos Aguirre -de Peñarol- y Abel Madeira - Jefe de Prensa de San Lorenzo-.¡Merecidas!



ETERNO COMO EL TIEMPO

Peñarol era un club de fútbol de vieja data cuando fue invitado a presidir la Liga Uruguaya de Fútbol (The Uruguay Association Football League), fundada el 30 de marzo de 1900, con actas y reglamentos traducidos de los programas de las escuelas e institutos porteños que lo jugaban en Buenos Aires a fines del siglo XIX.

Culminaba para el fútbol el diagrama piramidal de la colonización cultural de habla inglesa en nuestro medio. Desde la "Winter Evening Enterteinement Society" (WEES), con sede en el Club Inglés (Buenos Aires Nº 118) y a la sazón bajo la presidencia del Embajador Ernest Satow, se programaba la actividad social, artística y deportiva de los residentes británicos. Allí estaba el vértice de una pirámide que establecía y dirigía el hospital, el cementerio, la iglesia, el coro, los grupos teatrales y musicales. Pero también atendía la difusión de los juegos de campo y de pista, el tenis, trasplantados de los colegios y las universidades inglesas al terreno de criquet de La Blanqueada.



El Centro Artesano, protagonista de la sociedad carbonera. Ahí la zona tomó identidad.

La formación de una Liga local emulaba lo que había hecho transitoriamente Francisco Chevallier Boutell (1891) y finalmente Alejandro Watson Hutton en Buenos Aires (1893) desde un colegio inglés (EHS). En Montevideo, la invitación provino de Enrique Cándido Lichtenberger, joven que había sido fundador del Albion, en junio de 1891, formación juvenil criolla del colegio homólogo al porteño, el English High School (EHS) dirigido por Henry Castle Ayre y donde Lichtenberger era alumno.

El EHS montevideano, fundado en 1874, estaba desde 1884 en Juncal Nº 83, casi Uruguay, junto al domicilio del doctor Pedro Visca. Hacían calistenia y ejercicios atléticos en el "old ground" de La Blanqueada, cerca de 8 de Octubre y Larrañaga actuales, donde el Montevideo Cricket Club, orientado desde el Club Inglés, daba entrada entre sus asociados a la mayoría de las especialidades deportivas de la colectividad británica.

Lichtenberger, de padre alsaciano y madre inglesa, medalla de oro en sus estudios de administración y ya constituido en hombre de empresa, llamó a la formación de la Liga local, integrándola con los "alemanes" de Pocitos, que anunciaban su futura cancha del Parque Central, los gringos del Uruguay Athletic de Punta Carretas, que ocupaban instalaciones precarias de vieja data, y los carboneros de Peñarol.



La estación ferroviaria, epicentro de la sociedad aurinegra de pura cepa. Allí se decidió construir un club de deportes.

Peñarol tenía nueve años de vida cuando llegó la invitación cursada a Percy Davidson Chater, capitán de fútbol y criquet del ferroviario Central Uruguay Railway Cricket Club. El ferrocarril, que unía el barrio Bella Vista con Las Piedras y fue inaugurado en 1869, había tenido sus talleres en el arroyo Seco, tratándose de un galpón arrendado en el lugar del viejo saladero de Maza, con terminal férrea en Uruguayana y José Nasazzi actuales. Allí se conoció el juego "de pelota" con el pie, mostrado en los descansos por los carboneros.

Cuando en 1890 necesitó el ferrocarril ampliar su playa de maniobras, radicó los galpones y talleres en villa Peñarol, desarrollando allí una verdadera "patria gringa" partiendo prácticamente de cero, en la cual nació el fútbol uruguayo con difusión y crecimiento palpables. De ahí lo de padre del deporte que cumple un siglo de organización en el medio.

Era un grupo humano extendido pero en formación, que debió abandonar incluso su tradicional actividad agrícola, tomando contacto con un estilo de vida y ocupación totalmente diferente como fue el quehacer ferroviario.

En Peñarol creció el pueblo criollo, expectante con la diversión de los gringos, e integró su juventud masivamente al trabajo carbonero y ferroviario. Los niños de su colegio aprendieron a leer y escribir viendo jugar fútbol a sus padres, vecinos y amigos, mientras los impulsores administraban y dirigían al grupo hacia un hermoso sentimiento colectivo paralelo a aquella novedad que significaba el deporte de la pelota jugada con los pies.

Roland Moor, Francisco Hudson y Percy Chater trasladaron sus lecciones de Bella Vista a los galpones peñarolenses. ¿ Por qué se llamaba arco un espacio rectangular ? ¿ Por qué jugaban once contra once ? Marcar un gol... ¿qué era eso de "marcar"...? Era una reminiscencia completa de las arcadas de los patios británicos, donde jugaban al fútbol diez y un bedel o líder por cada lado, "de arco a arco" y "anotaban" los goles en los "palos"...

Así nació y creció el pueblo futbolero, integrando a través del siglo la religión deportiva mayoritaria del medio criollo, incrustándose certeramente en el impulso constructor del primer nacionalismo uruguayo.

El Central Uruguay Railway Cricket Club, que fue el nombre originario de la institución de origen británico, fue sumando desde su nacimiento pueblo nuestro. Le agregó a la muestra deportiva, con su gente y con el paso del tiempo, característi-cas de viveza e intuición gaucha, destreza y picardía afroamericana y el concepto criollo de tomar parte en toda disputa pensando solamente en ganarla.

El sentido social del fútbol, de participación colectiva y diversión de equipo, reavivó el afán trascendente del poblador de Peñarol que, precisamente en ese instante, se convertía de mero habitante en ciudadano de un país pacificado. Era un momento históricamente más que oportuno para iniciar un camino secular trascendente, como se demostraba día a día en la cancha de Camino Casavalle.

Rector, patriarca y decano

El interés comercial de los servicios de transporte por organizar espectáculos públicos distantes los fines de semana estaba a la vista.

Pero Peñarol apuntó solamente a lo deportivo, aquello que en la villa se practicaba por placer y entre sus asociados. La explicación de que el club de aledaños fuese requerido desde el centro de la ciudad para entrar en la Liga, se basaba en que no solamente se le invitó para integrarla, sino para dirigirla.

Peñarol no pidió un lugar de organización y mando en la UAFL, sino que fue invitado a comandarla. Fue propuesto, no como rector ni como patriarca o decano, sino como padre del fútbol criollo, deporte que muy bien sabía Lichtenberger que era nuestro, uruguayo por elección y expropiación popularmente allí realizada.

La formación de la Liga era la ocasión para señalar esa identidad y el despegue del fútbol uruguayo como tal. Los dirigentes aurinegros lo señalaron brillantemente y lucharon solos por ello, marcando diferencia entre un club y los núcleos de mera convocatoria semanal de recreo.

El club hizo suyo en la práctica el nombre de su residencia, Peñarol, que los ingleses del ferrocarril habían proyectado como "Nueva Manchester". Escribió sus actas en castellano (1894), creció con sabor a mantel largo, barrio, pueblo, admitiendo socios no ferroviarios y menores ese mismo año, con su primer capitán de fútbol criollo, Julio Negrón (1895), introduciendo el "fair play" para ganar los partidos en la cancha, lecciones que cumplen más de un siglo de docencia.

Los propios británicos de La Blanqueada organizaban festivales atléticos con premios. Peñarol exigió jugar al fútbol sin paga, en forma amateur, por afición, cuando así debió estatutaria y reglamentariamente serlo.

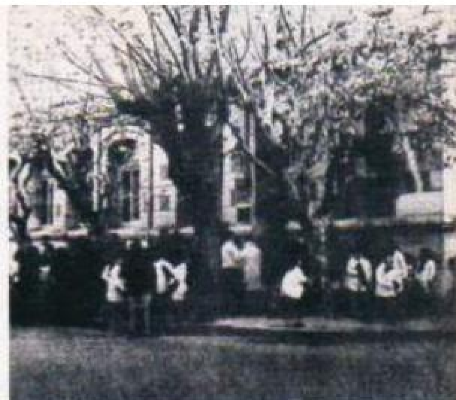
Fue así un juego entre afiliados a un club de pagantes de las cuotas sociales, comprándose los jugadores hasta el vestido, el calzado y las herramientas de práctica, formando una institución de aficionados en la real significación del término.



Una vista del poblado piamontés, deslumbrante por sus calles repletas de historia y romanticismo.

También Peñarol inauguró el nombre, trayéndolo al paraje desde una aldea turinesa el agricultor Juan Bautista Crosa (1751), hijo de un médico italiano, que levantó su modesto rancho en una chacra sin más intención que el cuidado y la explotación de la tierra, dando origen al poblado.

Allí vivía "el de Pinerolo", en Peñarol, voz única y exclusiva de nuestro idioma, versión castellanizada del pueblo alpino, que cumple dos siglos y medio de emitirse entre nosotros. Palabra que, por otra parte, al pronunciarse brilla como el sol.



Fachada de la escuela del Centro Artesano, frente a los talleres de Peñarol. Lugar para el estudio y la diversión.

Cuando nace la Liga Uruguaya, el 30 de marzo de 1900, el delegado de Peñarol, Percy Davidson Chater, fue su primer presidente y quien logró jugar al fútbol organizadamente los días de descanso semanal de los empleados ferroviarios, programándolo para los domingos y no los sábados. Tal su característica fundamental. Puede hablarse desde entonces de fútbol uruguayo.

El fútbol uruguayo y dominguero, por unanimidad, había nacido.

Centrodelantero y jefe del ferrocarril

Aquel deporte que echó raíces junto a su pueblo, vio crecer en él a sus hijos. En primer término, Peñarol certificó que era una institución, que se trataba de un club y no de una mera muestra deportiva ocasional de fin de semana, con el simple objeto de medirse con los marinos de paso o por cumplir una forma de trabajo físico o de entretenimiento.

Peñarol sería por siempre un club de fútbol criollo con fecha fundacional, estatutos y reglamentos perfecta y concretamente establecidos. Y sería de todos, de un pueblo que se unió para crecer y disfrutar de la vida sin exclusiones.

Como las vías férreas, Peñarol fijó su "estancia" de diversión en el suelo, detrás de los galpones, dispuesto a cumplir con el mandato que escribió al pie de la primera acta justamente "Papá" Arturo Guillermo Davenport: "Serás eterno como el tiempo y florecerás en cada primavera".

Los primeros partidos importantes, que comenzaron a llamarse clásicos, fueron obviamente las tenidas de Peñarol con el Albion de Enrique Cándido Lichtenberger, formación surgida como "Football Association" entre alumnos de la "English High School", colegio británico pago.

Albion era protagonista en Punta Carretas y se medía frecuentemente (1893-95) con la tripulación del "Sirius", el "Retribution" y "Acorn-Barracouta".

A los azulgrana corresponde el honor de esas trascendentales victorias. Fue en 1896 que Peñarol tuvo sus primeros partidos con los marinos de paso, importantes para actualizarse en fundamentos y en las reglas de juego.

Los aurinegros veían crecer sus figuras criollas. Edmundo Acebedo ingresó como asociado en 1894 y extendió su carrera a los primeros títulos con la Liga, como excelente y efectivo delantero; glorioso capitán desde 1900, alternó esa distinción con Horacio Craven, Francisco Jackson y en el invicto equipo de 1905 con Juan Pena.

Lorenzo Mazzucco fue el primer "centrejás" criollo del equipo, incorporado en 1896, carbonero muy apreciado que apenas concretó su triunfal aprendizaje, pues falleció en 1909. Mazzucco era una gran esperanza, pues Peñarol se había quedado sin Negrón, trasladado a Buenos Aires (1899), donde fue subcapitán del Lobos.

Pedro Sagunto Espinosa, poeta popular, llevó al castellano el primer canto de aliento de Peñarol con música del "Tippe-





Toda la estampa de Juan Pena, quien se empleó en el ferrocarril y luego fue reconocido como un futbolista de excelsa calidad y gran técnica.

rary", nostálgica canción irlandesa que dio base a un himno británico de guerra. En fútbol, Espinosa fue un alumno muy bien aprendido de Juan Pena, delantero de jugar por las puntas y abrir la cancha.

Miguel Cazenave, remero del Nacional de Regatas (1888), hermano de Juan (fundador), se arrimó por el criquet y terminó prendido al fútbol (1892).

Anselmo Faustino Fabre, afiliado en 1896 al emplearse como carbonero, vivía en una antigua casona familiar de Capurro y Juan María Gutiérrez, que había sido de Félix Cabrera, fundador de Peñarol, pariente por vía materna del primer golero campeón uruguayo.

Fabre fue animador de pruebas atléticas y fútbol, jugando de golero, pero además era guitarrista del Centro Artesano, compositor de vidalas, pericones y aires del terruño, confeso propagador de ideas anarquistas, coincidentes con la avanzada progresista de la época. Contrajo matrimonio con una maestra de la escuela de doña María (Vittori). Por su parte, el Albion lograba apoyo decisivo de la empresa tranviaria del Este. En Punta Carretas utilizaba su vieja terminal como vestuario y los postes de los arcos se clavaron definitivamente en terrenos alquilados, junto a la Parva Domus actual.

Había intereses paralelos por difundir el fútbol y extender los rieles de los tranvías por todos los barrios. No hay que perder de vista que eran empresas de carromatos tirados por caballos, que debían comer siempre, cualquiera fuese su rendimiento de tracción a sangre.

Al disminuir el número de pasajeros los días festivos y los fines de semana, había que sumar el interés por llevar público a los lugares de playa y descanso, ranchos costeros, sitios de picnics y pesca, por donde, en ese "pasar la tarde" fue apareciendo el espectáculo deportivo.

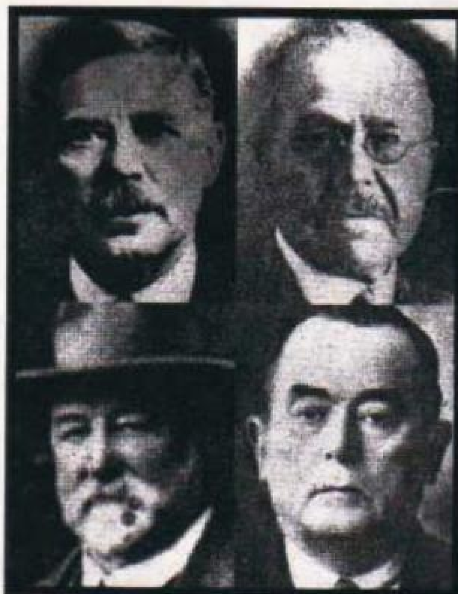
Empresas tranviarias y fútbol trabajaron juntos por muchos años. Los tranvías eran tirados por caballos sobre líneas de rieles que también llegaban para incrustarse en el suelo y quedarse.

En 1898 retornaron de estudiar en Inglaterra los hermanos futbolistas Enrique y Juan Sardeson. Hijos de ingleses, pero orientales, impulsaron con una botijada de la Compañía del Gas, el Uruguay Athletic, en los célebres descampados de Punta Carretas.

Pero los Sardeson eran miembros de una antigua familia del Prado y en pocos meses fue bien fácil para el Albion captarlos, pues justamente había apuntado el club azulgrana hacia esa coqueta zona.

El 1º de abril de 1899, los muchachos de Lichtenberger estrenaron un nuevo campo en el Paso Molino, totalmente cerrado, agregando una nota social y deportiva que llamó a curiosidad en su primer momento y obligó a empilcharse adecuadamente a los futboleros que se asomaban.

Jugaron aquel sábado los azulgrana contra una formación de marineros de paso, integrantes del HMS (Her Majesty Steamer) "Basilisk", partido que ganaron 1 a 0 con gol de Cecil B. Poole, hermano menor de William Leslie. Sábado... Albion respetaba a pie juntillas la imposición religiosa británica que llega hasta el presente de no jugar los domingos. Concurrieron familias de la colectividad y entusiastas del barrio, todos vestidos elegantemente.



Frank Henderson, el primer presidente. "Maquinaria" Lewis, un inglés nacido en Guruyú. Tomás Davies, otro guruyense de pura cepa, y Frank Hudson, presidente del supercampeón de 1905.

Nube de mosquitos

Estaba situada la nueva cancha, convertida en el escenario deportivo más importante del siglo viejo (XIX) en la avenida 19 de Abril, a la altura actual de Juan Carlos Blanco y Adolfo Berro, con los arcos norte-sur.

Una línea lateral corría junto a la avenida y su paralela al arroyo Quitacalzones era conocida como Nube de Mosquitos. En la esquina, sobre la derecha, estaba el almacén "Los dos gallegos", de ramos generales y despacho de bebidas, muy a tono con el amigable encuentro previo rumbo al fútbol.

Del lado oeste, de espaldas al sol de la tarde, había un coqueto palco techado con azotea a dos aguas, con una explanada lateral donde los rivales de una tarde de fútbol tomaban el té conjuntamente, mientras las damas elegantes exhibían sus capelinas y modelos importados.

Los partidos de fútbol se anunciaban elevando hacia el centro montevideano cometas y pandorgas artesanalmente hechas con tela de coco, con los colores de los bandos en pugna. Era un llamador importante.

El fútbol se hacía espectáculo y los Sardeson, ídolos de la muchachada, se sumaron a los azulgrana de Lichtenberger.

Entre los nuevos allegados al Albion estaba el vecino del Prado don Eusebio Céspedes, cuyos tres hijos -Amílcar, Bolívar y Carlos- eran ya eximios futbolistas. Ganadero y político blanco de Cerro Largo, radicado por razones de estudio de sus hijos, Eusebio Céspedes, siempre de rigurosa levita y bombín, era el número uno de los hinchas de sus hijos y del Albion. Los Céspedes vivían en la calle Gil (Nº 1365 actual), verdadera sede futbolera del club recién llegado al barrio. La familia del deporte se extendía.

El 25 de mayo de 1900 se inauguró el Gran Parque Central, destinado a una colectividad alemana de Pocitos, con el apoyo de la compañía de tranvía de caballitos de la Unión y Maroñas, presidida por Augusto Hoffman.

Los tranviarios adquirieron el predio de 8 de Octubre (camino de la Unión) y Cibils, para formar un centro atlético deportivo, con dos canchas de fútbol con ingreso por cada una de las calles. Un palco para las autoridades se levantó frente al escenario mayor, con entrada por 8 de Octubre, inaugurado con un partido entre dos formaciones de marineros de paso y un espectáculo típico británico. Hasta allí lo protocolar. Pero paralelamente, Peñarol ganó 2 a 0 a los "alemanes" del Deutscher en la cancha de camino Cibils, de evidente interés comercial.

La promoción del fútbol criollo era el "socio" fundamental para sostener el servicio de transporte. Aun jugado en el rectángulo de entrada lateral, el partido llevó tres mil personas.

El primer campeonato con participación de equipo de la flamante Liga, en 1900, fue la Copa Competencia o Copa Argentina, torneo internacional por eliminación directa entre clubes del Río de la Plata. Fue creada por Francisco Chevallier Boutell, con eliminaciones locales, semifinales en Rosario y Montevideo y final en Buenos Aires.

Chevallier determinó que la zona montevideana fuese organizada por Chater (Peñarol), Lichtenberger (Albion) y Dunbar, del Montevideo Cricket. Dando fe de la existencia de la famosa pirámide de la superorganización británica, se anotó el Montevideo Cricket en dicho campeonato de eliminación directa, eludiendo un voto de Chater en contrario. MCC no participó, pero estuvo sorteado y jugó en la edición de 1901 sin estar afiliado a la Liga Uruguaya.

1891-1900

EL IDEOLOGO Y EL PRESIDENTE

PERCY DAVIDSON CHATER, TODO UN REFERENTE EN LA HISTORIA DE PEÑAROL.



Percy Davidson Chater, junto a su familia, fue quien logró organizar el fútbol de Peñarol, dándole un descanso semanal a los empleados del ferrocarril.

En ese momento Chater dio por terminada la misión de la Comisión Provisoria y mocionó para nombrar la primera directiva. Propuesto por Lichtenberger, Percy Chater fue el primer presidente de la UAFL (Liga), conductor del núcleo deportivo criollo por antonomasia como exfutbolista del club y preclaro dirigente, tan conocedor del tema como de su pueblo circundante.

Los grupos juveniles de aquel tiempo heroico, que ya son de la tercera edad o han desaparecido, crecieron leyendo y escuchando espectaculares anécdotas de los gringos locos, ingleses barbudos y de pantalones a tres cuartos de pierna, que llevaban los palos al hombro por el camino de La Estanzuela para levantar unos arcos en Punta Carretas y castigar un objeto de cuero. En verdad, esas fueron muestras realmente futboleras, fáciles de captar pero también efímeras. Muchos términos marineros quedaron incorporados por la crónica, como capitán, piloto, artillero, escuadra. Pero para el estudio profundo del tema resultan meros episodios dispersivos.

Como igualmente puede serlo, por otro lado, seguir mencionando periodísticamente a la presidencia de la Liga (hoy AUF) como "el sillón de Lichtenberger", cuando se trata del asiento de Chater.

Aunque no fue históricamente casual sustituir e incluso omitir al titular, pues Percy Davidson Chater molestó directamente a la vieja organización piramidal británica. Chater la respetó en su ética, pero la hizo nuestra, adaptándola al medio que se acriollaba allí y en ese momento.

Enrique Cándido Lichtenberger jamás fue presidente de la Liga Uruguaya. Fue el ideólogo de su creación, valiosa figura por su aporte y por haber dado a Chater el lugar que le correspondía.

De formación inglesa y encariñado con el deporte, Lichtenberger vivió en el fútbol vestido de azulgrana, trabajó incansablemente por su difusión y sus reglamentos, constituido en el pionero de los periodistas deportivos con el seudónimo de "Arbiter", sabiendo que la mayoría de sus escritos y crónicas terminaban en el canasto. Pero abandonó muy pronto su idea nacionalizante.

Nacido unos meses después que el Albion, Peñarol aparecía empero más maduro en su rol de club y con rasgos criollos inconfundibles.

Todos los detalles de la vida de la institución de la villa y el pensar de sus gringos son fácilmente rescatables, pues desde el jueves 31 de mayo de 1894, firmadas por Percy Sedgfield, secretario honorario, las actas de Peñarol están escritas en castellano. Don "Percy" (Sedgfield), figura aurinegra consular, ejemplo ético deportivo, obligó a que los carboneros llamasen don "Pedro" a Chater, para diferenciarlo.

La bandera se diseñó con cuatro franjas horizontales anaranjadas sobre un fondo negro, con las iniciales CURCC en el ángulo superior izquierdo, como un mensajae eterno de cariño de las primeras damas peñarolenses que bordaron esas letras. Otro tanto ocurría con las primeras blusas aurinegras, con cuatro cuadros alternados.

Debe hacerse una precisión fundamental. No todos los núcleos inmigrantes alientan básicamente la expectativa de afincarse definitivamente en el lugar que los recibe. Pero uno de ellos y muy importante es el ferroviario.

El ferrocarril llega para quedarse. Echa raíces. El ferrocarril exige un trazado en el suelo, con expropiaciones en su afán de línea recta; construye puentes, alisa y apisona el terreno asentando los durmientes y las vías. El entorno geográfico y social es todo suyo.

En ese crecer ciudadano tomó identidad la zona. Lo primero a rescatar fue su Centro Artesano, protagonista de la sociedad carbonera. Nuclearon pueblo su biblioteca, su carnaval, los bailes de disfraz recibiendo público en tren expreso, con curiosidad desde Central y con emoción desde Bella Vista, donde habían estado los primeros talleres.

Ya Peñarol era una reunión vecinal alegre. Mostraba una población integrada, aunque marcada por su plena inmigración urbana, característica definitoria del momento histórico.

Allí estaba el tablado y se disfrutaba la llegada de comparsas, murgas y farándulas desembocando desde sus barrios o las chacras y quintas vecinas.

Chater, deportista completo y experiente pese a su juventud, se afincó de por vida en la villa y fue un valioso ayudante en la preparación de los muchachos. Lamentablemente falleció muy joven, en 1909.

Don "Pedro" Chater jugaba de delantero, aunque alternó en el arco con McGregor en los 7 partidos disputados (y perdidos) en 1893.

También Arturo Davenport, "forward" (y secretario), primer apodado "el terrible" por su remate al arco, Percy Sedgfield y George Hopkins, dirigentes, solían pasar al arco, en un afán por no ser goleados.

El primer maestro en Peñarol fue James Buchanan, maquinista del ferrocarril, que había sido internacional en Escocia, incorporándose al Saint Andrews de Buenos Aires (1891), del que procedió al radicarse en la villa. Zaguero firme, seguro, buen iniciador de la jugada, el escocés Buchanan fue el maestro de Ricardo de los Ríos, un escolar de Peñarol que creció admirándolo.

Lorenzo Mazzucco, Juan Pena y Tomás Lewis, criollos los tres y los tres nacidos en 1882, componían los primeros "espejos" juveniles que se entusiasmaban por el fútbol.



Una formación de 1905 del por entonces Central Uruguay Railway Cricket Club, luego mundialmente conocido como Peñarol.

CAMINO A LA GLORIA

Con el siglo XX, paradójicamente, culminaba como expresión criolla el fútbol uruguayo, que incluso se sintió definitivamente realizado como inicio: al comenzar la rivalidad clásica actual, entre Peñarol y Nacional, que histórica y sociológicamente no puede discutirse luego de cien años.

Otra cosa puede discutirse aún menos y es el origen tan diferente de ambos clubes. **Peñarol nació nucleando pueblo, identificando gente y fútbol**, agregando esperanzas, superando las adversidades y abrazando adeptos. Identificado con su villa, Peñarol avanzó con pensamiento positivo sobre los valores educativos del deporte. Y fundamentalmente con sus valores morales y éticos al practicar al fútbol como juego y recibir sus atletas como socios aficionados.

El Club Nacional de Football festeja como fecha de nacimiento el 14 de mayo de 1899, resultando de la fusión de varios equipos, como el Universitario, el Uruguay Athletic de la Unión y el Montevideo, que incluso continuaron jugando independientemente, y el Defensa, prestigioso desde años anteriores, empero incorporado a Nacional más tarde. De ese crisol se ha tomado por tradición la fecha citada como de fundación y la del **15 de julio de 1900 como de disputa del primer clásico, jugado en la cancha menor del Gran Parque Central, ganado por Peñarol (2-0)**, con dos goles de Aniceto Camacho.

Histórica y sociológicamente estaban frente a frente desde el nacimiento mismo del siglo XX los dos pilares del fútbol uruguayo, como lo estarían en cien años de lucha prácticamente ininterrumpida.

Eran y son clubes de formación distinta. La diferencia se notó en cuanto nació y creció el marronismo. Peñarol se mantuvo en el lugar ético de su nacimiento, volcando en instituciones benéficas cuanto recibía por cobro de entradas. **Su campo de juego era de ingreso popular y gratuito**. Recién en la sesión del 22 de junio de 1906 resolvió cercarlo y cobrar entrada, adaptándose a las leyes del espectáculo público sin dejar de lado sus fines filantrópicos.

El jugador de fútbol de comienzos de siglo, surgido en otro entorno montevideano menos impermeable, captó la trascendencia de su entrega al espectáculo, surgiendo la posibilidad de cubrir con ella sus gastos para la práctica deportiva, ya que su dedicación postergaba otras tareas remuneradas. Ese marronismo inaugural, tímido, impreciso, llegó a preocupar a la Liga solamente en contados casos. Que los hubo, por cierto, como complementos de un diálogo dirigente-jugador inescrutable, pero que muy bien se cuidaba la propia dirigencia de ocultarlos.

El tema cobró fuerza, porque la popularidad del fútbol abrió en muchos ámbitos las puertas a las compensaciones, incluso en Buenos Aires, como una consecuencia del ingreso de los pobres al deporte.

La clase obrera va al paraíso

No era lógico pensar que solamente los ricos, alumnos de costosos colegios privados, o los fieles allegados a círculos religiosos pudientes, tuviesen acceso al juego, gozando paralelamente de un buen pasar quienes manejaban de afuera el espectáculo. Los parámetros de la oferta y la demanda terminaron de amarronar el esquema deportivo.

También la integración social iba cambiando. El Uruguay de comienzos del siglo XX fue el primer país latinoamericano que tuvo más empleados y obreros en el comercio, la industria y los servicios que trabajadores rurales. A su vez, por los asalariados de las empresas extranjeras se filtraron reclamos por mejoras laborales y reivindicaciones sociales.

Hubo entonces un terreno fértil para la lucha obrera, exigiendo la jornada de trabajo con un máximo de 8 horas, la supresión de tareas nocturnas, el descanso semanal obligatorio y las mejoras salariales y compensaciones sociales dignas que tuvieron una primera precipitación en poco tiempo. Tal el tema fermental de la patria gringa, junto al cual el fútbol era solamente una diversión, un juego.

Los universitarios y escolares de colegios pagos montevideanos eran de un estrato social bien diferente. En lo futbolístico, Nacional solicitó afiliación a la Liga el 22 de marzo de 1901 y fue aceptado de inmediato.

Chater fue el primero en promoverlo y recomendarlo, hallándolo de fútbol también cómodamente dominguero, por estudiantil, paralelo además en su intención de acriollamiento del popular deporte, algo que Chater y Peñarol propiciaban desde la última década del siglo viejo.

Nacional tomó así parte ya en la segunda Copa Uruguaya, que tuvo para Peñarol el mismo camino sin derrotas de la primera.

Venció a Nacional por 3 a 1 en la villa (12 de mayo); a Uruguay Athletic 7 a 0 en Peñarol (26 de mayo); 6 a 0 al Albion en el Paso Molino (2 de junio); a Deutscher 7 a 1 en la villa (9 de junio); nuevamente a los "alemanes" en su Parque Central 2 a 0 (7 de julio); 2 a 1 a Uruguay Athletic en Punta Carretas (21 de julio); empató 1 a 1 con Nacional en el Parque Central (28 de julio) y le ganó por 1 a 0 al Albion en Peñarol (11 de agosto). La silla de Chater había pasado al maestro William Leslie Poole.

La Guerra Civil apenas contaba. Diez días más tarde de la visita del Southampton, Peñarol derrotó a Nacional en el Paso Molino por 2 a 1 y obtuvo la zona uruguaya de la Copa Argentina (Competencia), con goles de Aniceto Camacho y Edmundo Acebedo.

Se entendió pertinente definir el torneo del año anterior. Y la final de la Copa Uruguaya de 1903 se disputó el 28 de agosto de 1904, ganando Nacional 3 a 2 con la presencia en su equipo de los cuatro jugadores que militaban en Barracas, de la Primera División del fútbol argentino. Amílcar, Bolívar y Carlos Céspedes y Gaudencio Pigni jugaban en el campeonato argentino de 1904.

En 1905 Peñarol ganó la Copa Uruguaya sin perder partido alguno y sin recibir un gol en su valla, hazaña jamás igualada. Fue el primer gran equipo del amateurismo. Los antiguos peñarolenses querían dejar suspendida en el tiempo su presencia, con una evocación constante.

El grupo futbolero se había nutrido de entusiastas carboneros y amigos del barrio Bella Vista. Ingresaron los Carbone, tronco genealógico de Curulo y otros colegas fotógrafos. Luis vendía artículos deportivos; su hermano Pancho se constituyó en el ídolo del arco imbatido.

Había crecido Eugenio Mañana, el mecánico ferroviario "Mañanita", delantero amante del "juego de ala", acompañante de Perucho, el mayor de los hermanos Zibechi. Pedro Zibechi era un exquisito y se divertía jugando, arrancando aplausos con sus moñas endiabladas.



Edmundo Acebedo, legendario capitán del Peñarol de la primera década del siglo en la cual el equipo aurinegro comenzó a situarse en los primeros lugares de la consideración popular a nivel nacional y continental.

El 1º de octubre ganó el clásico decisivo por 1 a 0 con gol de Aniceto Camacho. Quince días más tarde, en partido benéfico en homenaje a los fallecidos hermanos Bolívar y Carlos Céspedes, volvió Peñarol a ganar el clásico en el Parque Central, esa vez por 4 a 0, en una demostración estupenda con dos goles de Juan Pena y dos de Jorge Lois.

Carboneros e invictos

El germen del sindicalismo reapareció con fuerza luego de la Guerra Civil de 1904, siendo casi cuarenta los sindicatos montevideanos que se agruparon federativamente. Allí estaban los foguistas y carboneros, aunque los problemas comenzaron esa vez con los tranviarios, en vías de electrificar sus servicios y determinar una disminución de fuentes laborales.

El pensamiento de Batlle con respecto a la jornada de 8 horas y a que los servicios esenciales debían ser propiedad del Estado es plenamente conocido y data de comienzos de siglo. Empero, no se podía estatizar sin medios, que incluso eran perentorios para aumentar la energía eléctrica.

Pero se podía (debía) tonificar la actividad gremial. Y así lo escribió valientemente Domingo Arena en El Día (16 de junio de 1905), pintando con crudeza la situación de la clase trabajadora.

El asalariado no solamente debía trabajar un máximo diario de 8 horas y gozar de un día de descanso semanal, sino que tenía derecho a disfrutarlo recreando energías. Así nació, por un lado, el mensaje y proyecto de ley que Batlle envió a la Asamblea General el 7 de julio de 1906, formando las condiciones indispensables pa-





Pinerola, pequeña población del Piamonte italiano donde germinaron las raíces del popular club uruguayo.

ra el desarrollo de los deportes atléticos nacionales, los Juegos Olímpicos de Montevideo, que se celebraron en 1907 y la creación de la Comisión Nacional de Educación Física (1911).

El paquete cumplía un fin primordial, entendiendo que la salud del cuerpo redundaría en la mejor disposición espiritual del ciudadano. Y lo fundamental: el crecimiento de su actitud democrática, la posibilidad de hacer deporte sin exclusiones.

Nada fue simple ni inmediato. En 1906, la UAFL se afilió directamente a la Liga Inglesa, obtuvo su personería jurídica y pasó a denominarse Liga Uruguaya de Football. La presidía Félix Ortiz de Taranco, con Enrique Cándido Lichtenberger (vice), Jorge Ballestero (secretario) y Domingo Prat (tesorero).

Ese año Nacional obtuvo también su personería jurídica, otorgada el 2 de junio de 1906, pero participaba en la Copa Uruguaya con dos equipos –A y B– lo que desembocó en una crisis interna que apuntaló el renacimiento del Albion, que incorporó en sus filas a Amílcar Céspedes y Miguel Nebel. Los ferroviarios pasaron de su formidable equipo imbatido de 1905 a la lid anecdótica contra los dos "nacionales". Había temas más trascendentes, como lo fue indudablemente el Peñarol campeón uruguayo de 1907.

Ocurrió por su parte el conflicto gremial más duro entre febrero y abril de 1908, determinándose traslados que afectaron el destino de algunos empleados carboneros, ocasionalmente futbolistas.

Los movimientos en el ferrocarril repercutían en el fútbol criollo. Afortunadamente, colaboraron sin proponérselo con el avance técnico que dio el primer gran fútbol uruguayo, el del 12.

Muy oportunamente, pues en 1908 había aparecido por la cancha de Peñarol "otro inglés": José Piendibene Ferrari, oriundo de Pocitos, nacido el 5 de junio de 1891.

Aquel modesto campo alquilado, descubría al primer maestro del fútbol uruguayo, rubio y espigado, con aspecto británico.

Piendibene era el menor de siete hermanos varones, nacido en la calle Apóstoles (Juan Benito Blanco) Nº 31, casi Avenida Brasil. Al perder siendo muy niño a su padre, Juan, el mayor de la prole, fue su tutor.

Era el Pocitos modesto, de las lavanderas, siendo impensable entre aquellos campitos con sabor a fútbol imaginar la rambla bacana de años más tarde. Concurrieron todos a la escuela pública de la calle Pereira, con algunas "rabonas", siendo empero infaltables a las citas domingueras en los descampados de Punta Carretas. Allí se entreveraban con la siembra de míster Poole y mostraban formaciones de la Liga y sus primeros "espejos", como los fornidos zagueros del club de camiseta marrón y azul, el Uruguay Athletic, el popular manquito Mac Cubbin y su compañero Reissig, espectaculares revientapelotas.

También impresionaba el público, dirigentes gringos y aficionados distinguidos que superaban largamente el centenar, luciendo galeras de castor, puños y cuellos duros, zapatos trompudos para todo terreno y los pantalones bombilla de comienzos de siglo.

Crecieron los Piendibene entre ese fútbol para mirar, integrando cuadritos del barrio con nombre de las lanchas de salvataje de la empresa pionera de Lussich, el "Corsario", "Huracán", "Pocitos", "Buenos Aires", con pretensiones inmediatas de emularlo y superarlo.

En el "Buenos Aires", cuya zona de influencia llegaba hasta el Mirador Rosado de Avenida Brasil y Bolívar, había un dirigente y organizador tenaz, muy peñarolense, que era Juan Astengo y toda su vida ocupó su casa de la calle Atanasio Lapido, entonces un descampado junto a la iglesia.

José Piendibene y su amigo "Salgruesa" Lanzaro integraban las filas de su cuadro, lo que se consideraba como un salto importante para llegar a Primera.

Astengo fue una figura señera del barrio, deportista completo, organizador y dirigente, fundador del Club Pedestre Uruguay (luego Sporting y hoy Defensor Sporting), en 1910, en cuya casa de Pocitos clavara los palos del "Buenos Aires" sujetando un parral y fuese desalojado del lugar en 1963 por "edificación inadecuada"...

Superando una propuesta concreta del Intrépido, que desde 1906 jugaba por el principal torneo e insistía en captarlo, terció Pancho Turturiello llevándolo a una reunión de amigos como el vasco José María Rodríguez, José A. Matteo, Azarola, Goyeneche, Tomás Forné, González y Emilio Silva y Antuña, que era nada menos que el delegado de Peñarol en la Liga. Vecino de los Piendibene y compinche de Juan y Angel, hermanos de José, Silva y Antuña y ellos dieron el puntillazo final a la incorporación del potencial puntero del Intrépido al cuadro aurinegro.

El pase a Peñarol constituyó el revuelo que los años justificarían, pero puntualmente indicó el sentir aurinegro que se vivía en todas las barriadas. Difícilmente se capte hoy en profundidad el esfuerzo que significaba solamente llegar a villa Peñarol, entrenarse, jugar y retornar. En las primeras temporadas, el tranvía de caballitos subía penosamente por Pereira hasta Rivera; en Patria le arrimaban un tordillo cuarteador; se cruzaba el Cordón y en Río Negro se iba hasta la Estación Central, donde un convoy llevaba a jugadores y dirigentes. Luego aliviaron un poco la jornada los tranvías eléctricos, con entusiasmo creciente.

Fueron tiempos en los que surgieron figuras calificadas. Entre ellas, apareció Piendibene.

Tampoco la llegada a la villa era tema cautivante. Se ingresaba a una pieza modesta (vestuario) y se salía a jugar a una cancha sin instalaciones para el público, donde la gente se ubicaba de pie tras un hilo de alambrado.

Había sido un gran año deportivo para Peñarol el de 1907. Obtuvo el Uruguayo y los dos torneos interclubes rioplatenses a nivel local, con finales frente a Montevideo Wanderers: Honor y Competencia.

El Premio de Honor, también denominado "Cusenier", respondía a un comercio montevideano de Uruguay esquina Florida y se disputaba entre clubes, con eliminatorias en ambas orillas y final en Montevideo, desde 1905.

El crecimiento técnico de Peñarol en esos años fue fundamental para la competitividad del fútbol uruguayo. La llegada del inglés Leonardo Crossley fue un tremendo aporte para la realidad de los goleros. Fue un maestro en lo suyo, habiendo llegado a Peñarol como funcionario en 1907, luego de haber jugado en 2ª División de la Liga Inglesa, donde un dirigente le criticó su poca estatura y no lo quiso llevar al Everton. Era una anécdota que repetía muchas veces Crossley, aunque jamás se lamentó por ello.

Mientras desde la valla se alejaba con los puños, él enseñó a prensar la pelota en las manos, utilizándolas como tenaza, apoyando de inmediato a sus compañeros. Concepto tan simple y de aspecto "moderno", cumple casi un siglo en filas aurinegras, con los peligros físicos consiguientes de aquellos tiempos heroicos, donde el castigo en el área chica era enorme y anecdóticamente, en un

partido contra el Montevideo (ex Teutonia) se llegó a dar a Crossley por muerto... (31 de mayo de 1908).

Con Harley y Piendibene, en pocos meses, Peñarol tuvo un vuelco técnico que dio grandes satisfacciones a la "fiel y bullanguera", cada vez más numerosa y llena de orgullo por sus campeones, que habían vuelto a serlo con el inglés en el arco en 1907. Por otras razones, comerciales o políticas, se había alejado del medio el veterano maestro Juan Pena, eludiendo una leva del presidente Williman, incorporándose al Belgrano de Buenos Aires, con el que se consagró campeón argentino. Otra marca que es base de récord, a cargo de un inolvidable futbolista aurinegro.

El movimiento gremial reinvindicativo de los ferroviarios, que ocasionó trasiego de empleados, tuvo una fundamental contrapartida. Llegó como dibujante en los talleres y a la línea media de Peñarol el escocés John Harley, maestro del buen trato de pelota, sublime cabeceador y exacto en el pase.

El 17 de octubre de 1909, Peñarol ganó la Copa de Honor "Cusenier" rioplatense venciendo en la final a San Isidro por 4 a 2. Formó con Leonardo Crossley, Laguzzi, Betucci, Barbero, Harley, Guillermo Manito, José Piendibene, Legarburo, Agustín Manito, Carlos Scarone y Pedro Zibechi. Goles de Agustín Manito, Legarburo, Scarone y Piendibene.

El Maestro Harley

Fue un éxito importante. Uruguay ganó por primera vez la Copa Lipton, que llegaba a su sexta edición. El 13 de noviembre de ese año se viajó a Buenos Aires a disputar el Premio de Honor Argentino, empatando las selecciones rioplatenses (1-1), obligando a una definición el 27 de noviembre de 1910.

El Premio de Honor invitaba a todos los jugadores de ambas Ligas, lo que en ese momento aseguraba a Uruguay la presencia los dos últimos gringos de Peñarol, el golero Leonardo Crossley y el eje medio Juan Harley. Hasta hace relativamente pocos años, antiguos periodistas como Manlio Vitale D'Amico (La Razón), recordado profesor de Italiano del IAVA o Rafael J. Mieres (El Día), gran impulsor del viejo River, evocaban al unísono el partido jugado en Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires como la más grande muestra del fútbol uruguayo "de todos los tiempos", cuando venció por 6 a 2 al equipo local. Tanto Crossley como Harley estaban radicados definitivamente en nuestro pueblo e incorporados como maestros del fútbol uruguayo.

Pepito Benincasa y la Chicha Aphesteguy formaron la zaga, Jorge Germán Pacheco y Pedro Zuazú fueron los laterales, Vicente Módena con Luisito Quaglia el ala derecha, al centro Piendibene, con Rasqueta Scarone y Pedrín Seoane en la zurda. Tal el equipo celeste que por única vez en la historia le hizo en un partido oficial media docena –y como visitante– a Argentina.

Una aspereza creciente caracterizó la lucha, pues Quaglia abrió el tanteador a los 4 minutos y los porteños salieron con todo. Pero "Mondeja" la cruzó de rastrón, a la entrada del joven "Piendi" (tenía 19 años) que se frenó en seco y dejó seguir de largo a Juan Brown, le amagó al golero Rithner y se la cacheteó a Seoane que entraba a la carrera y marcó un nuevo gol.

Un despeje de Gallino fue recibido por Piendibene en el centro del abanico, que ya era su "figura de ataque", como le llamarían hoy a su delantera. Con su rubia cabellera al viento, arrancó casi de media cancha velozmente hacia el arco, amagando continuamente en su recorrido para dejar sin asunto a Vernet Amadeo y la zaga de Gallino y Brown. Otra cachetada suave, esta vez contra un poste puso el 3 a 0.

El cuarto fue de Rasqueta, con un cañonazo, descontando el rosarino Lito González. Hubo tiempo para otro gol de Carlos Scarone, terminando el primer tiempo 5 a 1. ¿ Qué le pasaba a un Uruguay tan positivo?, se preguntaba estupefacto el público porteño en el descanso. La respuesta estaba en la base de una de las tantas máquinas cargadas con carbón en los talleres aurinegros.

Otro gol de Pedrín en el complemento, habilitado magistralmente por Piendibene y uno de Pinoto Viale, para no ser menos que su compañero de Newell's, liquidaron el pleito, con el asombroso tanteador de 6 a 2, ese 27 de noviembre de 1910. Hermosa culminación de una década.



Juan Harley, quien se inició como futbolista en Ferro Carril Oeste, luego fue símbolo de Peñarol, campeón en el '11 y el '18 y quedó en la memoria de todos como el hombre que les enseñó a bajar la pelota con el pecho y dormilarla con el pie. Un verdadero maestro, que además, fue socio honorio en la continuidad histórica del club.





Con magia de campeón

No salieron de la nada sino de magistrales espejos del Arroyo Seco y Villa Peñarol los campeones aurinegros, los campeones del '11.

BAUTISMO DE FUEGO

Tensiones gremiales repercutieron en el fútbol criollo, colaborando sin proponérselo con el avance técnico que dio la primera gran muestra uruguaya, la del '12, cuando controles sobre los ferroviarios ambientaron el ingreso a las filas deportivas de nuevos allegados a la familia carbonera.

No salieron de la nada sino de magistrales espejos del Arroyo Seco y Villa Peñarol los campeones aurinegros de 1911, mostrando al Lancero Betucci, Ramaseca Canavessi, Carlos Scarone, al Loco Romano... Garra y corazón no eran meras palabras para el Lancero, que ocupó la punta derecha cuando Piendi pasó al medio, en un abanico que incluía a Ramaseca, Rasqueta Scarone y Angel Romano.

En 1908 había aparecido por la cancha de Peñarol José Piendibene Ferrari. Oriundo de Pocitos, Piendibene era el menor de siete hermanos varones que crecieron integrando cuadritos del barrio con nombre de las lanchas de salvataje de la empresa pionera de Lussich.

Con su amigo Salgruesa Lanzaro ni pensaban en Primera. Superando una propuesta concreta del Intrépido, terció Pancho Turturiello llevándolo a una reunión de amigos como Tomás Forné, González y Emilio Silva y Antuña, que era nada menos que el delegado de Peñarol en la Liga.

El 2 de julio de 1911 se jugó un clásico inaugurando las nuevas tribunas del Parque Central, escenario remodelado, desapareciendo la cancha menor. Se mantenía la propiedad de la Sociedad Comercial de Montevideo, pero con capacidad para 15 mil personas. Quedó para el buen recuerdo el discurso del presidente Sedgfield, agradeciendo "la galante invitación de la honorable comisión del Club Nacional de Football para compartir entre los viejos rivales la satisfacción...". Ambos clubes empujaban juntos hacia el primer gran fútbol uruguayo.

El 29 de octubre de 1911, en un nuevo partido entre uruguayos y argentinos en el Parque Central, por el Premio de Honor, Jorge Brown, zaguero del Alumni, bautizó de maestro a José Piendibene, cuando les anotara dos goles de la misma forma, con tiros sesgados en comba y con escaso ángulo contra un poste.

En la primera década de la Liga (basta repasar los diarios de la época), poco interesaba quien hacía los goles. Pero hacia 1910 comenzó a ser tema de evocación y comentario hasta en los más mínimos detalles. Mucho tuvo que ver Peñarol en ello, pues tanto Canavessi como Piendibene mostraron al gol como culminación de una tarea asociada. Canavessi era empleado de la Estación Agraciada de tranvías, donde era el que despachaba los abonos. Su contacto con la hinchada y sus temas de ventanilla apuntaron hacia el hallazgo de Piendibene, al que el propio Ramaseca pasó al centro del avance.

Lo de "maestro" le quedó para siempre, desde aquel 3 a 0 que tuvo a los 81 minutos un formidable golazo de Ramaseca Canavessi, culminando una combinación excelente con un toque

con efecto "a lo Piendi".

Peñarol necesitaba un nuevo campo de juego. En 1912, se recibió una propuesta de la empresa tranviaria La Transatlántica, que por trámites burocráticos se concretó cuatro años más tarde, inaugurándose con un clásico que ganó Peñarol por 3 a 1. Fue entonces (1916) que comenzó el festejo del primer cuarto de siglo del club, al que se adhirió, incluso por escrito, todo el fútbol uruguayo.

Se produjo la culminación del juego combinado de ataque, con cuatro grandes jugadores y un inconmensurable: el ala derecha de River y los demás de Peñarol. El Mondeja Módena era del barrio Sur y jugaba agachado, como una ardilla, con un pique formidable. El Charranco Dacal era todo viveza, intuición, sorpresa exigiendo atención a sus pases. La batuta estaba al centro, en los pies de Piendibene, retrasado en abanico, moviendo los hilos de una finalización certera. Rasqueta Scarone, exacto en el pase, tenía un remate feroz y desmoralizaba al contrario. Angel Romano, discípulo directo de las diabluras de Perucho Zibechi, las superó y pasó a ser el Loco, por sus piruetas y acrobacias impensadas.

Peñarol cambió de nombre durante la Copa Uruguaya de 1913, con el aval de la Liga. La comenzó el Central Uruguay Railway Cricket Club y la finalizó el Club Atlético Peñarol, que había obtenido autonomía dirigente y su propio reglamento de actuación social y deportiva.

Quienes permitieron el cambio de nombre fueron los neutrales Abelardo Véscovi, José María de Vecchi y Jaime Ferrer Olais, más los delegados de todos los clubes que, por lo demás, jamás llamaban a Peñarol de otra manera: Rodolfo Bermúdez (Nacional), Antonio Graffigna Saavedra (River Plate), Apeles Bordabehere (Bristol), Ricardo Aldama (Reformers), Aníbal P. Garderes (Central), Gumersindo Fernández (Universal), Arturo López Abella (Montevideo Wanderers) y Norberto Mazzone (Peñarol).

El cambio de nombre se hizo en los salones de la Liga de la calle Paysandú 122 casi Rondeau, pactando el 25 de noviembre de 1913 entre la empresa ferroviaria y la dirigencia deportiva el abandono del campo de juego de Camino Casavalle, determinando la devolución de muebles, útiles y capital a las instituciones británicas que siempre habían usufructuado lo recaudado por el fútbol. Peñarol quedó con la afiliación a la Liga, bandera y colores oficiales, copas, trofeos, placas, registro de socios, libros de actas, plantel de jugadores y las pertenencias deportivas. Así de simple; así de claro.

El CURCC desapareció como institución. No tuvo más registro de socios, actas, reuniones, ni asamblea, ni cobró cuotas sociales.

La diferencia de actitud ante el deporte amateur plagado de marronismo, está resumido para Peñarol en el calificativo de manya, que se ganó justamente en ese momento histórico, de labios de Carlos Scarone.

El amateurismo marrón

El cisma argentino atacó duramente nuestros planteles. Acceder las clases modestas al pago como actores del espectáculo, con dirigentes que escondían sus salarios en la "famosa" cajita de fósforos, fue todo uno.

En los clubes argentinos, principalmente en la Asociación Argentina (Boca Juniors), se comenzó a ganar nuevamente "buen dinero" y hacia allá marcharon José Benincasa, Juan Delgado, Carlos Scarone, Angel Romano y muchos otros menos notorios. Se repetía la historia de diez años atrás, no escapando los montevideanos a su entorno y a las leyes de mercado.

Ese problema de amateurismo marrón, que venía desde los hermanos Céspedes, Gaudencio Pigni, Gonzalo Rincón, el inglés Buck, el sudafricano (nacido en Oxford) H. J. Henman, que llegó a ser internacional argentino por la Copa Newton, y tantos otros, recrudeció en ocasión del cisma porteño desde el 14 de julio de 1912, al fundarse la Federación Argentina, con 8 clubes y presidida por Ricardo C. Aldao, división que duró hasta 1914. La Asociación mantuvo su afiliación internacional y absorbió para 1915 los dos organismos.

El tema de Peñarol era otro: sumaba pueblo. Sus ídolos eran de todos los barrios. Tanto el aporte inmigrante como la raíz de hierro ahondaban el surco de su pasión futbolera. El nombre de Peñarol es un ejemplo claro de bautismo popular.

En 1887 llegó a nuestro suelo Giuseppe (José) Scarone, ciudadano de Dego, Savona, Italia. Se empleó en el Ferrocarril y Tranvía del Norte, con talleres y playa de maniobras en el Arroyo Seco (hoy frente a la UTE). En 1890 nació su primer hijo oriental, Carlos, en Córdoba y La Paz (hoy General Luna y Paraguay). El ferrocarril, pintado de rojo, traía la carne para el abasto de Montevideo desde los mataderos de la barra de Santa Lucía. De la estación de Arroyo Seco, donde se desenganchaban, los vagones iban hasta el Mercado Central tirados por dos caballos de lanza y un cadenero.

El mayoral, haciendo sonar un cornetín, abría paso. Era José Scarone, inmigrante italiano, ferrotranviario, peñarolense. "Cuando Carlos crezca jugará en Peñarol (1909) y luego será uno de los del 12", gritaba a voz en cuello y nadie osaba contradecirlo. Con el tiempo, su propio hijo se iba a encargar de demostrarle lo contrario.

Todos eran peñarolenses en la casa de don José: los padres, los muchachos, las nenas, los novios de las nenas. Llevado por los hermanos Manito, compañeros carboneros del Arroyo Seco, Carlos era estrella en Peñarol y brilló cuatro años al lado del maestro José Piendibene.

Desde fines de 1913 a los primeros meses de 1914, Angel Romano y Carlos Scarone jugaban en Boca Juniors de Buenos Aires percibiendo $ 150 mensuales y viviendo en una pensión en la calle Necochea.

El 26 de julio de 1914, en el Parque Central hubo clásico. José Scarone concurrió como siempre, con el banderín aurinegro. Pero... en Nacional jugó su hijo Carlos. Estaba de regreso, retornando consagrado y famoso de Buenos Aires. Y había abandonado a Peñarol.

En la disputa familiar inexcusable, el hijo se había justificado:

–¿A qué me iba a quedar en Peñarol? ¿A comer mierda...? Dicho en italiano, lo de mangiare ("manyare") quedó para siempre, dando origen a la voz despectiva "manya".

Peñarol nació y abrazó una actividad desintoxicante en lo físico y en lo espiritual. Los jugadores crecieron comprándose los equipos de fútbol con dinero de su bolsillo, pagando hasta en las reuniones de festejo. El amateurismo gringo era impermeable, tanto como el "fair play", pero no puede negarse la fuerza operativa que ofrece a quienes manejan diferentes valores éticos. El deporte por el deporte mismo, al convertirse en espectáculo pago, remueve el ánimo de los protagonistas y el de sus consejeros. No es que el fútbol tuviese dos versiones; el de diferentes versiones es el hombre. Y el hombre está muy bien preparado a la corrupción de la oferta y la demanda por una condición materialista natural e insoslayable.

De ahí que Carlos "Rasqueta" Scarone bautizara a Peñarol y tomara estado público aquella tarde, cuando el aurinegro ganó en forma clara por 2 a 1 en el Parque Central con dos goles de Luisito Quaglia, otro compañero del barrio Bella Vista. Juan Harley y el Japonés Manuel Varela no lo dejaran mover al Rasqueta en todo el partido clásico, atinando a rezongar: **"Jueguen ustedes, que son unos manyas..."**. La definición ofensiva y ordinaria de manyas se convirtió en una precisión puntual de honestidad deportiva.

Un grito de menosprecio

El profesionalismo avanzaba, pero la confesión de Scarone, que nada tenía que hacer en Peñarol, colocó por siempre en su



Las manos seguras y bien arriba

Gana en lo alto Juan Legnazzi, arquero aurinegro de los años '20. Fue ídolo en la cancha de Pocitos, en la que Peñarol se mantuvo invicto en sus clásicos enfrentamientos con Nacional.

EL MAESTRO PIENDIBENE

Se consideraba un hecho la nacionalización de los ferrocarriles, ante una propuesta del presidente Batlle de 1911.

El educacionista Francisco Simón, a la sazón estudiante de derecho, orientó gremialmente a los empleados del ente del riel en los momentos de crisis administrativa paralela, con repercusiones muy remarcadas poco más adelante, en 1913, cuando Peñarol tome definitivamente el nombre de la Villa.

Para la "fiel y bullanguera", que alentaba multitudinariamente a sus ídolos, solamente los problemas deportivos contaban, como la suma del invalorable aporte cargado de inspiración y fuerza de Carlos Scarone o de alegría y "locura" de Angel Romano. El fútbol del padre Peñarol se afianzaba.

Es de recibo señalar algún recuerdo de ese momento de real y efectivo crecimiento técnico. Imposible olvidar el 1° de noviembre de 1911, día de un partido clásico disputado en el Parque Central y por la Copa de Honor "Cusenier", cuando Peñarol derrotara a Nacional por el récord aún vigente en los encuentros clásicos: 7 a 3, luego de perder el primer tiempo por 2 a 1.

Un grupo inolvidable fueron los leones de 1911: el ferroviario porteño Luis Solans en el arco, huyendo del servicio militar; Eleuterio Pintos, Carlos Ronzoni; Ceferino Camacho, Juan Harley (capitán), Guillermo Manito; Alfredo Betucci (capitán), Luis Quaglia, José Piendibene, Felipe Canavessi y Angel Romano. También fueron campeones Juan Laguzzi, Vicente Manito, Ernesto Raffo y Carlos Scarone, actores de otros partidos por la Copa Uruguaya.

Romano, dribbleador genial criado en el Parque Central, fue desplazado de Nacional en una crisis discriminatoria social con repercusiones en lo deportivo, que llevaron a muchos jugadores a engrosar las filas del Bristol. El "Loco", que no halló diferencias mayores entre aquellos dos clubes de similar raíz estudiantil e intelectual, pasó a Peñarol, como significativa protesta contra la conducción nada populista de los "cuelludos", como se les decía entonces.

Jorge Germán Pacheco, gran especialista en servir tiros de esquina, había recorrido el camino de los bacanes y pasado de Nacional al Bristol. Era familiar de doña Matilde, esposa de José Batlle.

En 1916, Pacheco pasó a ser el capitán de Peñarol y de las selecciones, siendo el primero en abrazarse con "Isabel" (Gradín), festejando los goles y demostrando la evolución favorable de hacer deporte integrado a su pueblo.

El 29 de setiembre de 1912, en Belvedere, por la Copa Competencia, Peñarol venció a Nacional 4 a 2 luego de quedar con dos jugadores menos. Fue el primer clásico de 9 contra 11, hazaña que los aurinegros repitieron, corrigieron y aumentaron a través del siglo.

El título popular de "maestro", otorgado a Piendibene por los rivales porteños, no solamente respondía a sus goles imposibles, chanfles para el asombro o remates de cachetada a un rincón. "Piendi" desarrolló una gama técnica que fue estelar en nuestro fútbol y en América por dos décadas.

Antes de Piendibene el juego se basaba en la fuerza. Los punteros recorrían la línea y levantaban el famoso centro de la muerte y en el área valía todo. Tal el tiempo de Juan Pena, tirado a la punta, viendo que los argentinos colocaban a Jorge Brown de eje delantero para "meter pechera". Luego llegó el fútbol de ala, el tuya y mía al lateral haciéndole el moñito.

Piendibene formó la delantera de cinco, con el trío central haciendo cortadas en profundidad, al puntero o al claro. Fue un maestro (sin comillas) en amagar a la carrera o antes del tiro al arco, donde su culminación asombraba. Simulaba dejarla pasar y le daba de taco, medio mondonguillo característico; o la enganchaba y la ponía en caída junto a un lateral.



En 1926, el "Divino" Zamora, histórico arquero español, vino a Uruguay para jugar y cuando se enfrentó con Peñarol y dialogó un largo rato con el "Maestro" Piendibene.

justo lugar al insulto.

En las tribunas del Parque Central estaba el gordo Luis Semino (padre), propietario del café Lito, de la Aguada, con Alberto Deambrosi, el "periodista" Debenedetti y un invitado de lujo: Carlos Balsán. Todos los fines de semana, un puñado de hinchas iban en la volanta de Varela al café de Semino, en Agraciada y Santa Fe, y marchaban juntos a la cancha.

"Manyas... carboneros...", cada grito de menosprecio era aclarado por "Lito" Semino y Balsán sacaba sus conclusiones. Al día siguiente, en su tarea en La Tribuna Popular, Balsán comentaba su aventura futbolística y Lapido le aclaraba que "Nacional era la crema de nuestra sociedad, de la clase alta".

El cuadro carbonero, con sabor a pueblo, pasó a ser el inseparable compañero de Balsán, de ahí que ingresara a la redacción con una flamante corbata amarilla y negra.

Coincidía aquello con el anuncio del Diario del Plata en su edición del 18 de enero de 1914, página 10, 4ª columna: "Peñarol está también en tren de reformas. Desde la próxima temporada dejará de ser el CURCC, llevando tan sólo el nombre de Club Peñarol, que es el que verdaderamente lo ha popularizado en las lides del deporte".

El plantel de jugadores de 1914 siguió con algunos nombres importantes: José Piendibene, Juan Harley, Bernardo Savio, Angel Romano, Luis Quaglia, Oscar Varela y la renovación lógica del tiempo. Romano, que amaba al fútbol y el cautivante entorno técnico de sus fundamentos, volvió a ser aurinegro.

El Loco jugaba porque le gustaba. El fútbol era su vida y había llegado a él por la proximidad de su casa con el Parque Central, al que iba con uno de los canasteros del barrio, Raúl Sánchez, hermano de Florencio.

Barreras discriminatorias de los dirigentes cuelludos lo habían llevado a jugar en Peñarol. Pero la situación varió con su viaje a Buenos Aires, donde llegó a jugar en la Selección argentina contra el Exeter de Inglaterra, siendo el jugador más técnico que había pisado Buenos Aires en aquellos tiempos.

Enemigo de la hipocresía, cuando le ofrecieron dinero, el Loco Romano se lo dijo al doctor Francisco Simón y se fue. Para Nacional, por supuesto.

Endurecido por las polémicas y el marronismo, Peñarol se refugió, como lo ha de hacer tradicionalmente siempre, incluso hasta el presente, en su pueblo, que justamente entonces sumaba un soldado de lujo: Carlos Balsán.

Carlos Balsán Ronsard había nacido en Buenos Aires el 1° de diciembre de 1882, en un hogar católico de origen francés.

Viajó a Europa a los 14 años, como futuro cura, viviendo en casa de una hermana en Londres y pasando a París luego, donde se hizo anarquista y debutó como orador de barricada. Regresó a la Argentina y embarcado en una agitación constante por sus ideas, en 1904 fue herido de un balazo y encarcelado en Ushuaia durante seis meses.

Nada cambiaría en él, salvo que hacia 1910 había formado familia y llegó a Montevideo con su esposa y dos hijos, escapando de una segura captura.

Gradín los hacía poner de pie

Las tribunas anarquistas, que aquí las había y Balsán ocupó de inmediato con obreros, como Adrián Trotiño, reivindicaban las mismas luchas y esperaban una represión parecida. Estaban dis-



El negrito Gradín, atleta y jugador

El esmirriado moreno Isabelino Gradín, conocido como O Terror das Pistas, debutó en Peñarol en 1915.



Poeta y amuleto

Autor de una poesía que empezada diciendo: "Oh... Peñarol, yo te saludo...", Roberto Chery fue hombre de suerte. De los clásicos que jugó con Nacional ganó nada menos que ocho.

puestos a enfrentarla.

Una tarde, en la Aduana, su arenga dominguera encontró un público dividido y participativo. Había problemas en el puerto y seguramente vendrían las corridas, los palos, el encierro... Pero sorprendentemente intervino la policía para protegerlo. En este país, que comenzaba a ser el suyo, había libertad real de expresión y garantías que no eran meras frases políticas.

También para el deporte uruguayo se habían agregado ingredientes oficiales importantes y diferenciados, como fueron las leyes con alcance popular e integradoras socialmente, que invitaban libremente al trabajo físico. Villa Peñarol aportó lo suyo. Las demandas obreras habían comenzado en el ferrocarril, exigiendo la reducción horaria de la jornada laboral. Si bien no se logró el reconocimiento del sindicato por parte de los administradores, otras demandas fueron satisfechas.

También el deporte se reivindicó a su manera, democratizándose. Isabelino Gradín fue un claro ejemplo de ello, a la par que considerado el primer jugador dramático de nuestro fútbol, pues hacía levantarse el público de los tablones y ponerse de pie, al iniciar su carrera por la zurda sacando furibundos remates de media distancia.

Nacido en el barrio Sur montevideano el 8 de julio de 1897, apareció con dotes de velocista nato, agregándole para el fútbol su malabarismo técnico. Campeón sudamericano extra con la celeste (1916), paralelamente a sus lauros continentales en atletismo, fue campeón uruguayo con Peñarol en 1918 y 1921, inspirando al poeta peruano Juan Parra del Riego, quien le dedicó los versos de su inmortal polirritmo.

Ya había nacido, en julio de 1916, la Confederación Sudamericanba y se había cumplido en Buenos Aires el primer continental extraordinario, ganándolo Uruguay como visitante invicto. Peñarol contribuyó con 4 titulares: Piendibene, el Japonés Varela, Jorge Pacheco (capitán celeste) y Gradín; José "Botija" Pérez fue suplente.

En el primer partido, contra Chile, jugado en Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, en Palermo, los celestes ganaron 4 a 0 (dos goles de Piendibene y dos de Isabelino), lo que no fue aceptado sin queja por la prensa chilena en general, que reclamó por la inclusión de dos "africanos" en el equipo uruguayo y colocó a sus dirigentes en son de protesta.

No se concebía en el subcontinente que los jugadores negros (Gradín y Delgado) jugaran al fútbol a la par que los blancos.

El primero dúo negro y manya

Para el primer sudamericano oficial de la Confederación, Copa América de selecciones, al año siguiente en Montevideo, Uruguay estrenó su cancha oficial de la CNEF en el Parque Pereira.

Peñarol duplicó su aporte con relación al sudamericano anterior y contribuyó con 8 jugadores en un extenso plantel de 28. Pero solamente jugaron 3: Jorge Pacheco, que fue nuevamente el capitán, José Pérez y Manuel Varela, que tuvo que jugar 20 minutos en el arco frente a Argentina, por lesión de Saporiti. El arco uruguayo finalizó invicto. La hazaña del Japonés, en tiempos que no había cambios de jugadores, fue memorable.

El episodio más dramático de todos los continentales, en 99 años, ocurrió en el primer sudamericano de Río de Janeiro, cuando Juan Delgado, que había pasado de Central a Peñarol e Isabelino Gradín, constituyeron la segunda edición del dúo negro (y manya) de la selección.

También jugaron con los celestes los aurinegros José Pérez y el "poeta" Roberto Chery. Chery había surgido desde el barrio Sur en las divisiones formativas aurinegras, con Gradín y Campolo, y fue juvenil autor de una poesía que comenzaba diciendo "Oh, Peñarol, yo te saludo..". De ahí lo de "poeta".

Nacido el 16 de febrero de 1896, Chery debutó en primera en el Parque Lugano, contra el viejo River Plate, siendo llevado en andas y constituyéndose en un verdadero amuleto de fe aurinegra, ya que jugó 9 partidos clásicos en sus tres temporadas de fútbol de primer plano y solamente perdió uno, por 1 a 0, siendo vencido de penal por Carlos Scarone.

Campeón uruguayo de 1918, fue llamado a la selección y lamentablemente se despidió en su segundo encuentro, contra Chile, el 17 de mayo de 1919, cuando Uruguay ganó por el continental 2 a 0 en Laranjeiras, viejo estadio de Fluminense. En una estirada, Chery sufrió un principio de estrangulamiento de una hernia, falleciendo dos semanas más tarde.

Brasil y Argentina disputaron una copa en su honor y a beneficio de sus deudos. Argentina vistió de celeste y Brasil de aurinegro, empatando 3 a 3 y donando el trofeo "Roberto Chery" a las vitrinas peñarolenses.

En 1918, ya campeón uruguayo, el manya volvió a ganar la Copa de Honor "Cusenier", derrotando a Independiente de Avellaneda por 4 a 0.

Así como el aporte manya en el fútbol "del 12" estuvo en primera fila, volvió a estarlo en los primeros torneos sudamericanos, los que desembocaron en el gran momento olímpico y mundialista de nuestro deporte.

El 26 de setiembre de 1920 finalizó el cuarto torneo y la tercera Copa América en disputa, en Viña del Mar, Chile. Uruguay se consagró nuevamente campeón y 6 jugadores titulares eran aurinegros: Juan Legnazzi, Pascual Ruotta, Andrés Ravera, José Pérez, José Piendibene y Antonio Campolo.



EL MITO AURINEGRO

Peñarol dio otro paso adelante con su pueblo al inaugurar la cancha de Pocitos el 6 de noviembre de 1921. Se recibía el impulso siempre trascendente de sus dirigentes y administradores, en este caso el del preclaro político y hombre público Julio María Sosa.

Periodista, director de El Diario Nuevo y El Día, Sosa fue diputado en varias legislaturas, senador, presidente del Consejo de Administración y candidato a la presidencia de la República.

La tarea de Sosa en el deporte fue total para Peñarol, al que halló en un momento institucional difícil pero lo dirigió con maestría, proyectándolo.

Desde la presidencia de Peñarol, Sosa cumplió ocho años de tarea de progreso institucional palpable, adquiriendo la sede social de la calle Maldonado y su gimnasio. Ocupando para su cómodo campo de deportes de Rivera y Pereira la vieja estación y los talleres tranviarios de Pocitos, con el cual llevó su número de socios de 1.200 a 3 mil en pocos meses.

Los tablones de las tribunas de Pocitos se inauguraron en un partido 1 a 1 con River Plate argentino, en el cual dio el puntapié inicial Juan Cat, legendario administrador tranviario y amigo del fútbol.

A la cancha de Pocitos se trasladó el mito de que Peñarol podía ganar cualquier partido en los últimos minutos, fuera por una sobrecarga espiritual o por el impulso directo de una falange de apoyo bien cercana al campo.

Alcanzaba con evocar su origen y ver todo el pueblo junto al alambrado. Al impulso del equipo se agregaba el del público, un nuevo grupo humano sumado al antiguo, que se identificaba como savia renovada del barrio de José Piendibene, que recibía al Peñarol de todas las esquinas.

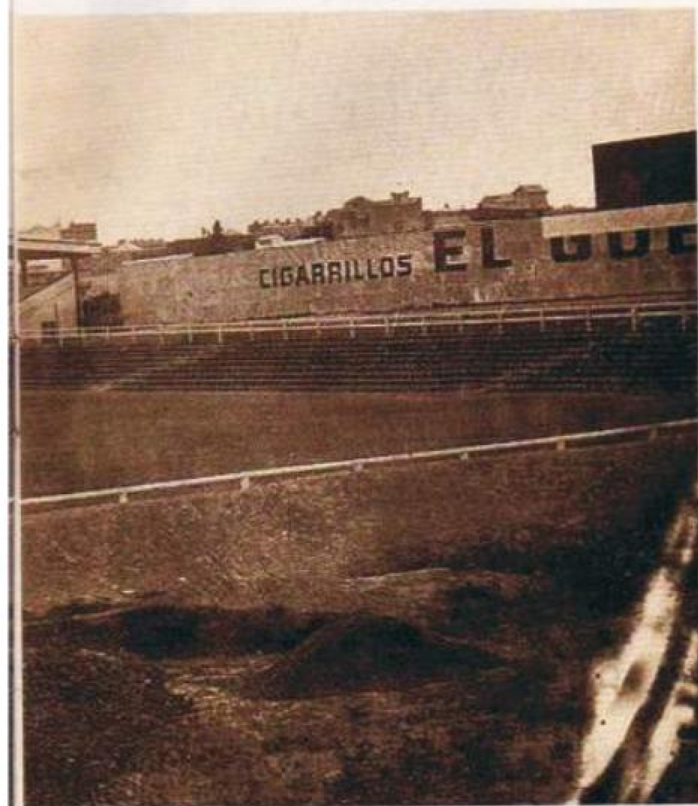
La Copa Uruguaya de 1921 tenía una importancia, pues Nacional ganaba su segunda Copa en Propiedad si obtenía ese torneo. Se llegó al 25 de diciembre con la perentoriedad de definirlo en la cancha de Pocitos, en Rivera y Pereira. Esa Navidad ganó Peñarol 2 a 1, con dos goles de José Piendibene.

Las gestiones para traer el escenario aurinegro a un lugar más céntrico culminó con la firma del contrato con la Sociedad Comercial de Montevideo, representada por Juan Cat, director-gerente y Julio María Sosa, presidente, y Manuel Veiga Goulard, secretario general, por Peñarol.

Cat cedió gratuitamente, por cinco años, el espacio de maniobras, desenganche y pastoreo de los viejos tranvías y sus caballos, terrenos ubicados a los fondos de la estación Pocitos, construyendo en él un campo de juego de 105 metros de largo por 80 de ancho, con comodidades sanitarias para público y futbolistas, con ingreso por la calle Pereira.

Sosa hizo trasladar de Las Acacias los tablones de las gradas, el palco y los portones de entrada, a cargo de Peñarol, con importantes mejoras compartidas en sillas, rampas y alambrados, así como el personal de mantenimiento, servicio y puerta, que se pagaban por partes iguales.

Pocitos no fue rival ni sustitución de Las Acacias. Incluso a nivel de asociados se discutió el traslado. Pero Peñarol se sabía titular en todas las barriadas montevideanas y siempre avanzó hacia su pueblo.



Tierra de cracks

Este fue el escenario de las primeras conquistas de Peñarol, el que vio crecer a una enorme camada de grandes jugadores que hicieron glorioso el camino aurinegro. En síntesis, la casa propia, tan anhelada como vital.

Un campeón con siete olímpicos

Otro título más de la mano del inolvidable José Piendibene. Fue en el año 1926 y con el mismo nació la famosa Cortina Metálica formada por Campolo, Chery y Gradín.



Evocar al Peñarol de Pocitos es repetir queridos nombres de los campeones uruguayos de 1921. Esa muchachada aurinegra ganó un trofeo del que poco se habla, la Copa Albion, una eliminatoria local interclubes, la que obtuvo por tercera vez en sus cuatro disputas hasta ese momento.

Expulsión y cisma

Peñarol, campeón de 1921, debía jugar la Copa "Ricardo Aldao", pero justamente con Racing, líder del grupo disidente que había quedado fuera de la Confederación Sudamericana y de la FIFA.

Momento de disputar la Copa Río de la Plata, se le prohibió a Peñarol que jugara con Racing de Avellaneda, paladín de la unificación de 1915 y titulado argentino de la Asociación Amateurs.

Peñarol resolvió propiciar un acercamiento entre las partes, viajando Julio María Sosa a Buenos Aires junto con el presidente de la AUF, León Peyrou.

Lamentablemente las gestiones fracasaron. El 3 de abril de 1922, en Pocitos, jugaron los campeones del Plata, Peñarol y Racing, una copa denominada "Intendencia de Buenos Aires", obviando problemas mayores. Peñarol, con José Benincasa de capitán, ganó 3 a 0 al campeón argentino.

Arrancó el Uruguayo 1922, comenzado Peñarol con un 8 a 0

sobre los rojos de Dublín. Hasta agosto, aquello fue un festival aurinegro, más allá de cinco partidos protestados, rubro de "imprevistos" que ha debido presupuestar Peñarol en todo su primer siglo. Llevaba tres puntos de ventaja en la Liga cuando se planteó la concurrencia celeste al Sudamericano de Río, negándose los aurinegros a enfrentar un equipo de la Asociación Argentina de la sede de la calle Suipacha, que tenía empero la afiliación FIFA.

Reunidos en Buenos Aires, el 3 de noviembre de 1922, Peñarol, Central, importantes clubes argentinos y chilenos, resolvieron fundar una nueva Confederación Sudamericana, idea del doctor argentino Adrián Beccar Varela.

Presidida por el doctor José María Reyes Lerena, Central y Peñarol fueron expulsados de la Liga Uruguaya.

La etapa del cisma fue en otros aspectos mucho más positiva, una de las más pródigas del fútbol uruguayo. Decenas de grupos futboleros barriales se entusiasmaron. La posibilidad de alternar con equipos importantes fue doble, pues Asociación y Federación aceptaban adherentes a destajo. Se formaron clubes, resurgieron otros y hasta se dividieron y tuvieron dos versiones de una misma bandera algunos como Montevideo y Atlético Wanderers, Club Atlético y Charley FC y los Lito, "cuadrado" o "redondo", de acuerdo a su insignia.

La Federación realizó su primera asamblea constitutiva el 22 de noviembre de 1922, en la sede de Peñarol, calle Paysandú N° 1179, presidiendo la misma Julio María Sosa. Estuvieron representados 32 clubes, que resolvieron jugar un primer campeonato uruguayo de suficiencia, clasificándose 17 como de primer nivel, para disputar el torneo de 1924.

Julio María Sosa era un recio orador y temible polemista, que inculcó claramente a la falange aurinegra la división entre los clubes grandes que el problema entrañaba. "Necesitamos más que nunca estar juntos, ya que somos más y diferentes...", repetía entre aclamaciones, pero hizo dar a Peñarol los pasos que determinó siempre la asamblea de socios.

Integrante de la Sociedad Uruguaya de Derecho Internacional y autor de textos y monografías de notoriedad en las dos primeras décadas del siglo, la tarea inmediata de Julio María Sosa, fue exclusivamente el problema de Peñarol, de la Federación, del fútbol uruguayo. La última década de su vida le hizo llevar el estandarte de la familia aurinegra, más unida que nunca.

Asociación y Federación escribieron, cada una por su lado, esa historia del Uruguay futbolero por el mundo que debió publicitarse unida, y jamás ocultarse. Las selecciones uruguayas, desde sus justas oficiales iniciadas con la Copa Lipton (1905), se integraban generalmente con un alto porcentaje de jugadores de los equipos grandes. No puede sorprender que, estando el fútbol dividido, el aporte aurinegro quedase al margen.

Pero resulta injusto para las demás instituciones que no se resalte tanto su contribución a la renovación del fútbol uruguayo de 1923, a la par que su repercusión directa en el propio plantel

LA CORTINA METÁLICA

Lorenzo Fernández de Capurro fue apodado "el Patrón de la Cancha" no bien plantó su figura en medio del Estadio Centenario. Recio, duro; era todo entrega, garra y fue para la hinchada "un corazón con tamangos". Pasaron los años y fue "entreala", zaguero, goleador, eje medio, siempre dejando todo en cada partido.

Alvaro Gestido, capitán del ejército y del equipo, todo disciplina y alegría, era un célebre trancador y el "¡mía!" era suyo en toda pelota dividida. Fue 7 veces campeón uruguayo y defendió la celeste (ocasionalmente roja) en 35 oportunidades, retirándose en 1941, con 34 años de edad y dos décadas triunfales en su vida deportiva. Jamás fue expulsado de un campo de fútbol, exhibiendo una fortaleza física de am-



Un equipo memorable

Peñarol logró el título de 1921 luego de derrotar a Nacional por 2 a 1. En ese campeón sobresalió el Maestro Piendibene.



Gradín, Chery y Campolo, integrantes de la 'Cortina Metálica', creadores de un juego que hizo escuela.

plio espectro, apuntalada por su carrera militar, que le hizo eximio esgrimista, tirador, pelotari y hombre de a caballo.

Gestido, Fernández de Capurro más la contribución de Gildeón Silva conformaron la Cortina Metálica en aquellos tiempos, considerada una formidable línea media. Los tres eran "centrehalves" e hicieron escuela marcando el ala y como aplicados recuperadores de pelota y organizadores del juego colectivo.

Tatita Silva fue bautizado por el negro Juan (Delgado), que lo alentaba con un "¡venga con su Tata!". Entreabría los brazos y se le quedaba con la pelota al más pintado. Cimbreante, enérgico, callado, correcto, jugaba con la monótona religiosidad del ritmo del tamboril, que Gildeón tenía como inseparable compañero de sus carnavales.

La "longevidad" del maestro Piendibene postergó grandes delanteros, como Antonio Sacco, finamente fundamentado, y Pablo Terevinto, el "Cañón 42" de tremendo remate al arco, ambos definidores exquisitos, que alargaron su vigencia hasta el profesionalismo.

Peñarol estuvo a punto de levantar, en ese año, su estadio en el Parque Rodó. La intendencia municipal concedió un predio, iniciándose las obras fundamentalmente de perforación de la roca en octubre de 1930. Pero no fue posible, con la tecnología de aquellos años, abrir un espacio adecuado y de dimensiones considerables sobre aquel piso.

olímpico de Colombes.

Paralelamente, por el cisma no tuvo oportunidad de representar a Uruguay un notable grupo de jugadores que, afiliados a la Federación, estaban impedidos de jugar en Colombes: José Piendibene, Domingo Tejera, Juan Legnazzi, Tito Borjas, Isabelino Gradín, Juan Pedro Arremón, Gildeón Silva, Roberto Figueroa, Antonio Campolo, Peregrino Anselmo, el manco Héctor Castro, Pascual Ruotta, Pepito Benincasa, entre muchos otros.

La Federación Uruguaya procuró desde siempre la unificación del fútbol, aceptando incondicionalmente una Asamblea Extraordinaria de Delegados, el laudo arbitral del presidente José Serrato del 9 de octubre de 1925.

Retornó Peñarol al Parque Central un mes más tarde, el 8 de noviembre de 1925, y lo hizo a paso de vencedor, con gol del tano Ruotta de penal y la curiosidad de haber sido el primer clásico radiotrasmitido, por General Electric, relatado por su gerente Emilio Elena.

La AUF jamás computa los internacionales de la Federación, distorsionando los historiales con Argentina y Chile, así como una Copa Río de la Plata que San Lorenzo de Almagro le ganó en Gimnasia y Esgrima de Palermo a Atlético Wanderers, el 22 de junio de 1924, versión correspondiente a 1923.

La visita del "Divino" Zamora

Iniciado el primer torneo oficial luego del cisma, la "Copa Héctor Gómez" del Consejo Provisorio, apareció de visita el Deportivo Español de Barcelona derrotando a Nacional el 14 de julio de 1926, en el Parque Central, por 1 a 0. Formaron en el equipo perdedor 7 campeones olímpicos de Colombes, pues Andrade y Cea habían pasado a los albos.

Los españoles festejaron esa victoria como una hazaña, que para ser completa debía superar a la parte celeste que no había ido a Europa: a Peñarol, por supuesto, al que el 18 de julio enfrentó en el mismo Parque.

Cuarenta mil personas mirando el duelo entre el "imperforable" Ricardo Zamora y el maestro José Piendibene, sin mucha seguridad de ver un ganador, pues el juego defensivo de la visita, ya mostrado ante Nacional, se acentuó en su actitud conservadora.

Peñarol formó con Juan Legnazzi, José Benincasa, Demis Dagosto, Pascual Ruotta, Gildeón Silva, Antonio Aguerre, Ladislao Pérez, Arturo Suffiotti, José Piendibene, Peregrino Anselmo y Juan Pedro Arremón.

Zamora jugaba adelantado, como un "libero", dirigiendo toda la zona defensiva. Faltaban 15 minutos y el gol no aparecía para Peñarol y Deportivo ni siquiera lo buscaba.

En una pelota puesta en profundidad, don José (tenía 36 años), desvió por poco un remate cruzado luego de una cortada de Suffiotti. Pero en un nuevo avance de Nenín Anselmo, eliminando rivales y apoyando a Suffiotti en un magistral pase, llegó la ocasión decisiva. El maestro se la pidió y Suffiotti la dejó seguir, tomándola Piendibene entre los zagueros Quesada y Urquizú, a los que hizo abrir con amagues de cuerpo. Zamora se adelantó un paso, amagó "Piendi" y se iba a tirar a su derecha, pero el remate de cachetada que salió del pie derecho sí, pero rumbo al otro poste y se acercaba a la línea, como bostezando. Cambió el rumbo el golero y se estiró cuanto pudo el "Divino", pero la pelota se coló en el arco que daba hacia la avenida 8 de Octubre. Finalizado el partido el público llevó en andas a Piendibene. Ricardo Zamora felicitó reconocido al maestro, en el mismo Parque Central que era como su casa, donde le bautizaran 15 años antes como tal y donde anotara más goles clásicos que nadie.



El Napoleón del fútbol

Era el apódo de Juan Peregrino Anselmo, el recordado centrodelantero de Peñarol, autor de un gol al 'Divino' Zamora.

COMIENZA LA ERA PROFESIONAL

Los jugadores no tuvieron acceso a la Copa del Mundo y ocupaban un lugar secundario y de postergación ante los dirigentes de la AUF, pese a ser los protagonistas del fútbol. Sus postulados eran bien claros: mejora de viáticos y subsidios, seguro por lesión, ingreso gratuito a cualquier partido, un jugador en la dirección de la AUF y pase libre. Desembocó en la formación de la Sociedad Protectora de los Jugadores (el 22 de agosto de 1930) y culminó en una corta huelga, que fue empero el primer paso hacia el fin de la hipocresía y la introducción al régimen rentado, que se votó en 1932.

En lo estrictamente deportivo, Carlos Balsán fue el impulsor mayor del profesionalismo aurinegro a sentimiento puro, resurgiendo sus frases de los años mozos con un tinte diferente, en una adhesión respetuosa del jugador.

Peñarol profesional tuvo de entrada cuatro campeones del mundo más: José Leandro Andrade, Santos Iriarte, Enrique Ballestrero y Ernesto Mascheroni. Y fue allá por el '30 que apareció procedente de Mercedes un canarito de patada de mula. Jugaba viniendo de atrás, perfilado por la derecha, preparando un tiro al arco no siempre bien dirigido pero de potencia garantida. Se llamaba Pedro Young.

Lo trajeron a probar a Central y arreglaron su venida. Faltaba el consentimiento del Peñarol de Mercedes, logrado el 6 de marzo de 1932, pero para Peñarol de Pocitos, logrando el Canario hacer su primera temporada profesional uruguaya vistiendo la rayada, dándose a conocer con su zancada larga; las piernas estiradas corrían abiertas, preparando el zapatazo: un remate al arco inmediato, sorpresivo, fulminante. Y terriblemente fuerte.

Arranca la era profesional. Aparece en escena Severino Varela, el hombre de la boina.

Debutó en Primera después de cuatro meses, el 9 de julio de 1932, con Braulio y Lorenzo de ala derecha y Ruggero y Arremón como ala izquierda, estupendo apoyo para Young.

GOL DE LA COLGADA

Históricamente, para Peñarol jugar con uno menos "no era nada". El tema consistía en mantener la actitud ganadora intacta. Y así fue. A los 14 minutos, cargando Peñarol para la Amsterdam, casi 70 mil personas vieron llegar tocando a velocidad a Braulio y Mata.

Llegó el rastrón para Young, pero el negro Domingos se anticipó: era toda de él. La "pata larga" del mercedario (la derecha) se estiró y la punteó a Anselmo, que no estaba en los planes del cañonazo. La paró sin despeinarse, marcado tranquilamente y a distancia por el Chivo Andriolo.

Nenín la pisó, con aquella calma enervante que aceleraba las neuronas del contrario. Fue a trancarlo Andriolo y entonces sí se la cortó a Young, que le dio un furibundo derechazo cruzado que no solamente dejó al Flaco García sin invicto, sino que la pelota quedó colgada entre el soporte de la red y la red misma, en el ángulo superior derecho del arco que hoy llaman de la "barra brava", el de la Amsterdam.

Luchando por la primicia gráfico periodística, Caruso y Carbone estaban prontos para sacar la foto del Flaco García descolgándola... Pero el comisario Tarlera, detrás del arco, la punteó con el sable y puso a la vista de todos la prueba del delito. Allí



El campeón del '35. De pie: Nogués, Zunino, Cazenave, Ballestrero, Aizborbe, Gestido y el entrenador Athuel Velázquez. Agachados: Taboada, Severino Varela, Feitiço, Villadónica, y Camaití.

estaba la pelotita. No hubo foto "humillante"; pero tampoco había invicto.

Young y gol fueron una misma cosa. Sus 33 goles tuvieron que esperar más de cuatro décadas a que apareciera Fernando Morena, para ser superado como récord. Para el manya con el de "la colgada" alcanzaba. El Tigre fue campeón uruguayo tres veces más (1935-36-37).

Peñarol se lo prestó al Ferro Carril Oeste del legendario Juan Harley, club que se iba al descenso (1936) y allá marchó Young[1], que jugó 14 partidos oficiales en el fútbol argentino y anotó 13 goles.

EL GOL DE LA VALIJA

En 1934 se jugó el clásico del gol "de la valija". Un gol anulado a Young contra Sud América había dejado empatada la Copa, pero el fallo demoró la final hasta mayo de 1934. Fue el primer clásico con túnel en el Estadio Centenario, recién hecho y llamado popularmente sótano. Por él salieron Nacional, Peñarol y Telésforo Rodríguez, Luis Scandroglio y Aníbal Tejada (árbitros), en ese orden. Rodríguez, referí de la Liga Tranviaria, había aceptado arbitrar por renuncia de Domingo Lombardi y hasta los 18 minutos del segundo tiempo fue un clásico normal, poco lucido, friccionado.

Braulio Castro, el "Pibe de Oro" y el "Tigre" Young. Y cuatro títulos para el recuerdo.

Pero llegó un pase largo a la punta derecha aurinegra y el brasileño Bahía tiró en forma esquinada sobre el arco de la Colombes, que defendía Eduardo García. La pelota llegaba corta, pero siguió por el área: ¿dio en el lateral?, ¿la sacó el Flaco García?, ¿pegó en la valija del masajista Kirschberg?... Anselmo le gritó a Braulio : "Metela..." Y el Pibe de Oro le hizo caso.

La explosión de la hinchada se frenó bastante, pues el referí fue agredido y abrazado de inmediato por los albos y nadie podía asegurar que Telésforo había señalado el medio del campo. Expulsó a Nasazzi, Chifflet y Labraga y marchó para la enfermería. Scandrogio hizo mover a Nacional: Héctor Castro para Pedro Duhart, tirándola éste al óbol. Pero suspendió de inmediato el partido "por falta de luz". Tejada estampó en el formulario que habían sido 8 los agresores y la pelota se había ido al córner.

A dos años de implantado, el profesionalismo entró en una crisis variada y acentuada. Comandaba una Junta Dirigente con tres neutrales, una terna por club, con un voto solo, y un Tribunal Arbitral, compuesto por otros tres neutrales, que avalaban o rectificaban los formularios.

La peor de todas las crisis atacó allí, en la credibilidad en el justo fallo, dada la apelabilidad en la AUF de cuanto cobraba el referí.

La Copa Uruguaya, era en realidad una Liga de todos contra todos, en tres ruedas: como local, neutral y visitante.

Peñarol aprobó el profesionalismo por asamblea, el 9 de mayo de 1932. La primera terna fue integrada por Héctor P. Gardil, Alberto V. Maggi y Carlos Balsán, siendo presidente del club el arquitecto Juan Antonio Scasso.

Arrancó con una primera gran crisis del fútbol de selecciones, en un medio dominado por la ardua disputa entre los dos clubes grandes. No hubo campeonatos sudamericanos entre 1929 y 1935.

Y los chicos tomaron su real estatura. Peñarol campeón uruguayo en 1932; Nacional en 1933 y 1934; Peñarol en 1935,

Severino Varela, un auténtico símbolo del fútbol

Severino cumplió tres décadas de adhesión popular directa, en la que a su paso abrazó la selección uruguaya, roja o celeste, siendo el mayor goleador de la Copa América en sus ediciones oficiales de todo el siglo. No hay en todo el continente un jugador que haya convertido más goles que Severino Varela estando en juego el trofeo instituido por la Confederación Sudamericana.

Varelita era estrella del nuevo River Plate profesional (1932) y en 1934 fue tasado por los darseneros en 8 mil pesos por su transferencia a los aurinegros. El secretario general de Peñarol, doctor Federico Cibils Hamilton, estudió el contrato de Severino con River y notó que el mismo había sido firmado en minoría de edad. El contrato era totalmente nulo y como jugador "sin contrato", Peñarol pagó los dos mil pesos reglamentarios, enrolándolo.

Severino unió en Peñarol dos etapas históricas memorables, la del primer cuatrienio consecutivo de nuestro fútbol, campeón uruguayo (1935 al 38) y la de sus últimos tiempos de pantalón corto, en 1946-47.

Entre ambos ciclos vivió su glorioso pasaje por Boca Juniors, donde fue "la boina fantasma", un goleador clásico implacable.



Severino Varela y la camiseta aurinegra, la que lo hizo famoso en el Uruguay y que le permitió ir a Boca. El ídolo rioplatense y figura del fútbol sudamericano.



1936, 1937 y 1938; Nacional en 1939, 1940, 1941, 1942 y 1943... Uno, dos, cuatro, cinco. Fue el reparto de títulos lo único que funcionó a la perfección.

En el primer clásico se recaudó más que en todo el Uruguayo de 1931 y el registro social de Peñarol pasó de 6 a 12 mil, entrando gratis al ser locatarios.

Los fallos referiles con apelación ante el Tribunal Arbitral pincharon el globo. Héctor Gardil se retiró de sala el día del fallo "del gol de la valija" y la asamblea aurinegra del 4 de agosto de 1934, con encendidas palabras avaló la gestión de los delegados. Peñarol estaba todo junto y se consideró que el fallo no le ganó al club sino a todo el fútbol uruguayo.

También el país padecía en sus instituciones de gobierno crisis política y económica, interrumpía su democracia y veía con frustración aquel sueño de evolución del país y su progreso.

Peñarol enderezó al profesionalismo en alpargatas, dándole los primeros toques de espectáculo. Espectáculo nuestro, por supuesto, con 11 orientales con la aurinegra y un molde de 2 a 0 para los primeros tres partidos clásicos del fútbol rentado, con más de 50 mil entradas vendidas en cada uno. Capuccini u Homero Fernández, Nogués, Mascheroni o Dagosto, Zunino o Cambra, Gestido o Lorenzo (Fernández), Chanes o el Colchonero Mainardi, Braulio Castro o Pérez Serrés, Mata, Young, Anselmo e Iriarte o Arremón... Todos a cargo del campeonísimo Leonardo De Luca, atleta y preparador físico.

En 1933 llegaron jugadores brasileños, como Leonidas da Silva, Bahía y Feitiço, veterano paulista que se mantuvo hasta 1935.

Comenzó entonces la etapa de Severino Varela, el inolvidable "Gallego", una tremenda referencia aurinegra de todos los tiempos.

Cuatro al hilo

La espectacularidad del cuatrienio de Peñarol fue un impulso tan necesario como favorable para la credibilidad y el apoyo del público aficionado. Con tantas apelaciones y protestas, era necesario implantar las tres letras "ge" al fútbol para arrastrar gente: gustar, ganar, golear... Una cosa es decirlo y otra bien diferente por cierto haberlo gozado con el Peñarol del cuatrienio, como la fiel y bullanguera llegó a disfrutarlo.

> **El "Cuadro de los negros", el gol de la colgada y Feitiço, la "Flecha de Oro.**

No era ni es un concepto futbolero moderno, sino el de Pena, Harley, Piendibene, Delgado, Gradín, Anselmo... Día de las Playas de 1935: Feitiço, Villadóniga y Varela estamparon un 3 a 0 en el clásico; 6 de setiembre de 1936, Taboada, Villadóniga, Lago, Varela y Camaití le hicieron 4 a 0 y llevaron a las vitrinas de Peñarol la Copa Uruguaya en propiedad; 12 de diciembre de 1937, Lauri, Mata, Tellechea, Varela y Camaití y otro 4 a 0 a los bolsos; 28 de agosto de 1938, Garibaldi, Mata, Lago, Varela y Camaití 3 a 1. Todos fueron partidos clásicos por la Copa Uruguaya, jugados a estadio lleno y con idéntica actitud históricamente ganadora. En los mástiles de la Tribuna Olímpica se elevaban banderines rojos por cada gol.

Goleada clásica de 1937

Proceden los resultados, pues los encuentros no solamente debían ser bien jugados, sino aventar dudas para finalizar con los resultados apelables. El público debía retirarse de las tribunas convencido de que no iba a ser modificado el tanteador con el que retornaba a su casa y que no sería discutido y removido todas las semanas.

Increíblemente, nuestra Copa Uruguaya llegó a disputarse hasta 1935 con fallos referiles apelables. Nada menos que todo el amateurismo y las tres primeras copas profesionales –a tres ruedas (1932-1933-1934)– se jugaron con resultado final incierto hasta que cada martes, reunida la Junta Dirigente, su Tribunal Arbitral consideraba las protestas de los capitanes.

Numerosos jugadores extranjeros llegaron a Peñarol, recordándose a Mario Barrada, zaguero brasileño, que contribuyó con la evocación de Andrade, campeón del '32 y Dalmiro Farías, para que Peñarol fuese llamado "el cuadro de los negros".

Comenzó una lista de argentinos que tuvo a la Flecha de Oro-Miguel Angel Lauri, Pancho Villegas, Horacio Tellechea, el rosarino Sebastián Guzmán, que se radicó en Montevideo, a Raimundo Orsi, que vino para un torneo nocturno, Plinio Garibaldi, el Pato Rongo, Arturo Naón y Nicolás Orlando.

El régimen profesional tuvo nuevas exigencias que determinaron la creación de un servicio médico. Peñarol lo integró desde sus filas, al terminar sus estudios el zaguero (y médico) Alberto Nogués más el aporte honorario de sus delegados y dirigentes, como el doctor Constante Roque Turturiello, y los masajistas honorarios "longevos", los hermanos Roberto y Ernesto Fígoli.

El plantel de jugadores recibió numeroso aporte de figuras lamentablemente fugaces, que calaron hondo en el extendido recuerdo manya. El pibe Feliciano Freire llevó la pelota con la cabeza desde el medio del campo y anotó un gol memorable. Su desaparición física, en plena juventud, dejó su historial inconcluso.

El Mulero Lago, con sus picardías, marcó su paso aurinegro de 1936 al 39 sembrado de anécdotas. Y de fútbol; donde fueron protagonistas José Antonio "Carajito" Vázquez, un dechado de fundamentos, como el petiso Mata, el estilista Segundo "Pirola" Villadóniga y el milimétrico Adelaido Camaiti.



El "Mulero" Lago, quien con sus picardías marcó su paso por filas aurinegras del '36 al '39. Después, siguió sembrando de fútbol las canchas argentinas en River Plate.

El "Pibe de Oro", el zurdito de la Aguada

El profesionalismo se nutrió de tremenda emoción inicial. Con Young empezaron los cañonazos, no siempre bien dirigidos, y el presidente de Peñarol –que había sido el director de la construcción del Centenario– arquitecto Juan Antonio Scasso, que en esos días dejaba su cargo manya al doctor Alberto Demicheli, le pidió amablemente, bautizándolo: "Tigre, no me rompa el estadio..."

1933 fue el año de Pedro Young. Impresionaba la velocidad que alcanzaba el tiro al arco del canario y el crecimiento de su efectividad. Luego de 65 años, Young mantiene el récord de haber anotado goles en 15 partidos consecutivos por la Copa Uruguaya, otra marca aurinegra incrustada en el siglo.

El 13 de agosto de 1933 culminaba un tiempo de expectativa y misterio en la Copa Uruguaya. Eduardo García, golero de Nacional, invicto en diez partidos, no sabía si jugaba... El mérito se repartía entre el "triángulo final", con mucho bombo periodístico para García, Nasazzi y el negro brasileño Domingos da Guía. ¿Se postergaría el duelo entre el invicto y el perforador...? También la pulseada ferretera Chanes - Arsenio tuvo su anuncio nefasto y a poco de comenzado el partido dejó la cancha el lateral aurinegro Galileo Chanes, fracturado en una jugada con Arsenio Fernández.

Braulio y el petiso Mata tenían la mira puesta en una buena cortada para el Tigre y la mantuvieron. Pero Anselmo e Iriarte debían tapar el hueco defensivo de jugar con uno menos.



Braulio Castro, un wing que jugaba en las dos puntas y no sentía la diferencia.

CON LA BATUTA DEL GRAN

El domingo 28 de setiembre de 1941 Peñarol cumplió su primer medio siglo. No se vivía un buen momento deportivo, pero se trataba de una fecha trascendente que tanto apuntaba al presente como al pasado. Eran las bodas de oro y culminó una semana de festejos a toda grandiosidad. El comité organizador de los mismos estuvo integrado por el general Juan P. Ribas (presidente), doctor Mantrana Garín (vice), Alberto V. Maggi (secretario), Ricardo Harriague (tesorero), Carlos Balsán y Pedro Tuana (vocales).

Un banquete popular, en el Palacio de la Cerveza, reunió en el mediodía del sábado 27 a la familia peñarolense, con adherentes del exterior y de tierra adentro, recibidos todos por el doctor Félix Polleri.

A media tarde partieron en caravana organizada por Carlos Balsán a villa Peñarol, donde cumpliendo un decreto de la Intendencia Municipal, adherida al jubileo. A las 17 horas se inauguró la plazuela Peñarol, frente a los talleres, emplazándose allí un monumento a los fundadores del club.

Se cruzó luego al Centro Artesano descubriéndose una placa presentada por Alberto V. Maggi, con un emotivo recuerdo a los primeros dirigentes-socios-jugadores de fines del siglo XIX. También los habitantes de Peñarol colocaron una placa recordatoria, calculándose en 20 mil los asistentes.

Club de todas las barriadas, por la noche hubo dos bailes: en el Centro Artesano y en la sede de la calle Maldonado. El domingo 28 hubo reparto a los pobres, organizado por las damas de la propia villa y con una importante colaboración de la empresa del ferrocarril y el comercio. Se rindió un homenaje de recordación a viejos actores símbolo, en un notable concepto unificador del pueblo peñarolense: a Julio María Sosa (dirigente), Isabelino Pérez (socio) y Roberto Chery (jugador), emotivamente definidos por el contador Norberto Massone y magistralmente evocados por Alberto V. Maggi, valioso observador de la unidad indisoluble de directivos, hinchas y futbolistas.

A la tarde jugaron en el Estadio Centenario como preliminar las Reservas de Peñarol (2) Boca Juniors (0) y de fondo los primeros de Peñarol (4) River Plate argentino (2), con asistencia del presidente de la República, general-arquitecto Alfredo Baldomir, y un emotivo desfile entre ambos partidos, encabezado por Guillermo Davies, José Piendibene e Isabelino Gradín, glorias peñarolenses de todos los tiempos, sumándose todas las instituciones de notoriedad.

El domingo 28 de setiembre del '41 Peñarol cumplió sus primeros 50 años de vida.

Un largo conflicto

Peñarol no solamente fue líder deportivo, sino que demostró liderazgo a lo ancho de nuestro fútbol. Surgió a fin de ese año (1941) la Primera B y apareció el ascenso-descenso directo, tema fundamental para el interés aficionado, siendo el doctor Angel Guillama, dirigente de larga trayectoria peñarolense, el primer presidente que tuvo la divisional de ascenso.

El Estadio Centenario tuvo su centro médico, con auxilio inmediato y directo a accidentados del espectáculo, actores y público, extendido paulatinamente a toda la barriada. El doctor José Nozar fue un actor directo del servicio, que actualmente lleva su nombre, promotor además de la ficha de aptitud deportiva obligatoria para todos los futbolistas, la que data de 1945.

Peñarol volvió al título por partida doble (1944-45) impulsado por el Negro Jefe, Obdulio Jacinto Varela, con emotiva y fugaz reaparición de Alvaro Gestido y la consagración del rutilante "Pequeño Maestro" Raúl "Toto" Schiaffino.

En 1944 apareció Raúl Antonio Schiaffino, a ritmo de vértigo, fruto de una famosa 3ª aurinegra que jugaba de memoria. De moña corta y amagando en carrera, les hizo goles a todos los cuadros en el Uruguayo de 1945, dirigiendo la famosa delantera que el hincha apodó "de los cinco enanitos". De músculos cortos, el entrenamiento lo llevaba a reiteradas lesiones, finalizando prácticamente su ciclo esplendoroso a los 23 años...

Los éxitos suelen postergar los aspectos reivindicativos de los jugadores. Campeones sudamericanos en 1942, con el formidable equipo

OBDULIO

El legendario Estadio Centenario como nunca. Fue en 1941, en ocasión de la celebración por el cincuentenario de la fundación de Peñarol. Una fecha emotive a inolvidable.



Varela, el Negro Jefe

Bicampeón uruguayo, Peñarol había cortado una racha de desazón y derrota en el terreno deportivo. Que coincidó empero con la recuperación social y financiera del club, que llevó de 8 mil asociados en 1943 a 20 mil en 1947. Todo ese impulso del pueblo y la dirigencia peñarolense es característico de su unidad.

En 1943 comenzó su presidencia y titularidad en la delegación aurinegra en la AUF el teniente coronel Armando R. Lerma, continuando luego el quinquenio presidencial del doctor de rancia estirpe peñarolense Constante Roque Turturiello, con Canessa y Balsán de delegados. También los quinquenios dirigentes suelen tener trascendencia.

En lo deportivo, metiéndonos en el cuadro de aquéllas y de futuras temporadas, se había estructurado el sector defensivo, al aceptarse el concepto de armar el equipo "de atrás hacia adelante". Se contrató a Roque Gastón Máspoli y a Joaquín Bermúdez (1941), al vasco Leonardo Cilaurren, los ejes medios argentinos Héctor García y José María Minella, los laterales Donato Araiz y Santiago Oubiñas (1942), iniciándose con José Piendibene como asesor táctico y el profesor Jorge de Hegedus como entrenador, el crecimiento de la competitividad deportiva, sumándose en 1943 la monumental figura de Obdulio Jacinto Varela.



El primero de la izquierda (círculo) es Obdulio Varela, el mítico "Negro Jefe", una leyenda del fútbol uruguayo y héroe del Maracanazo del '50 con la celeste.

de Severino y Jacinto, lo contractual se mantenía sin cambios, asomando una luz de esperanza al fundarse recién en 1946 la Mutual de Futbolers. En primera línea estaba Lorenzo J. Pino, evocando con su recuerdo el esfuerzo de tantos, como Obdulio Varela, que pasaron a trabajar "de cualquier cosa" para superar el largo conflicto que nos dejó sin fútbol entre octubre de 1948 y mayo de 1949.

Falero, el antecesor de Morena

El plantel aurinegro se concentraba ocasionalmente en "Los Horneros", una chacra arbolada situada cerca de Pando, por ruta 8, propiedad de los hermanos Héctor ("Pirulo"), Ernesto ("Matucho") y Roberto Figoli.

Ese año de realizaciones Peñarol compró "Los Aromos", cuatro hectáreas y media en la 7ª sección del Departamento de Canelones para lugar de concentración, hoy convertido en uno de los mejores complejos deportivos y sala de musculación del fútbol sudamericano.

Peñarol no vivía un buen momento deportivo. Ni en 1946 ni en 1947, extendido hasta el conflicto de 1948, los resultados no conformaron. Pero jamás faltó a la cita el renacer aurinegro.

Dispuestos a festejar el 56° aniversario, los manyas acompañaron con su aliento el partido ante Cerro el 27 de setiembre de 1947. Desde la tercera fecha, en que se lesionara el Pequeño Maestro, pasó Nicolás Falero a dirigir el avance. Nicola llevaba tres meses de titular, sin conformar plenamente. Esa tarde hubo siete mil entradas en el estadio y un gol cada mil entradas...

"Tapón" Falero le había hecho 5 goles a Central quince días antes. Esa tarde hizo 6 de los 7 que le marcó Peñarol a Cerro. La goleada de Falero fue el récord individual en un partido por la Copa Uruguaya y lo siguió siendo hasta que llegó el azote mayor: Fernando Morena.

Mientras languidecía el conflicto, ya en 1948, Peñarol preparaba su formidable equipo del '49. El paraguayo Enrique Hugo, con recuerdo de Benincasa por su agilidad y anticipo más allá de su baja estatura, fue el último hombre de aquella máquina que formaba el húngaro Emérico Hirsch; el "Leque" Washington Ortuño, de buen físico y bien fundamentado, con un panorama de acción colectiva envidiable, fue el motor del mediocampo y el desborbe lateral. La delantera fue un tema aparte.

El escuadrón de la muerte

Alcides Edgardo Ghiggia nació el 22 de diciembre de 1926 en La Blanqueada, sentenciado para quedarse con la punta derecha.

Juan Eduardo Hohberg era hijo de un estanciero alemán radicado a 40 quilómetros de la capital, en Córdoba. Nacido el 8 de octubre de 1927, futbolísticamente fue rosarino, por más que era "el Cordobés".

Oscar Omar Míguez, nacido el 5 de diciembre de 1927 en Bulevar Artigas y Martín Fierro, era el más joven del quinteto. Fue "El Lecherito" moderno, parafraseando a Borocotó, repartiendo leche del tambo del padre por la mañana y yendo al colegio por la tarde. En su aprendizaje de fútbol en la calle y en los campitos, jugando corrientemente de gorra verde, una vecina lo bautizó como "Cotorra".

Juan Alberto Schiaffino es de los potreros de Pocitos y nació el 28 de julio de 1925, siendo un año y medio menor que su hermano Raúl, "el pequeño maestro". Frío, calculador, medido, ambidiestro, cabeceador, su destaque técnico fue instantáneo y apareció como un concertador de ataque increíble para una 3ª división en sus comienzos "en serio".

Ernesto Vidal era de la provincia ítalo-triestina de Istria y el mayor de este grupo delantero, nacido el 15 de noviembre de 1921. Llegado a Buenos Aires apenas con dos años, fue criado con su familia



Juan Hohberg, el paraguayo Enrique Hugo y José "Pepe" Schiaffino, tres integrantes de lujo de la famosa Máquina, que ganó invicta el torneo local de 1949.

En el vestuario estaba la mística de la inolvidable "Máquina". Ahí, entre cuatro paredes, nacía la unión entre sus integrantes, su solidez fuera y dentro de la cancha.





La pelota, impulsada por el Ñato Gigghia, ya está dentro del arco ante la mirada atónita del hombres de Nacional. Fue el primer gol de la final del '49. Para gritarlo toda la vida.

inmigrante en San Francisco, provincia de Córdoba, y llegó muy joven al primer plano futbolero en Rosario, aplicado a la punta zurda. De Rosario Central llegó a Peñarol en 1944. Al formarse el "escuadrón de la muerte", el Patrullero ya tenía dos títulos de campeón uruguayo.

Ghiggia llegó a Peñarol vía Sud América, luego de un breve pasaje por Atlanta, anuncio de su extensa carrera por esas canchas del mundo. Jugaba en las inferiores al medio y Míguez de puntero, pero el técnico –Gervasio Alonso– los cambió de puesto. "Nariz, el negro, la ardilla"; se ganó de inmediato la punta derecha para el mejor recuerdo.

Hohberg empezó en Rosario Central y fue internacional por los provincianos en Montevideo en el tradicional partido uruguayos - rosarinos (1947). De buen físico, fuerte y habilidoso, gran cabeceador, tenía un potente remate de derecha que el paraguayo Gerardo Rivas, radicado en Rosario, lo extendió a ambas extremidades. Llegó a Peñarol en 1948, por mediación de Umberto Dorsa, colaborador de la comisión de fútbol y tesorero en 1949, en una operación donde Mario Lorenzo pasó al fútbol argentino.

Míguez era un pibe fuera de serie en lo suyo, como futbolista alegre y lujoso, que arrancó como marcador y pasó luego a la delantera. Llegó a Peñarol con Ghiggia, después que la 4ª de Sud América goleara a Peñarol en un preliminar –con tres goles de Míguez– y Máspoli, Vidal, el Ñato Laurreche y Héctor Cocito le abrieran la puerta al sueño de todo pibe manya. Todavía con edad para la 3ª, el técnico inglés Randolph Galloway lo subió a la primera de 1948. Fue un exquisito, bien fundamentado, buen finalizador de la jugada, la que también sabía culminar lujosamente.

El verdugo Hohberg

En lo deportivo, 1949 fue el primer año del húngaro Emérico Hirsch, legendario técnico de La Máquina de River argentino del final de los años '30. Claro que al fútbol, como es notorio, lo hicieron, lo hacen y lo harán siempre los jugadores.

De la relación de Hohberg con la familia aurinegra salió el apodo de "Verdugo", anotador implacable, fundamentalmente en las circunstancias difíciles. Campeón uruguayo 6 veces, dejó más de 300 goles en su estadística manya.

La parcialidad aurinegra vivió el 9 de octubre de 1949 la emoción de que el rival de todas las horas, al quedar en inferioridad numérica, no se presentó a jugar el segundo tiempo 9 contra 11, cuando perdía 2 a 0.

Fue un domingo futbolero clásico, aunque el tiempo no acompañó. Llovió todo el preliminar donde Nicola Falero metió dos goles y Peñarol ganó 3 a 1.

El partido de fondo, jugado bajo una molesta llovizna, tenía sus "bemoles". Peñarol llegaba invicto, habiendo ganado 9 partidos; también había sido campeón del Torneo Competencia.

Al decir del fanático: se fueron por el túnel y no volvieron para el segundo tiempo. El 2 a 0 era "negocio", como habían resuelto sus dirigentes. No salieron, pero increíblemente salió el sol.





SE VA EL PEPE LLEGA



Juan Alberto Schiaffino, el "Pepe" para todos los fanas aurinegros. Su estilo de juego marcó a fuego al Peñarol de ese tiempo. Después de muchas hazañas, en 1954 dejó Uruguay para jugar en el Milan de Italia.

Puede definirse esta década de Peñarol como de consolidación social, económica y deportiva. Fundamental en su historia, indudablemente.

Sin fines de lucro, el núcleo activo de la villa no solamente había acompañado el movimiento pacificador, económico e integrador del final del siglo viejo (XIX) en el país, sino que, comulgando con esas bases, lo transformó en una verdadera religión, un sentimiento democrático de fe multitudinaria. Y Peñarol enseñó que la democracia no es solamente un sistema político, sino un hecho social que incluye el común sentir futbolístico.

En un régimen profesional y proyectado el esfuerzo dirigente al bien colectivo, se llegaba al mayor éxito en los campos de juego con una pobre estructura económica y una lenta capitalización.

A una buena paga un buen equipo. Claro axioma que llega hasta nuestros días, a Peñarol le correspondía mantener sus estrellas "del 50", renovar el plantel, sumar victorias, copas y trofeos, proyectarse por el mundo.

La Copa Montevideo, torneo internacional con presencia de clubes europeos, sirvió para mayor recaudación local aunque también para poner en vidriera a un plantel que se fue raleando.

El Consejo Directivo, a partir del presidido por el ingeniero José Luis Buzzetti (1952), atendió ese potencial deportivo que sufrió una importante desintegración por el paso del tiempo, con los casos más sentidos de Roque Gastón Máspoli y Obdulio Varela, mientras el mercado extranjero apuntaba a Ghiggia, Schiaffino, Abbadie, consultando en muchos casos a su asamblea. De acuerdo con la tradición aurinegra de moverse como un pueblo en marcha, se trazó un ambicioso plan de obras cuyo centro era el Palacio Peñarol, tan bien proyectado como postergado, pero que desde 1946 tenía una herramienta poderosa: una comisión técnica y administradora electa por voto

EL TITO

social. Ese organismo democrático, impulsado por Carlos Baisán, Constante Turturiello y Buzzetti, logró inaugurarlo.

Llega un técnico inglés

En 1957 se creó la Asamblea Representativa, órgano legislativo compuesto por 99 asociados electos directamente, dándole a la dirección del club la agilidad necesaria.

Hay en Peñarol una hermosa tradición de asamblea y consulta a sus masas populares y sociales que viene de su nacimiento laboral, de la imposición del nombre exigida por su gente, de su lucha del cisma. Fue decisión de todos comprar Las Acacias; fue tema diario el pase a la sede de la calle Maldonado y quedó en las memorias del club el pensamiento polémico de asociados, dirigentes, técnicos y jugadores para la creación del complejo de Pocitos.

La Directiva presidida por Turturiello cosechó el sentido participativo y democrático del pueblo peñarolense, que lo llevó a tener su Palacio.

Fue el esfuerzo de un Peñarol compacto, que no es la mitad de nada, como lo demostró su programa integral de campañas del metro cuadrado para la sede, que no cesaron hasta la realización mayor, inaugurando la sede de Magallanes, Galicia, Cerro Largo y Minas, el 12 de julio de 1955.

La experiencia táctica del inglés Randolph Galloway fue avalada por los contadores Julio V. Canessa e Italo Rienzi, dejando sus secuelas positivas en un plantel técnicamente crecido, interrumpidas por los planteos gremiales de la Mutual que llevaron a la huelga de jugadores más

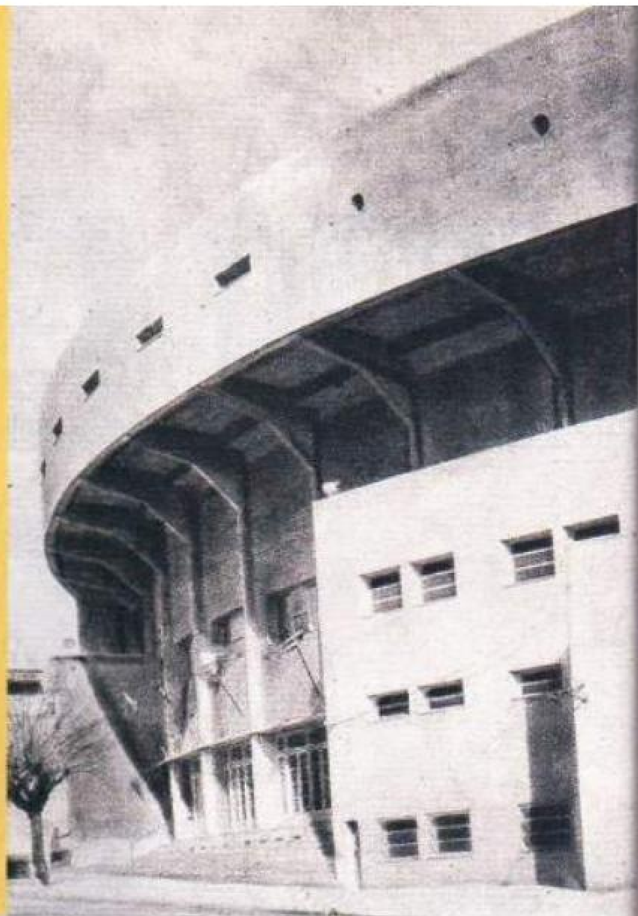


Caudillo por excelencia, Néstor "Tito" Gonçalvez fue pieza clave de todos los equipos que integró y símbolo de un Peñarol que por fin se proyectó a nivel mundial.

GONÇALVES, EL CENTREJÁS

Bicampeón uruguayo, inauguró con mucho amor el 12 de julio de 1955 su Palacio, con un acto cultural y social a cargo de orquesta y coro del SODRE. Tarea cumplida, pueblo peñarolense.

En la mitad del camino del primer siglo aurinegro estuvo Carlos Balsán en sus filas. Tolerante, chistoso, pero duro, malhumorado; sensible, amable, pero rabioso enamorado de la enseña. Terminando la década de los 50 (1957), recibió un dato alegre de un agente viajero amigo, Julio Camacho, que le hizo abrir de sorpresa sus ojos celestes: "Traigo al centrejás de Peñarol y de la selección uruguaya...". Era Néstor Gonçalves. El "Tito", como lo apodaban cariñosamente ya en el seno familiar, había llegado del fútbol de Salto, pese a ser natural del Departamento de Artigas, y llegó para marcar época recogiendo el bastón de mando que dejara vacante el retiro del Gran Jefe Negro, Obdulio Varela. Así le entregó a "Gastoncito", como llamaba Balsán al contador Güelfi, recién electo presidente, al futbolista que pisaría la gramilla del Estadio Centenario más de 400 veces y defendería en más de 600 partidos la aurinegra, sumando 9 títulos de campeón uruguayo.





Una goleada que quedó grabada en la historia: Peñarol 4-Nacional 2. Este es uno de los tres goles que hizo el Pepe Sasía y que supera el vuelo estéril del arquero Sosa.

Alberto Pedro Spencer, el mejor delantero ecuatoriano de este siglo, llegó a Peñarol con la Copa Libertadores bajo el brazo. Aún hoy sigue vigente su récord de goles en el máximo torneo continental.

larga, la de 1949.

Peñarol fue y es una sociedad en miniatura al mejor estilo de los ámbitos británicos del renacimiento deportivo moderno del siglo XIX. Ejercitó su democracia eleccionaria bajo el control de la Corte Electoral, tuvo sus asambleas libres y su representatividad actual que obvió tumultos y luchas en aras de la autenticidad de sus opiniones. Peñarol dialoga, consulta.

En 1951, el presidente Alliaume llamó a plebiscito sobre una nueva contratación del técnico húngaro Emérico Hirsch. El asociado lo quiso así, no se equivocó y Peñarol fue campeón uruguayo esa temporada y de los torneos Competencia (invicto) y de Honor.

Todos juntos

El "todos juntos" de Peñarol tuvo socialmente en 1951 su punto más alto con los actos del 60° aniversario. Vivían entonces cuatro de sus fundadores: Arturo "Papá" Davenport, en Londres, y Ricardo Burns, en Buenos Aires, Arturo Frederick y el mellizo John Burns. Los invitó la comisión organizadora, compuesta entre otros por Tomás Lewis (presidente), Luis Borretti, Enrique Vitacca,





El Palacio Peñarol, la sede de la centenaria institución. Ahí se congregaban –y aún se congregan– los socios aurinegros para practicar gimnasia, disfrutar de la sala de espectáculos y dialogar de todo el quehacer del club.



Elio Montaño, un argentino que se afincó en el Uruguay y pronto se convirtió en personaje. A tal punto que relataba los partidos al mismo tiempo que los jugaba.

escribano Iglesias D'Angelo, doctor Alberto Mantrana Garín, Carlos Balsán, Pancho Freccero y Juan Andrés de León ("Leondé").

La vigencia de algunos "históricos" siempre fue trascendente en Peñarol. Es el caso de Juan Eduardo Hohberg, espejo inigualable de la renovación futbolística que trajo valores como Julio César Abbadie y el Lucho Borges, que oportunamente ocuparon las puntas que dejaban Ghiggia y Abbadie.

Pero siempre hay imprevistos e imponderables. Como la fractura y el retiro del "Leque" Washington Ortuño, triste instancia ocurrida en 1951. Fue en un partido contra Rampla Juniors y ocurrió el 8 de diciembre kde 1951.

El adiós al gran Pepe Schiaffino

El panorama económico de un núcleo de futbolistas de Peñarol mundialmente importantes fue alcanzado por la tentación del mercado extranjero. Difícil pagarle acá cuanto les ofrecían afuera, por más que se recaudara con nuevos eventos: Copas del Atlántico, Río, Montevideo.

Hubo que contratar al técnico de Maracaná, Juancito López, y comprar valores de recambio, como Uzal, Joel Romero, Romay, Rodríguez Andrade y fundamentalmente a William Martínez, que pasó de Rampla Juniors en 1955, y fue el pase más caro hasta ese momento, en toda la historia de nuestro fútbol.

La emigración no pudo evitarse: Luis Prais, Julio César Britos, Alcides Edgardo Ghiggia, Ernesto Vidal, Juan Alberto Schiaffino... Que lo decidiera el pueblo peñarolense. Para la transferencia del Pepe se llamó a asamblea. Ya era considerado uno de los mejores futbolistas del mundo.

La contratación de "media final de Maracaná", Ghiggia, dejó a Peñarol sin el puntero más veloz del mundo. Con el Pepe se fue "la otra mitad"...

Pero el basamento profesional debía pasar por una buena sede y su gimnasio y sala de espectáculos, postergándose prácticamente hasta la actualidad la instalación de hormigón en Las Acacias (hoy estadio José Pedro Damiani), intención que data de la presidente de Buzzetti.



Con el capitán Tito Gonçalvez a la cabeza entra a la cancha el Peñarol campeón de todo. Un equipo auténticamente matador.



LA HORA DESPEGUE

Con la llegada del contador Gastón Güelfi a la presidencia comenzó para Peñarol la etapa más gloriosa y resonante de todo el profesionalismo, que tuvo dos ciclos esplendorosos bajo su dirección. En aquel momento, con 38 años de edad, fue proclamado por unanimidad y ese hecho lo impulsó al triunfo electoral respectivo. Presidente Güelfi, vice Parrabere, Washington Cataldi secretario y luego Felisberto Carámbula (Cataldi delegado), fue su cúpula inaugural. Tocada por la varita del triunfo, esa Comisión Directiva fue la más titulada de la historia aurinegra: dos campeonatos mundiales, tres Libertadores de América, la Supercopa de 1969 y 9 títulos uruguayos, iniciados con un quinquenio inolvidable.

Hombre de consulta, notable generador de pasión y respeto, vicepresidente de CAFO por más de diez años, falleció en ejercicio de su función como primero entre sus pares de la familia aurinegra, luego de ganar Peñarol otro título: la Copa del Atlántico (1972) y firmar para el club la transferencia de Fernando Morena, un legado invalorable.

El primer quinquenio

El hecho más disfrutado por la parcialidad fue que Peñarol ganó consecutivamente la Copa Uruguaya entre 1958 y 1962, que era una deuda estadística. Se llegó al quinquenio estando muy lejos de pensar en ello al comienzo, cuando debía cortar un trienio de Nacional de esos momentos.

El fútbol interclubes era cuanto nos quedaba como atracción popular en el medio, luego de ser eliminados por primera vez para un Mundial, con todo el peso que agregó una derrota por 5 a 0 frente a Paraguay en Puerto Sajonia.

Peñarol fue el mejor a nivel local y campeón uruguayo de 1958, superando por un punto a Nacional y Rampla Juniors. Pero obtuvo la recuperación física y futbolística tan ansiada de Hohberg, la incorporación del brasileño Salvador y varios argentinos como el Loco Montaño, Roberto Roche, Angel Omarini y Alberto Evaristo.

Tampoco daba para soñar demasiado en proyectos largos o un ciclo muy remarcado el Uruguayo de 1959, empatado entre los grandes, que postergó su final hasta marzo de 1960, siendo trascendente el trabajo de la delegación aurinegra (Cataldi), pues le agregó a Peñarol el ingrediente de jugadores extranjeros de mayor peso, como el ecuatoriano Alberto Pedro Spencer y el marplatense Carlos Abel Linazza, plenos vencedores desde el debut, fundamentalmente el delantero del Pacífico.

También la Copa Uruguaya de 1960 fue toda una sorpresa en su momento, al igualar el primer lugar Peñarol y Cerro. Jamás un club menor había llegado tan alto en el profesionalismo. Con arbitraje argentino, Peñarol se quedó con su tercer título local consecutivo ganando por 3 a 1 ante 60 mil personas.

En el grupo aurinegro habían aparecido el salteño Pedro Virgilio Rocha, el mercedario Angel Ruben Cabrera y el veterano buen jugador Guillermo Pedra, entre otros valores muy buenos.

Comenzaba el despegue. La propia Conmebol, en su publicación oficial, denominó la victoria de Peñarol como justicia histórica, expresando: "Hubo mucho de justicia en el triunfo que logró Peñarol de Montevideo, el club decano del fútbol uruguayo, como culminación de la primera Copa Libertadores de América". En la edición de 1961 se reiteró el éxito manya entre 9 participantes.

Impulsada por la Libertadores, nació la Copa Intercontinental, que Peñarol perdió con Real Madrid (1960), pero la ganó contra el Benfica (1961), cuando ya se habían sumado al plantel Pepe Sasía, el peruano Juan Joya y el paraguayo Juan Vicente Lezcano, todas estrellas de primera magnitud.

Para completar el quinquenio local, que ya resultaba inevitable, Washington Cataldi hizo la diablura de contratar al técnico del Benfica, el húngaro Bela Guttman. No bien llegó don Bela, dijo de Los Aromos que era una cancha "para plantar patatas". Dirigió igualmente a un plantel extraordinario, que hizo que el húngaro residente en el Victoria Plaza y con automóvil en la puerta, finalizara su corta campaña invicto en 8 partidos, ganando un clásico por 4 a 1 (tres goles del Pepe) como despedida.

La dinámica de lo impensado

Por su parte, en lo local finalizó su quinquenio triunfal esa temporada con 57 goles a favor y 9 en el arco de Luis María Maidana.

Culminó una primera etapa de gloria, iniciada con la final del campeonato uruguayo del '59, cuyos hitos incrustaron en el recuerdo equipos memorables.

El capitán del primer título continental fue William Martínez, "buque insignia" de la defensa aurinegra, férreo zaguero de am-

DEL INTERNACIONAL

bos lados, de muy buen físico, una garantía por alto y duro en el mano a mano. Nació en 1928 y con 19 jugaba en la 1ª de Racing; pasó a Rampla Juniors y estuvo en el plantel mundialista de 1950. Jugó por Peñarol entre 1955 y 1962, sumando cuatro años del primer quinquenio y más de 50 partidos con la celeste.

Peñarol de 1961 fue un ejemplo de integración, no solamente americana, con la llegada del peruano Joya o el brasileño Moacyr, sino una reafirmación del interior como cantera trascendente. Matosas, Cubilla, el salteño Pedro Rocha fueron su avanzada mayor hacia un crecimiento técnico notorio y mundialmente reconocido.

Roberto Matosas, mercedario formado en filas aurinegras, fue uno de los futbolistas mejor dotados del profesionalismo rioplatense en las últimas décadas. Polifuncional, con total conocimiento de los fundamentos y el sentido táctico del juego colectivo, podía resaltar tanto por su actividad sin pausas como por una jugada deslumbrante. Diez puntos en corrección y respeto a compañeros y ocasionales adversarios, triunfó en las canchas del mundo. En Peñarol desde 1959, "hombre del quinquenio", obtu-

Otro inolvidable recibimiento. Fue en 1965 luego de ganarle al Santos de Pelé por 3 a 2 y consagrarse nuevamente campeón de América.



Rocha, el nuevo Matador

Asociando su tiro de media distancia con los furibundos remates del "verdugo" Juan Eduardo Hohberg, el pueblo peñarolense recibió al salteño Rocha como el nuevo matador.

De largas zancadas, cabeza levantada, hábil con ambas piernas y cabeceador sublime, Pedro Virgilio Rocha apareció como un joven futbolista fuera de serie. Y lo era.

Nacido el 3 de diciembre de 1942, llegó a un momento estelar aurinegro, iniciado el primer quinquenio local y el gran despegue internacional. En la punta derecha, en el mediocampo, volcado hacia cualquiera de los sectores, Rocha asimiló una tarea colectiva culminante y llegó a constituirse en uno de sus protagonistas más notables. Practicó el remate de chanfle como pocos, tiro de pelota quieta que el espigado "verdugo" elevaba sobre la barrera y con curioso efecto la hacía caer bruscamente al llegar a la línea del arco. Fue siete veces campeón uruguayo (1960-61-62, 1964-65 y 1967-68), campeón de América (1966) y dos veces del mundo (1961 y 1966). Internacional celeste con participación en cuatro mundiales, defendió con 53 presencias contra selecciones. Jugador correcto, pasó al fútbol brasileño, titulándose campeón estadual y Bola de Prata (goleador). Jugó finalmente en México y Estados Unidos, dedicándose hasta el presente a la docencia y la dirección técnica.



El tema del quinquenio había tenido un final impactante. Alcanza con repasar los números de los cinco años. Los goles habían ido en aumento: 33 en 1958, 37 en 1959, 47 en 1960, 51 en 1961 y ahora 57. El crecimiento goleador manya se hacía tremendamente preocupante en el medio, con Montaño y Lucho Borges marcando 7 en el primer torneo, pasando Hohberg con 10 al año siguiente, subiendo a 14 el Cíano Cabrera y hacerse "robados" los partidos con Spencer, goleador del uruguayo con 18 (1961) y 17 (1962), respectivamente.

Luis Maidana y Tito Gonçalves integraron los planteles de todo el quinquenio, siendo los únicos pentacampeones del glorioso acaparamiento.

La pérdida del sexenio, en 1963, marcó empero que Peñarol ganó los dos clásicos, en las únicas derrotas de los albos en su camino a la copa, ambos ganados por el manya con menos gente en la cancha por un buen rato. Pero Peñarol perdió dos veces con Racing. Nacional, con un empate y Peñarol con dos, dieron fin a la seguidilla que se les hacía dramática y que volvió con otro formidable equipo, el de 1964.

Por muchos años, Ladislao Mazurkiewicz fue arquero y figura de Peñarol, equipo al que había llegado a los 19 años. Debutó nada menos que en el desempate frente al Santos en 1965,

Peñarol ya le ganó a River y es campeón de América. Ocurrió en 1962 y es una de las proezas más recordadas por todos los hinchas aurinegros.



vo Matosas como aurinegro su único título certificado, recogido por la estadística.

Luis Cubilla, sanducero, delantero de recursos inagotables, fue un ejemplo absoluto del fútbol como dinámica de lo imprevisto.

El espejo de Máspoli

Maidana, el golero de todo el quinquenio, es un poco mayor que el Tito, habiendo nacido el 24 de febrero de 1934 en Pan de Azúcar. Del Tabaré de Piriápolis pasó a Peñarol en 1952, jugando en las divisiones menores.

Con total dedicación y sometimiento a las exigencias del puesto, su pasión aurinegra crecía a la par que sus deseos de defender el arco de Primera, que a su llegada ocupaba un enorme espejo: Roque Gastón Máspoli.

Le costó mucho llegar pese a su ascenso táctico en las salidas y en el cierre del ángulo de tiro, más un intenso trabajo con sus reflejos con su maestro allí tan cerca, en las mismas prácticas.

Era un "gato" el golero de la Reserva. Pero estaba el Flaco Pereyra Natero, contrataron a Borghini, trajeron a Novasco, el argentino Adamo, Moglia, subió Dimitrio... En el primer año del quinquenio fue suplente de Rodger Bernardico, en 1959 compartieron el puesto que en 1960 se invirtió, siendo Bernardico suplente de Maidana. En 1961 dejó su lugar en tres partidos a Luis Gutiérrez y por primera vez jugó todos los partidos de la Copa Uruguaya en 1962 (18), donde le anotaron 9 goles (0,50 de promedio por encuentro).

En 1964, por un diferendo con el profesor Langlade, dejó la concentración y le abrió el paso a Mazurkiewicz, quien cumpliría un ci-



clo estupendo.

En este periodo glorioso de Peñarol, Güelfi había programado el contacto con todos los "peñaroles" del país y del exterior, mientras la Libertadores ampliaba el espectro de trato con otro fútbol y con diferentes estadios.

La Copa Libertadores de 1966 se ganó luego de duras y dramáticas instancias y un tercer partido con River Plate argentino, definiendo con un memorable 4 a 2 en el Estadio Nacional de Santiago de Chile, de atrás y en alargue. Peñarol volvió a la cumbre de América, jugando 17 de los 95 partidos de la Libertadores '66; ganó 13 y perdió 4.

Y retornó además al título mundial interclubes, venciendo al Real Madrid por partida doble 2 a 0, en Montevideo y en el barrio Chamartín.

El partido en el Santiago Bernabeu de Madrid asombró a toda la afición deportiva mundial, por más que para el pueblo manya el triunfo estaba dentro de lo probable. Se jugó con una fe tremenda, una confianza ciega en el contragolpe de Spencer y el peruano Joya, azotes complementarios del fútbol pulido y de toque de Rocha, Gonçalves y el "viejito" Abbadie.

Las caravanas aurinegras por la rambla montevideana tuvieron, al retorno de los tricampeones mundiales, una parada obligada frente a República del Perú y Scoseria, domicilio del "inglés" Federico Chater, hijo del primer titular de la AUF, líder de los manyas fanáticos de Pocitos.

Se consagraba la histórica segunda parte aurinegra de Julio César Abbadie, que el "Pardo" vivió intensamente hasta 1969. Apareció como un delantero de largas zancadas, cintura flexible y veloz definidor, un suplente de lujo en cualquier puesto de "la escuadrilla de la muerte". El Génova quiso a Abbadie. Ya la transferencia del Pepe Schiaffino había sido resistida por la hinchada aurinegra, finalmente avalada. El planteo italiano creó una fuerte polémica y la Directiva debió llamar a asamblea. La parcialidad, que supo distinguirlo con su cariño y apoyo, autorizó por mayoría el pase. Introdujo entonces "la falcata" en el Génova, su dribbling largo con pelota adelantada.

Retornó Abbadie en 1962; fue campeón uruguayo 5 veces más, hasta 1968, pero la mayor hazaña fue la de 1966, al ganar la Copa Libertadores de América en Santiago y la Intercontinental en el barrio Chamartín de Madrid. Europa se había encontrado con un "nuevo" Abbadie, ya muy cerca del cierre de su carrera de futbolista activo, amplio triunfador de dos continentes.

Con el sello de Mazurkiewicz

El peso político deportivo que logró Peñarol para el fútbol uruguayo en la etapa de la conducción Güelfi - Cataldi se mide simplemente por la casi desaparición de la actividad internacional de selecciones sudamericanas. Era el "Peñarol de América", el de Salvador en Brasil, Elio Montaño de Argentina, Pedro Cabral de Paraguay, Spencer de Ecuador y Joya de Perú.

En 1967 se realizó en Montevideo el que se anunció como último campeonato de todos contra todos en una sede. Fue la XXII Copa América, ganada por Uruguay con gol de Rocha en el match decisivo con Argentina.

Bicampeón Uruguayo 1967-68 con Spencer como goleador; en la segunda de esas Copas, el aurinegro llegó a 56 partidos consecutivos sin derrota.

Ladislao Mazurkiewicz sumó un récord de 987 minutos sin conceder un tanto. Y el equipo recibió solamente cinco goles en todo ese campeonato en 17 partidos del "Mazurka" y uno del melense Yamandú Solimando.

Así como Peñarol tiene la mejor marca del arco consecutivamente invicto del amateurismo, al finalizar el campeonato de 1905 sin puntos ni goles en contra, también tiene el registro récord del profesionalismo.



EL CAMPEÓ



Club Atlético Peñarol 1999. Arriba, de izquierda a derecha: Germinal López (fisioterapeuta); Ladislao Mazurkiewycz (entrenador de arqueros); Sebastián Flores; Marcelo De Souza; Nicolás Rotundo; Joe Emerson Bizera; Federico Elduayen; Marcelo De los Santos; Carlos Buenc Fernando Carreño; Luis De Agustín; Oscar Aguirregaray. **En el medio:** Carlos De Lima; José Enrique De Los Santos; Antonio Pacheco; Carlos

N DEL SIGLO



Aguilera; Aníbal Gutiérrez (Preparador Físico); Carlos Barcos (Ayudante técnico); Julio Rivas (Director Técnico); Martín García; José María Franco; Néstor Gabriel Cedrés; Luciano Barboza. **Abajo:** Jorge Delgado (utilero); Luis Cuzati (Intendente de Los Aromos); Darío Rodríguez; Marcelo Romero; Walter Pandiani; Pablo Bengoechea; José Cancela; Fernando Albermager; Luis Herrera (Ayudante técnico). Rey de reyes.

CON EL SELLO DEL POTRILLO

Peñarol ha sido en el siglo el club que ha tenido los más grandes goleadores. Nadie como José Piendibene, verdugo de los argentinos en el amateurismo. Ninguno como el gallego Severino Varela en la Copa América, los sudamericanos oficiales, donde nadie de todo el Continente alcanzó sus cifras goleadoras. No tiene equiparación posible Oscar Omar Míguez, goleador máximo con la celeste en partidos "full internationals". Alberto Spencer fue el número 1 en la Copa Libertadores. Y Fernando Morena fue quien más goles ha convertido en el fútbol uruguayo a través de su primer siglo de existencia.

Morena, el Potrillo, le dio el golpe positivo final a una estadística que los "negros" habían volcado para los manyas. Zurdo genial, jugador-definidor, Fernando nació el 2 de febrero de 1952 y luego de probar baby fútbol en El Faro de Punta Carretas y con los juveniles de Racing de Sayago, ancló en River Plate del Prado, los qu muy pronto le dieron primera.

Se incorporó a Peñarol en el último acto administrativo del pr sidente Gastón Güelfi, fallecido en la madrugada del 24 de ene de 1973, dejando a Washington Cataldi por un mandato que extendió durante doce años consecutivos, con un impensado leg do deportivo. Porque Morena fue un "vacunador" insigne, el pos edor de una "mano" gloriosa en su pierna zurda.

Cada sacudón futbolístico con sabor a gloria, tenía su cont partida. La ecuación deportiva fue siempre en relación directa a financiera.

Así como en el lejano 1891 había sido Peñarol el pionero en im plantar el primer elemento económico, la cuota social, el Conse Directivo de 1952 trazó un plan participativo integral, apuntando



Frentazo de Julio César Jiménez para el 3-0 ante Nacional, en el '74. Otro título en casa.



Fernando Morena y Walter Olivera levantan la Copa Libertadores en Santiago. Después de 16 años, Peñarol reinaba en América.

un palacio como sala de espectáculos, sede y gimnasio y las mejoras en la cancha de fútbol de Las Acacias, en sus tribunas y comodidades. Todo ello debía ir unido a la organización de interclubes, como fue la Copa Montevideo y desembocó más tarde en la Copa de Campeones, luego llamada Libertadores de América.

Peñarol fue el ideólogo de ese crecimiento económico-deportivo. Grandes equipos, contrataciones y campeonatos. El fútbol y el público agradecidos.

UN GOLEADOR LAPIDARIO

El Peñarol de Morena fue lapidario. El Nando acopió en una década 31 títulos con Peñarol, a los que deben agregarse sus récords individuales como goleador de todos los tiempos. Ganó la Copa Toyota y la Libertadores (1982), cinco veces la Liguilla (1974-75, 1977-78 y 1980), siete veces la Copa Uruguaya (1973-74-75, 1978-79 y 1981-82), la del Atlántico Sur (1973), Confraternidad Deportiva (1973), Transportes Aéreos Portugueses (1974), dos veces la Teresa Herrera (1973-74), Costa del Sol (1975), Tarrasa (1975), Mohammed V de Casablanca (1974), Liga Mayor montevideana (1978), Torneo de la República (1979), Torneo Colombes (1980), Ciudad de Montevideo (1980), Torneo Copa de Oro (1982), Natalicio de Simón Bolívar (1983), Trofeo Hugo Bagnulo (1983), Ciudad Real de España (1974) y Torneo Periodismo Deportivo (1983).

Paralelamente, sus éxitos con la celeste ocuparon también una década, desde las eliminatorias al Mundial de Alemania a los títulos por la Copa Artigas y como Campeón de la Copa América de selecciones (1983).

Figura primerísima de los torneos de verano del fútbol español, Fernando Morena triunfó luego en el Rayo Vallecano y en el Valencia, sumando consagración europea. Ningún futbolista uruguayo señaló tantos goles en España hasta su momento.

En nuestro medio llegó a batir el legendario récord de Pedro Young, anotando 34 goles en un campeonato uruguayo de 1975 y llevándolo en 1978 a 36, plusmarca para el mejor recuerdo. Morena cumplió dos etapas en Peñarol, pues retornó de Europa en 1981. Fue el mejor regalo para la fiel y bullanguera en aquella primavera, cuando lo tomó como una cita de honor con el nonagésimo aniversario del club.

El éxito de Peñarol en sus presentaciones europeas, donde comenzó a florecer el fútbol sudamericano en los torneos veraniegos, tenía la contrapartida de dejar casi siempre un jugador por el camino, pues Europa lo desmantelaba. Así se llevaron a Voltaire García, Pepe Cruz, Daniel Quevedo, Osvaldo Castronovo, el Chango Díaz, Hugo Fernández, Tete Barboza, Pedro Custodio y la noticia tranquilizante para los bolsos: se llevaron finalmente a Morena, en 1979.

DAMIANI, UN APAGAINCENDIOS

Afortunadamente, volvió al mismo Peñarol de su ingreso de 1973, siempre presidido por Washington Cataldi, donde el contador José Pedro Damiani, como eficiente tesorero, "apagaba los incendios" de la estrechez económica.

No fue simple su regreso en ese aspecto, pues la parcialidad co-

Imparable, como siempre, Morena dispara ante el cruce estéril del riverplatense Nieto. Otra gran noche de la Copa de 1982.



laboró puntualmente y con lo que pudo, dejando clara una cosa: lo trajo el pueblo peñarolense, al son de "a Morena lo traemos todos..." Primero se organizó un grupo contribuyente de mil (dólares), luego una edición de bonos y finalmente lo hizo el legendario "todos juntos", con el mejor recuerdo reciente de sus hazañas, sus goles y sus marcas; y con la firme esperanza de volver con él al sitial continental del pasado. Hasta sus compañeros contribuyeron.

En su segundo ciclo, Morena sumó dos nuevos títulos locales y las copas de América y del mundo.

Fernando Morena respondió con creces todos los esfuerzos, pues sumó dos nuevos títulos de campeón uruguayo, como está establecido en su resumen futbolero, y lideró las consagraciones de América y el mundo, que no había alcanzado en su primer ciclo.

A nivel internacional, alcanzó mucho más brillo en la corta etapa de su retorno, hasta su fractura, que en la década de su lanzamiento al primer plano.

El refrán de que nunca segundas partes fueron buenas nada tuvo que ver con el regreso de Morena a Peñarol, triunfante local con la orientación de Luis Cubilla (1981) y la posterior consagración local, en Santiago y en Tokio con el Hugo (Bagnulo) de siempre.

UNA INOPORTUNA FRACTURA

Fernando Morena fue un notable talismán para la fiel y bullanguera por su calidad definidora y porque todo partido clásico en que anotó, Peñarol no perdió. El gol del Nando era un indicador : "hoy no perdemos". Y Peñarol no perdía. Todos los partidos se disputaron en el Centenario.

La Liguilla Prelibertadores fue un gran feudo de Morena. Iniciada en 1974, Fernando la ganó 5 veces y anotó en ellas 38 goles, siendo el máximo goleador de todas sus ediciones.

Los gritos de la tribuna llegaron a cifras jamás escuchadas en el medio con las anotaciones del goleador del siglo. Nunca nadie marcó tanto en el fútbol uruguayo, sumándose 668 goles en sus partidos oficiales de Primera División.

Por la Copa Uruguaya, Morena jugó 244 partidos oficiales y anotó 228 goles. Tiene el doble récord de un campeonato, a lo largo y a lo ancho, con 36 goles en el torneo y 7 en un solo partido, contra Huracán Buceo, el 16 de julio de 1978 (y malogró un penal...). Llegó a registrar la increíble cifra de 96 goles en un año (1975); anotó en cinco clásicos consecutivos, también récord. Su carrera prácticamente finalizó con su fractura con la celeste, algo que señala dolorosa pero realmente la forma aurinegra de defender los colores patrios.

La entrega del manya a la celeste ha quedado reiteradamente marcada. En el arco uruguayo le lesionó de muerte el legendario Roberto Chery (1919). En los últimos años, jugadores de Peñarol de primer plano interrumpieron su carrera por fracturas defendiendo la celeste, como Lito Silva, quebrado en Asunción el 2 de junio de 1968; el Indio Olivera, fracturado de tibia y peroné en Australia, el 24 de abril de 1974 y también tibia y peroné el Nando, el 4 de setiembre de 1983, contra Venezuela, en el Estadio Centenario, año en que también Daniel "Coquito" Rodríguez se quebró dos veces en la Sub 20.

TÍTULOS Y MAS TÍTULOS

El torneo que clasificaba para la Libertadores era la Liguilla, iniciada en 1974. Hasta 1984 no tuvo otro vencedor clásico que Peñarol y por lo tanto sus números superan esta década. La Liguilla, tuvo hasta 1980 siete ediciones: 5 ganadas por Peñarol y 2 por Defensor.

En ese "capote" hubo figuras que afortunadamente reciben el recuerdo multitudinario debido a su época más reciente: Walter "El Indio" Olivera, Mario "Bombón" González, Walter y Ruben Corbo, Lorenzo Unanue, Luis Garisto, con la batuta reiterada de Roque Máspoli.

Al cerrar la década alternaba en el arco Fernando Alvez, protagonista de 17 vueltas olímpicas, mientras el Interior seguía aportando lo suyo: Nilo Acuña, Julio Jiménez, Nelson Acosta y Ramón Silva, tractores tacuaremboenses; luego Juan de Jesús, Víctor Diogo, Manolo Anzorena, Mario Saralegui, Rúben Paz, "Chicharra" Ramos...

En Venancio Ariel Ramos puede representarse al Peñarol del fútbol alegre y ganador increíble de toda su historia. Tanto en las hazañas como en la sonrisa que arrancaban sus jugadas. El 28 de enero de 1980 Peñarol ganó el clásico de la Liguilla, llamada en ese momento Copa "Artigas", cuando había quedado con 9 contra 11: Jorge Fossati, Domingo Cáceres, Nelson Marcenaro, Víctor Diogo, Lorenzo Unanue, Juan Vicente Morales, Ernesto Vargas, Rodolfo Abalde, Ruben Paz, Ildo Maneiro y Venancio Ramos. Mario Zoryez había ingresado por Vargas y Julio Rodríguez por Maneiro, siendo expulsados faltando 10 minutos Cáceres y Paz cuando estábamos 1 a 1. "Chicharra" puso el 2 a 1 final faltando 4 minutos.

Pero no hay que apurarse a registar el récord, pues en 1987 se ganó un clásico con 8...

A nivel de la celeste, se ganó a fin del '80 la Copa de Oro dirigidos por Máspoli. No hay un título mayor en el fútbol mundial del siglo: Campeón de Campeones del Mundo.

EL RETORNO DE MO

La elección de 1981 en Peñarol nuevamente fue para el oficialismo por 10 a 1, con Damiani en el pelotón principal y nuevamente como "bombero" tesorero. Fue el año de festejo del 90° aniversario, con homenaje a los campeones intercontinentales. Socios y allegados visitaron Los Aromos, ya considerado el mejor lugar de concentración de América; hubo dos partidos de fútbol, uno de básquetbol, boxeo internacional y la clásica excursión a Pueblo Peñarol y su escuela.

Pero 1981 fue también el año de retorno de Fernando Morena, con directa participación del pueblo peñarolense. Cataldi "hizo el mandado", como le gustaba decir, logrando el retorno en inmejorables condiciones económicas; Damiani, a través de un plebiscito consultivo, lo llevó a transformarse en un plebiscito financiero, haciendo que la compra del pase del Nando no costase nada a la institución, pues lo pagó el pueblo manya.

Como en los líricos tiempos de Carlos Balsán, solicitando diarios viejos, botellas y desechos metálicos para levantar el palacio, resurgió esa voluntad popular que todo lo puede cuando actúa y camina como un solo hombre. Una comisión de notables administró el esfuerzo popular, integrada por el contador Julio Virgilio Canessa (presidente del Tribunal de Cuentas), profesor Manuel Vieira (decano de la Facultad de Derecho) y contador Miguel Loureiro (contador General de la Nación). Las obligaciones fueron la recaudación de un partido con Valencia en Montevideo, una cuota en 1982 y otra en 1983, totalizando un millón de dólares.

A Morena, como dijo el eslogan, "lo trajimos todos". Y al retornar dejó para la mejor evocación una frase en la sede de la calle Magallanes: "Si yo hubiese imaginado que tanto me querían, jamás me hubiera ido de Peñarol..."

Fernando ingresó al equipo que a la sazón dirigía Cubilla, sin poder participar en la Copa Libertadores de esa temporada, pero pensando seriamente en la de 1982.

Tiempos cercanos, cuyo recuerdo "se toca con la mano", eran aurinegros los africanos Yawson y Shaka, el paraguayo Yaluk, los brasileños Jair y Ticao, ahora con la dirección del Hugo (Bagnulo).

MUNDIALES OTRA VEZ

Peñarol retornó a la cima del mundo en 1982, al ganar la Copa Libertadores de América y por primera vez la "Toyota", nuevo nombre de la Intercontinental o Europea-Sudamericana ganada en 1961 y 1966.

Principio quieren las cosas. Hubo que ganar la participación en la copa de campeones, pese a ser efectivamente campeón de 1981, disputando la Liguilla Prelibertadores, como estaba reglamentado entonces.

No fue fácil, pero se logró aprovechando algunos éxitos "cantados" como el clásico. Hasta ese momento (1982) se llevaban disputados siete clásicos por la Liguilla. Todos ganados por Peñarol, iban 19 goles a favor y 4 en contra, con el Nando como máximo anotador (7 goles). El capote en la Liguilla fue en ese instante un lujo estadístico.

Luego se ganó el torneo Copa de Oro, donde hubo otro 2 a 1 clásico y entre agosto y noviembre la Libertadores.

La final de la Copa Libertadores de América tuvo de ida un 0 a 0 en el Estadio Centenario, frente al Cobreloa de Calama, jugándose todos los boletos al partido de visita, en el Estadio Nacional de Santiago de Chile.

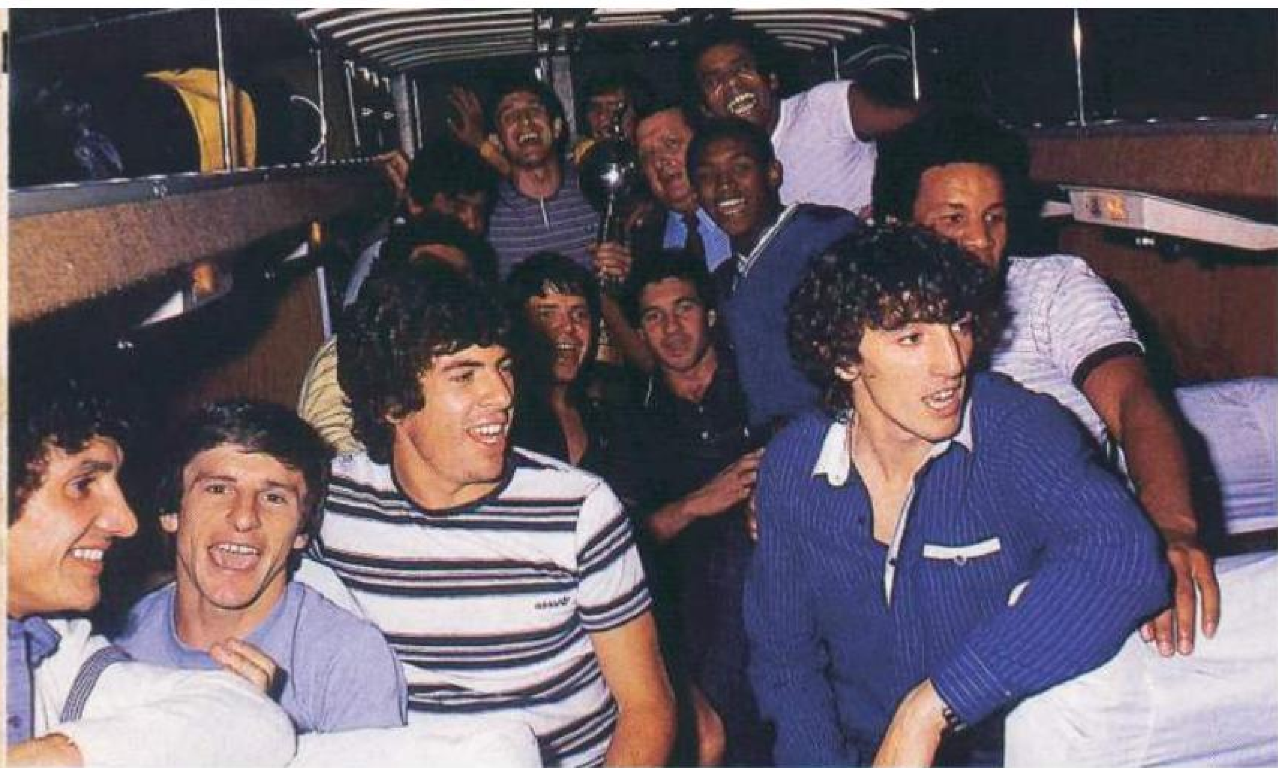


Diogo, Gutiérrez, Olivera, Saralegui, Fernández, Bossio, Morales, Vargas, Jair, Morena y Ramos, integrantes de un nuevo Peñarol campeón.

ENA Y MÁSPOLI

Una nueva copa, un nuevo festejo. Pero con un denominador común: la presencia del eterno Máspoli, referente como técnico y como jugador de la historia grande.





86 tuvo de goleador al duraznense Antonio Alzamendi, jugando una sola rueda (1985), y mostró a Diego Aguirre como una inmediata figura para el mejor recuerdo.
Ya estaban el "Cabeza" Zalazar, el chueco Perdomo, Pepe Herrera, Obdulio Trasante y el zurdo Viera escribiendo páginas imborrables.
Se preparaba otro título continental, pero hubo otro lauro mundial. Peñarol fue campeón de clubes campeones del mundo, en Italia en 1985, dirigido por Roque Gastón Máspoli.
Apenas alcanzó el tiempo, para disfrutar las victorias manyas, en todos los terrenos. Obliga a repasar una especie de "interinato" del contador Carlos Lecueder, presidente bicampeón uruguayo (1985-86), metido en cuña en la mejor historia manya, entre dos columnas presidenciales, como significaron Washington Cataldi y el contador José Pedro Damiani.

Regreso con gloria. El festejo íntimo del plantel, luego de una de las tantas conquistas que logró el equipo en una década plagada de éxitos. El Tano Gutiérrez y Diogo, siempre al frente.

Ganó Peñarol 1 a 0, con gol de Morena sobre el final del tiempo reglamentario, el 30 de noviembre de 1982. Campeones : Gustavo Fernández, Walter Olivera, Nelson Daniel Gutiérrez, Víctor Diogo, Miguel Bossio, Juan Vicente Morales, Ernesto Vargas (27. Daniel "Coquito" Rodríguez), Mario Saralegui, Fernando Morena, Jair Gonçalves y Venancio Ramos. DT : Hugo Bagnulo. Jugaron otros partidos, siendo por lo tanto campeones de América : Walkir Silva, Néstor Montelongo, Miguel Peirano, Ricardo Ortiz, Carlos Reyes y Nelson Marcenaro.

El título mundial llegó en Tokio, el 11 de diciembre de 1982, al derrotar al Aston Villa de Inglaterra, campeón europeo, por 2 a 0 con goles del brasileño Jair Gonçalves y Walkir Silva.

El movimiento dirigente llegó a una lista única en 1983. Cataldi había anunciado su retiro, pero un pedido de la hinchada para que Washington 1° volviera, culminó en una caravana desde su casa en Carrasco que trajo a Cataldi por última vez a la dirección del club. Este plebiscito implícito ha ocurrido en diversas oportunidades y circunstancias en Peñarol, sin parangón en institución deportiva alguna en el correr del siglo.

Algo muy especial para el hincha ocurrió en 1985, cuando los grandes programaron un clásico por mes por la "Copa de Oro", a obtenerla quien llegase a ganar el partido 5 veces.

El 18 de diciembre Peñarol dio la vuelta olímpica, cuando llevaba 5 clásicos a uno (ganado por penales).

MASPOLI, AHORA TECNICO

Roque Máspoli está en la mayoría de las páginas gloriosas aurinegros de todo el profesionalismo y volvió a estar en las páginas clásicas del '85.

Nacido en 1917, fue golero de Peñarol entre 1941 y 1955, sumando 6 títulos de campeón uruguayo (1944-45-49-51-53-54), dedicándose a la dirección técnica, con remarcados períodos en el club: 1955, en sus comienzos, en 1966-67 de brillo esplendoroso y el título de la Libertadores e Intercontinental, en 1970-71, luego en 1976, en 1985-86, 1988 y 1992, todos ciclos de gran reconocimiento por el pueblo aurinegro. Actualmente es dirigente.

El Peñarol de Roque Máspoli, Bicampeón Uruguayo en 1985-

Logrado el torneo uruguayo de 1986 e invicto en la Liguilla, Peñarol ingresó en un corto pasaje con el maestro Oscar Washington Tabárez, al no poder el presidente Damiani contratar a Morena como técnico. Con Tabárez al frente del equipo, Peñarol culminó campeón de América por quinta vez (1987). Pero hubo un episodio previo muy importante.

Se suele decir que acá somos cuatro gatos locos y todos nos conocemos. Nada más incierto. Tabárez conoció realmente a Peñarol el 23 de abril de 1987, cuando ya lo había dirigido diez partidos en un mes, en Los Aromos, el Interior, el exterior y había comenzado el torneo Competencia, todos aprontes necesarios para "tener" al equipo.

Salieron ese día a la cancha a disputar un clásico por la Copa "Casa de Andalucía": Eduardo Pereira, Jorge Gonçalves, Obdulio Trasante, José Herrera, José Perdomo, Alfonso Domínguez, Daniel Vidal (Jorge Cabrera), Gustavo Matosas, Ricardo Viera, Eduardo Da Silva y Daniel Rodríguez (Diego Aguirre). Poco más de media hora iba de juego y Peñarol se puso en ganancia con gol del zurdo Viera. Arrancó el complemento e igualó Nacional. Vinieron los cambios pensados o previstos, pero el referí Cardellino dejó a Peñarol con tres hombres menos. Fue expulsado el zurdo Viera, a los 68 y el chueco Perdomo y Pepe Herrera faltando 15 minutos, cuando iban 1 a 1. Era un tema liquidado para cualquier técnico : un cuarto de hora ocho contra once en un clásico... Pero allí volvió a mostrarse el Peñarol del siglo. La hinchada aurinegra avivó el fuego y contagió las cuatro caras del rectángulo desde la Tribuna Amsterdam en un aliento incesante.

A los 80 de juego, con 10 minutos más por delante, el maragato Jorge Cabrera liquidó el pleito con un zurdazo impresionante, importándole poco del ocho contra once.

La Comisión Directiva de Peñarol tomaba su senda. La meta del contador es plenamente conocida: trofeos, balances y obras. Las tres puntas del camino apuntan a la hinchada, al pueblo peñarolense, protagonista de un aliento que llega a los 108 años.

¡HIJOS NUESTROS MO



Romero le obsequia una camiseta a sus hinchas. Durante la década del '90, el equipo tricolor consiguió una comunión especial con sus seguidores. Y encima le regalaron el segundo Quinquenio de la historia.

Los nuevos históricos: el "Tano" y el "Chueco". El "Patito" Aguilera. Segundo Quinquenio de Oro. Pablo Primero. De Gregorio, Fossati, Ribas. Proyección de una actitud. Una confianza extendida: juveniles y experientes. Peñarol Verdad. Obras, balances y triunfos. El estadio que vendrá. Una estadística terminante.

La buena combinación de jóvenes y experimentados, de jugadores "históricos" y de renovación, ha sido el camino de continuidad sin pausa del protagonismo aurinegro. Así se formaron y luego llegaron como espejos el Tano Gutiérrez, el Chueco Perdomo, Pepe Herrera; surgieron con ejemplos en su propia casa el Tito Chico o Gustavo Matosas; así apareció un experiente Patito Aguilera. Y así se llegó al segundo quinquenio de campeón uruguayo en forma consecutiva.

Fue un lustro actual, del que no puede ocultarse la franca divergencia con cierta prensa que se solidarizó con una medida restrictiva de los deberes de todo comunicador, de ofrecer la noticia de fuente fidedigna, decretando sorpresivamente en la práctica una "muerte civil" del presidente Damiani.

La prensa no hablaba con Peñarol, Peñarol no hablaba con la prensa. Pues a eso llegó la solidaridad inmediata de jugadores, el cuerpo técnico dirigido por Gregorio Pérez, dirigentes y empleados, con el presidente Damiani.

El "todos juntos" aurinegro venía de antiguo y muchas veces se puntualizó.

Pero no vivíamos el tiempo gringo de permitir o soslayar situaciones incómodas. El hincha quería saber de los suyos. Las soluciones llegaron en agosto de 1997 cuando comenzó

IRÁN!

Peñarol a relatar oficialmente sus partidos, con la voz del gerente deportivo Jorge Pasculli y el comentario del secretario José Carlos Domínguez, señalando con sentir manya el desarrollo de algunas verdaderas hazañas, pues era necesaria una seguidilla de triunfos.

Paralelamente se debió superar una reiterada "sensación térmica" de que cuanto más ganaba Peñarol más dolía a quienes pronosticaban: "Quinque... ¿qué?" y hasta "Chau, quinquenio..." Publicaciones lo avalan.

Que no fue solamente hacer público un deseo derrotista, sino publicitar "problemas en las canchas o en sus alrededores", colaborando (presionando) hasta lograr sanciones de puntos para el club y lo más ruin, hacer perder el libre acceso de los socios... Como en los nefastos días de ganar puntos en la Liga, se logró hacérselos perder a Peñarol en los tribunales. Fue lo que ocurrió nada menos que con Las Acacias, cancha símbolo de la continuidad histórica aurinegra, contribución tranviaria de 1912 que Peñarol inauguró como campo de juego en 1916, por más señas ganando un clásico.

Ochenta años más tarde, Peñarol reacondicionó para doce mil personas en Las Acacias el estadio "José Pedro Damiani". Pero se "logró" que Peñarol y su público casi no hayan podido disfrutar de Las Acacias hasta el presente.

Mientras todos juntos empujaban, el presidente Damiani publicitó que en su casa el loro había dicho "quinquenio". La figura del loro, mejor profeta que Nostradamus, mereció imprimirse en algunas entradas. Así se hizo; como también se alcanzó el tan ansiado pentacampeonato, siendo la camiseta con el 5 y la pinta del Loro Quinquenio la revelación estética de 1997.

El quinquenio comenzó en 1993, con la vieja estructura de la Copa Uruguaya de todos contra todos en dos ruedas.

Peñarol venía de una seguidilla desfavorable, y la primera disputa que debió ganar fue la contratación de Pablo Javier Bengoechea, volante internacional celeste de extensa actuación en España y en esos momentos jugando en Gimnasia y Esgrima de La Plata. La propuesta del Consejo Directivo, presidido nuevamente por el contador José Pedro Damiani, se inclinó decisivamente hacia el riverense al nombrar el cuerpo técnico, con Gregorio Pérez, Alejandro Botello (ayudante) y el profesor Luis Betolaza como preparador físico. Ladislao Mazurkiewicz entrenaba a los goleros. Comenzó entonces el reinado de "Pablo Primero".

Reuniones con Paco Casal y los técnicos llevaron a Peñarol a definir el plantel con figuras importantes sin descuidar sus formaciones juveniles. Se recuperó al Gaby Cedrés con una costosa operación en el exterior; se confiaba en reacondicionar a Diego Dorta; retornó Mario Saralegui de Ecuador, luego Nelson Daniel Gutiérrez del Logroñés de España; llegaron Darío Silva, Marcelo Otero, Federico Bergara.

El campeonato se ganó de todas maneras, por inesperadas dificultades, recién en la última fecha, empatando con Cerro a estadio lleno, superando a Defensor Sporting por un solo punto.



Pablo Bengoechea maneja la pelota en uno de los clásicos frente a Nacional. El volante fue símbolo de un Peñarol que se cansó de ganarle a Nacional en la última década.

En 1994 comenzaron las ediciones del Apertura y el Clausura, fórmula actual de disputa de un torneo con dos ruedas independientes. Se incorporó al "Pato" Aguilera y se dio un campanazo al traer al vasco Oscar Aguirregaray, además del ascenso de dos juveniles promisorios como Antonio Pacheco y Federico Magallanes. Peñarol perdió el Apertura en la Liga, al restársele tres puntos por incidentes fuera del estadio. Nuevamente en la última fecha ganó Peñarol el Clausura y en un tercer partido con Defensor Sporting, luego de dos empates, se alcanzó el bicampeonato.

CAMBIOS VARIOS

Las grandes modificaciones del plantel manya comenzaron en 1995, al llegar Luis Alberto Romero, ascender algunos valores como Gustavo de los Santos y Claudio Flores, transfiriendo a otros como Darío Silva y Marcelo Otero al fútbol italiano.

Nueva quita de puntos al estrenar las tribunas de Las Acacias hizo que Peñarol debiera definir esa vez con Liverpool y ganar nuevamente con sufrimiento extra el torneo, que ya comenzó a "molestar"... Ya iban tres al hilo.

Llovían ofertas por los jugadores y hasta por el técnico, que se fue para Independiente. La "manija" desde afuera era evidente y la intención de cortar la seguidilla se hacía cada vez más notoria.



La maravillosa hinchada carbonera, fiel como pocas; la más grande del mundo en relación a la población de un país.

El 12 de enero de 1996 ya tenía Peñarol su nuevo cuerpo técnico en orden, dirigido por Jorge Fossati, con Eduardo del Capellán y el "Bombón" González como ayudantes y el profesor Alejandro Valenzuela en la parte física.

Las contrataciones fueron dificultosas y apenas se sumó el golero Sergio Navarro. Ya se pensaba en la Supercopa cesar a Fossati, según opiniones de los "entendidos" de siempre y los "trascendidos de la prensa" con su consiguiente reserva de la fuente de información. Basta repasar los diarios para comprobar que Fossati "iba a ser cesado"...

Peñarol no echa técnicos. Permaneció Jorge Daniel Fossati, figura querida de la familia aurinegra, hasta llegar victoriosamente al tetra y retirarse de Peñarol por la puerta grande.

AIRES DE RENOVACION

Para el fútbol celeste, 1997 fue el año del resurgimiento a nivel juvenil con la obtención del subcampeonato mundial en Malasia. En la formación uruguaya había un chico de 19 años, de las formativas de Peñarol, Alvaro Fabián Perea, que soñaba con un futuro de éxito inmediato e innegable. Hizo el "gol de oro" frente a Ghana en la Sub 20 de Malasia y llegó a jugar un partido en Primera con la aurinegra mayor, para meterse en la historia del quinquenio.

En la madrugada del 13 de octubre de 1997 falleció el "Fabo" Perea en un accidente automovilístico. Toda su ilusión, compartida por el pueblo manya, debió transformarse en recuerdo. En el nuevamente difícil logro aurinegro de esa quinta temporada consecutiva la evocación de Perea era inmediata, pues sus compañeros mayores lucían su efigie en un buzo que llevaban debajo de la gloriosa aurinegra. Así le dedicaron uno de los esfuerzos más grandes y logros más trabajosos de todo el profesionalismo a quien luciera desde niño la de los manyas.

Mito, hazaña, milagro, los triunfos de Peñarol en el cierre del pentacampeonato tuvieron una fuerza espiritual tremenda, remontando partidos "perdidos" y superando situaciones adversas remarcadas y remarcables. Hubo dos clásicos memorables, el 19 de octubre (ganado 4 a 3) y el 5 de noviembre (3 a 2), en los que se iba perdiendo por dos goles de diferencia.

Bajo la batuta del "profe" Bengoechea, pieza fundamental del engranaje aurinegro, funcionó un trabajo donde también la hinchada, la fiel y bullanguera, hizo lo suyo.

Para la Copa Uruguaya de 1998 la dirigencia dio todo cuanto pudo en economía e imaginación para mantener la seguidilla aurinegra.

Al armar el equipo para el sexenio, siempre con Gregorio Pérez, se repatrió al Gaby Cedrés de México, esfuerzo económico importante, y se contrató al juvenil de gran lucimiento en Malasia, el volante Pablo García.

La "suerte" de los campeones nos faltó esta vez y más que una pausa deportivamente procesada, se vivió la crónica de "una muerte anunciada".

Por su parte, el pueblo manya se mantuvo más unido que nunca, llenó las tribunas, jugó su partido y perdió. Punto y aparte. Es la verdadera conclusión del único club del medio que puede decir: un campeonato más qué importa... sabiendo el espíritu empresarial del contador Damiani, la falange aurinegra recibió a satisfacción plena el anuncio del presidente de la construcción futura del nuevo estadio manya, en la Costa de Oro, en la entrada del Este a Montevideo.

DON GREGORIO PÉREZ, EL TÉCNICO CAMPEÓN

Un hombre puede llegar a asimilarse tanto a un club, que hasta su apellido podría convertirse en un sinónimo del mismo. Gregorio Elso Pérez –uno de los héroes máximos dentro de la historia de los directores técnicos de Peñarol–, asumió en el aurinegro aquel 8 de febrero de 1993 y debutó con un empate frente a Defensor Sporting... Y no le fue del todo bien, pero rápidamente la atmósfera se modificó absolutamente. Don Gregorio pasaría a convertirse en un héroe de detrás de la raya de cal, patricarca dentro del corazón de cada hincha carbonero. Una noche triunfal –en la celebración de muchos simpatizantes– , después de un clásico, en La Pasiva sobre la avenida 18 de Julio, su nombre se vivó tanto como el de Pablo Bengoechea, el gran ídolo futbolístico de los últimos años... La anécdota circunstancial resultó finalmente un símbolo...



Un clásico: Goyo y su festejo.

La tranquilidad habitual del Parque Batlle, con sus frondosas arboledas y sus caminos de arcilla colorada, se advierte a través de la ventana de su departamento. Hoy, cuando volvió a trabajar en La Plata, Buenos Aires, en esa su casa argentina que es Gimnasia y Esgrima, esta pausa de horas bajo el cielo montevideano invita a la charla y al recuerdo.

"El haber sido contratado por una institución de prestigio no sólo dentro de mi país, sino también en el ámbito internacional, fue una alegría inmensa. Peñarol es un grande de verdad, por eso mi primer tarea fue tratar de armar el grupo humano y darle estabilidad a todo el plantel. Con un trabajo armónico, con suma tranquilidad y con el apoyo de todo Peñarol, pudimos llegar a nuestro primer Campeonato Uruguayo. Dentro del Quinquenio que finalmente alcanzó el club, se fueron produciendo distintas alternativas. Las necesidades económicas que apretaban, como siempre, hicieron que en aquellos tiempos se fueran hombres de la talla de Darío Silva, Gonzalo de los Santos, Marcelo Otero, Washington Tais, Federico Magallanes, Diego Dorta, Oscar Ferro, entre otros..."

Pero Peñarol siempre siguió adelante.En esos cinco años de gloria sólo pasaron dos técnicos, en 1996 estuvo Fossati, y en el resto, yo. La estabilidad que se obtuvo fue esencial, fundamental, en las continuas victorias alcanzadas. Hoy Peñarol está nuevamente arriba en busca de un Torneo Clausura que seguramente logrará y que le permitirá jugar las finales por el Campeonato Uruguayo, contra Nacional, el otro grande de nuestro fútbol. En sus 108 años de gloria le envío a través de EL GRAFICO, un saludo inmenso y un abrazo muy fuerte a todos los hinchas de Peñarol. ¡Feliz cumpleaños!".

"PEÑAROL SIG
TODO EN MI



NIFICA
VIDA"

FERNANDO MORENA

EL MÁXIMO GOLEADOR AURINEGRO Y DEL FÚTBOL URUGUAYO. LA VIDA DEL HOMBRE QUE GENERÓ EN EL PUEBLO CARBONERO UNA HISTORIA DE PASIÓN Y DEJÓ UNA HUELLA IMBORRABLE EN EL CORAZÓN DE TODOS LOS HINCHAS MANYAS.

Fernando Morena, ídolo, goleador y uno de los máximos referentes de la historia grande de Peñarol. Dividió a un país entre amores y odios el mismo de los 27 goles a Nacional, el de los 450 goles vistiendo la camiseta de Peñarol y el de los 667 tantos en toda su carrera. Muchas veces resistido y otras tantas extrañado por los aficionados a la celeste, como en las Eliminatorias para España '82, cuando Uruguay quedó descartado... La excusa para la conversación fue el reciente encuentro entre los Manyas y San Lorenzo de Almagro. Nos recibió en su sobria mansión del señorial barrio de Carrasco y ahí, como es habitual en él, habló de todo y de todos.

"La revista EL GRAFICO me da la oportunidad de dirigirme a todos los hinchas de mi querido Peñarol en sus 108 años de gloria permanente... En estos momentos vuelven a mi memoria los instantes iniciales de mi carrera futbolística. Mi relación con Peñarol es un tema muy especial. Mi padre, cuando era botija, me llevaba a ver a Nacional y me hice simpatizante tricolor, por inercia. Yo siempre digo que fue como cuando una familia bautiza a su hijo sin saber lo que quiere y con el paso de los años se hace ateo...".

–Fernando, de botija ya jugabas a todo o nada...

–Comencé mi paso por el fútbol en la quinta de River Plate, cuando el Chiquito Espósito era el técnico, corría 1968. A los 16 años ya estaba entrenando con el plantel de Primera. Tuve suerte, metí muchos goles y llegó el momento en el que un dirigente de River me dijo en 1971: "Llegó el momento, vas a ser transferido, te quieren los dos grandes: Peñarol y Nacional". ¡Qué situación! Mi paso por River me había profesionalizado y me había alejado de los sentimientos tricolores de mi infancia. Me dijo que el ofrecimiento de Nacional pasaba por Cubilla, Maneiro, Mamelli y Espárrago. Tenía que jugar de once. Humm... El técnico de Peñarol era Juan Faccio, quien ya me había dirigido en River anteriormente, venía insistiendo durante el Campeonato Uruguayo de 1972, que "este equipo de Peñarol, con Morena, es campeón". Insistió tanto que al final se llegó a un acuerdo entre el contador Gastón Güelfi, presidente aurinegro, y Castro Quintela, de River Plate. Yo no intervine para nada, lo arreglaron aquel 23 de enero de 1973 por la noche. Pero en la madrugada del 24, el titular de Peñarol falleció...

–¿Y cómo se solucionó el problema...?

–Cuando mi madre me avisó me amargué y llamé a Castro Quintela, quien me dijo que no habría problemas, pese a que había una dura lucha interna en Peñarol. Se unieron Damiani, Cuenca y Cataldi e hicieron una directiva maravillosa. Fui al velatorio y ahí me comunicaron que ya debía salir de gira hacia Brasil ese mismo día. Iban a jugar la Copa del Atlántico donde se inició mi larga historia con esta camiseta tan gloriosa. Era una cosa que inevitablemente tenía que suceder, entré a Peñarol y fue como si ya hubiera estado siempre. Sentí un impacto emocional tremendo. Viajé a Porto Alegre con Damiani, no había nadie en el aeropuerto, eran como las once de la noche en el último vuelo... Pero cuando salimos al hall nos estaban esperando Faccio y el profesor Lemos, junto a todo el plantel. Lo tomé como que me estaban aguardando. Roberto Matosas, quien era el capitán, me dio la bienvenida en nombre de todo el plantel. Fue como si me estuviera diciendo: "Mira pibe, que acá te estamos esperando porque tenemos que ganar...".

LÓGICO, DEBUTÓ CONTRA EL BOLSO

–¿Cual fue tu primer partido oficial?

–El primer partido oficial fue un clásico, por la Copa Libertadores. Y mi primer gol fue a Boca Juniors, por aquella Copa del Atlántico, en el Centenario. El Estadio estaba repleto... Peñarol salió campeón de ese torneo.

–¿Y el idilio con la gente?

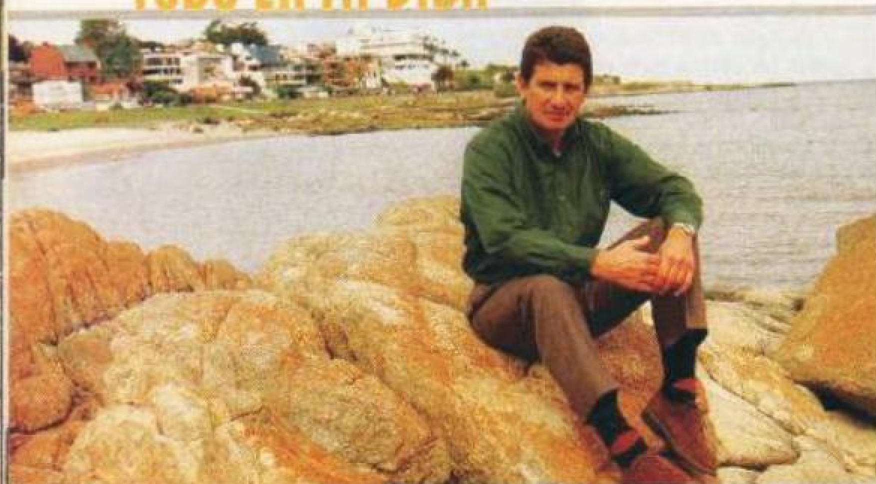
–Se inició cuando le metí el primer gol a Nacional. Los hinchas empezaron a levantar sus dudas sobre mi "fidelidad"... No me olvido más: fue en mi primer clásico, venía haciendo goles todos los partidos, pero en ése tuve la desgracia de no convertir, a la salida del Estadio Centenario: ¡una señora me rompió la cabeza a paraguazos!

Y llegaron todos los records del '78, los 7 tantos en un solo partido, frente a Huracán Buceo; ("El golero era Alanis...", recuerda con cierta nostalgia...).

–Luego de tantas alegrías que le diste a los manyas, ¿cómo dejaron que te transfirieran ?

–Después de seis años y medio en Peñarol llegó el instante de mi pase a Europa, en 1979, muchas veces postergado. Yo creo que se dio porque estaba todo muy tranquilo por un receso y la transferencia se arregló en sólo dos días. Cuando los hinchas reaccionaron yo ya estaba vendido... En 1974 tuve la posibilidad de jugar en el Real de Madrid, pero se frustró porque aquel fue el año del Mundial de Alemania Occidental y allá fuimos un desastre. Luego llegó lo del Rayo Vallecano de España y desde allí pasé al Valencia, club en el que salí campeón de la Supercopa Europea (en aquel gran equipo también jugaba Mario Alberto Kempes).

"PEÑAROL SIGNIFICA TODO EN MI VIDA"



De River a Peñarol, sin escalas

"Comencé mi paso por el fútbol en River. Pero en el '71 me tocó elegir entre los dos grandes. Por lógica, me quedé con Peñarol", asegura.

EL REGRESO A MONTEVIDEO

Pasaron algo más de dos años... Y una noche, imprevistamente, recibió una llamada telefónica nocturna de un periodista de El Diario de Montevideo, quien le preguntó: "¿Fernando, sabés algo? dicen que volvés a Peñarol ..."

Yo no sabía nada. Pero es cierto, minutos después sonó otra comunicación. Era el recordado Washington Cataldi, quien me dijo: "¿Qué te parece si te venís de nuevo para Montevideo ?". Hablé con mi señora y ni lo pensamos.

En el momento en que llegamos al Aeropuerto de Carrasco una multitud me aguardaba. Lo mismo ocurrió desde allí, en todo el trayecto hasta la Asociación Uruguaya de Fútbol y luego, hasta la sede de Peñarol.

la gran ovación de la noche...

"Volver a vestir la camiseta de Peñarol después de tantos años fue una emoción enorme. La ovación de la hinchada será un recuerdo imborrable para siempre...".



Se había efectuado una colecta con una promoción: "¡A Morena lo traemos todos..., porque todos somos Peñarol... Una hinchada que se juega entera..., por Morena el gran goleador.. !"

Don Washington Cataldi me había dicho que algo de gente iba a ver, pero yo jamás imaginé tal cantidad. Fue impresionante.

Firmé y retorné a España a buscar a mi gente. Le dije a mi señora: "Mirá que todos los goles que ya metí no alcanzan, con tanto alboroto voy a tener que hacer muchos más...".

–¿Ese fue tu momento de mayor alegría en Peñarol?

–Todos los instantes fueron buenos. Pero en ése gané cosas que antes no había ganado: la Copa Libertadores y la Intercontinental. Y la camiseta ya no era necesaria, podía jugar sin ella. El amarillo y negro ya estaba impregnado sobre mi piel.

Aquel primer gol a Nacional, jugando para Peñarol, es el que más recuerdo; pero no olvido el que le metí al Cobreloa en la final de la Copa Libertadores de América en 1982, en el Estadio Nacional de Chile... A pesar de que unos segundos antes le habíamos dicho al juez argentino, Romero: "Terminalo que no da para más y nos vamos a Buenos Aires...".(La ciudad designada para el tercer partido).

–¿Qué significa Peñarol para vos?

–Para explicarlo tendrían que estar mis hijos (Mariana, Carolina, Rodrigo y Diego) y mi señora (María Luisa) presentes... Peñarol es todo, es el día a día en la mesa, los comentarios después de los partidos, las amarguras, las alegrías... ¡La vida! Aparte, me siento más hincha cuando perdemos, es algo indescriptible e insólito.... Lo defino como esa bandera que está en la Tribuna Amsterdam: "Peñarol, un sentimiento inexplicable...".

Y sigue siendo el "Nando" de tantas tardes inolvidables para el hincha, tanto ahora como cuando jugaba, siempre despertando el clamor popular, hasta cuando está sentado en su butaca de la Tribuna América. El que dejó llorando al Estadio entero cuando su fractura. No había consuelo para el fanático a pesar del 3 a 0 triunfal frente a Venezuela. Aquel del viejo grito: "¡Morena..., fútbol y gloria.... El goleador de toda la historia... !", la marcha que entonaron todos la noche del festejo por los 108 años de gloria peñarolense...

Fernando Morena es igual a Peñarol.

Son una misma cosa.

PRODUCCION: **DANIEL GALOTO y DIEGO SCHAFFER**
FOTOS: FERNANDO GONZALEZ ROTH



AGRADECIMIENTOS
Club Atlético Peñarol, José Carlos Domínguez, Profesora Marta Canessa de Sanguinetti.
Colaboradores periodísticos en Uruguay: ***Diego Schaffer, Juan Martín de Posadas.***
Historiador oficial : ***Eduardo Gutiérrez Cortinas.*** **Publicidad y Gráfica:** ***Miguel Bocage, Michel Burcatovsky y Marcel Zenguin.***

AQUELLOS VIEJOS

JULIO CÉSAR ABBADIE Y ALBERTO SPENCER, PILARES DE LAS PRIMERAS CONQUISTAS INTERNACIONALES AURINEGRAS, SE REENCONTRARON PARA REVIVIR LAS HAZAÑAS DE LA DÉCADA DEL '50.

Se reencontraron después de un tiempo para la charla amistosa y profunda, convocados especialmente por EL GRAFICO. Julio César Abbadie y Alberto Spencer, dos grandes ídolos de la multitudinaria hinchada de Peñarol, se unieron en un abrazo que pareció interminable y después se pusieron a recordar sus tiempos de pantalones cortos con la camiseta aurinegra pegada al pecho. Seguramente, más de un fanático dejará correr una lágrima al recordar sus maravillosas actuaciones.

Julio César Abbadie nació el 7 de setiembre de 1930, en San Ramón. Pocos días después viajó a Montevideo, donde estuvo hasta los 10 años debido a que su familia tuvo que trasladarse a Pan de Azúcar, por razones laborales. Allí comenzó a tutearse con su amiga, la pelota de fútbol. Primero deslumbró en el equipo local y luego, en la selección del Departamento de Maldonado. Tiempo después lo vinieron a buscar de Nacional donde estuvo con su hermano. Practicó poco y retornó a la localidad fernandina. No obstante, siempre mantuvo la ilusión de volver a la Capital, pero al cuadro del que era hincha desde niño: Peñarol. "A fines del '48, luego de la huelga, Orlando Núñez –un amigo nuestro de allá– me dijo: Vamos para la Capital que vas a practicar en Peñarol. Llegué a Las Acacias, jugué y enseguida me llamaron de la sede porque tenía que fichar. Fue como en un sueño...". Al Pardo, héroe de mil batallas en todos los campos de América, le corrió una lágrima indiscreta al recordar aquel lejano e inolvidable momento.

El otro gran nombre ilustre, el ecuatoriano **Alberto Spencer**, también tiene su historia. Distinta, pero parecida en muchos aspectos. "Nací en 1937 en Ancón, un campamento minero en el que aún hoy se sigue extrayendo. Por el '54 empecé a jugar en el Club Everest de Guayaquil, junto a mi hermano mayor, quien ya actuaba profesionalmente, inclusive en la Selección ecuatoriana. Estuve un tiempo y luego del Campeonato Sudamericano del '59, Juan López, quien dirigía nuestro seleccionado, me recomendó a Peñarol de Montevideo. ¡Yo al principio no podía creerlo! Mi sorpresa fue tremenda cuando me enteré por la prensa que el presidente mirasol de aquel entonces (el recordado contador Gastón Güelfi) había comprado mi pase en 10 mil dólares...". La visión futbolera de Juan López y la audacia de Güelfi para jugársela por un desconocido hicieron que Spencer recalara en Montevideo para alegría de un Peñarol que durante una década disfrutó de su talento.

Una jugada política del extraordinario e inolvidable dirigente aurinegro Washington Cataldi hizo que, sorpresivamente, el ecuatoriano llegara a la capital uruguaya un 20 de febrero de 1960, justamente el día que Peñarol y Nacional disputaban la final del Campeonato Uruguayo de 1959.

Con el libro de pases cerrado y sin haber terminado el torneo, Spencer pudo jugar junto al argentino Carlos Linazza (quien tampoco había participado del certamen) los partidos decisivos frente al rival de todas las horas. Peñarol ganó 2 a 0 y fue campeón, con goles de Luis Cubilla y, precisamente, de Linazza.

La presentación está hecha. Es tiempo de recuerdos, anécdotas y otras yerbas. De pie, señores, hablan Abbadie y Spencer.

–Spencer, usted sigue siendo el máximo goleador de la Copa Libertadores de América. ¿Todavía continúa disfrutando aquellas grandes hazañas?

–Por supuesto, las recuerdo con una alegría enorme... Con el paso del tiempo, uno se va dando cuen-

HÉROES

Como en las épocas de gloria

Hoy, en Montevideo, los viejos héroes de tantas batallas posan para la producción especial de EL GRAFICO. Abbadie y Spencer, dos ídolos.

Spencer en Madrid

Una escena que recuerda la histórica final intercontinental contra el Real de Madrid, en el Estadio Santiago Bernabeu, en España.



ta del valor de todo lo que consiguió como futbolista. Marqué 54 goles en total; 49, con Peñarol y 5, con el Barcelona de Guayaquil, equipo en el que jugué hasta 1972, cuando me retiré...

–Abbadie. ¿Cuál es el partido que más recuerda?

–Sin dudas la final de la Copa Libertadores de América de 1966, contra River Plate de la Argentina, en Santiago de Chile. Íbamos perdiendo 2 a 0 y faltaban 20 minutos, hizo un gol Alberto (Spencer); yo empaté faltando poco y fuimos al alargue. Ahí ganamos 4 a 2. Fue un partido espectacular, que seguramente quedará guardado en la memoria de los hinchas por siempre, como los goles del querido Fernando Morena en el '82 y de Diego Aguirre en el '87, son partidos únicos. Inclusive pienso que fue más importante que el partido revancha de la final del mundo contra el Real Madrid, que también ganamos 2 a 0 (Rocha, de penal, y Spencer).

AQUELLOS VIEJOS HÉROES



Vibra el Centenario

Abbadie remate ante el achique del arquero Rogelio Domínguez, de Nacional.

–Hubo un hecho muy comentado que despertó la garra charrúa, cuando Amadeo Carrizo –arquero de los argentinos– paró una pelota con el pecho...

Abbadie: –No, eso lo hizo de bobo, porque iban ganando. Pero la verdad es que perdíamos por dos errores nuestros. Sabíamos internamente que en cualquier momento dábamos vuelta el partido y así fue...

Spencer: –Inclusive luego de mi primer gol veíamos que los porteños se agarraban la cabeza, lo que nos fortaleció anímicamente. Ese encuentro lo teníamos que ganar o ganar, habíamos perdido contra Independiente de Avellaneda el tercer partido final del '65 por 4 a 1, en ese mismo estadio, y ésa debía ser nuestra gran revancha.

Hasta hoy, todos los manyas se estremecen cuando rememoran el cierre del encuentro, escuchando el magistral relato del inolvidable Carlos Solé: **"¡Vayan preparando sus festejos en Montevideo, este partido lo va a ganar Peñarol y sepan disculparme mis queridos oyentes por la expresión poco académica, lo va a ganar a lo macho...!"**



La embajada del Ecuador, en Uruguay, sirve como escenario de la entrevista. El Negro Spencer se emociona y sale por un instante de su papel protocolar de cónsul; los hechos revividos en la charla han logrado emocionarlo.

El Pardo Abbadie, con su bonhomía inconfundible, continuó repasando su extensa carrera: "Mi vida como jugador fue sólo Peñarol. El Manya fue el único cuadro en el que jugué en mi país, del '48 al '56; luego, estuve 6 años en Italia participando en el Génova y el Lecce, equipo de una localidad muy cercana a Milán. Luego regresé a Peñarol donde termine mi carrera en el año 1969".

Spencer no se olvida de una anécdota en particular: "Ocurrió en uno de los tantos partidos del '66, en una jugada contra la Tribuna Colombes. La cancha estaba mojada, me tiraron una pelota larga, hice el esfuerzo para llegar y patiné. Afuera me estaba esperando el Gordo Di Lorenzo –fotógrafo de "El Diario"– con los pies para adelante. Caí encima de él y me rompí la clavícula. Al tiempo de mi recuperación, en otro partido en el Centenario, me voy derecho al arco y veo que el Gordo se apronta para sacar la foto... En vez de tirar el centro, apunto derecho a Di Lorenzo y le doy de lleno, haciéndole volar la máquina, que se rompió en mil pedazos. Hasta hace muy poco tiempo cada vez que me lo encontraba me reclamaba por el pago de la cámara de fotos...".

Abbadie retruca y no se queda atrás: "¿Te acordás de aquel gol de taco que hice en una gira por México? Me pasé en la carrera, luego de un toque de Rocha dentro del área, pero pude engancharla de taquito y la metí en un ángulo. Creo que fue el gol más lindo de mi carrera. Hace poco le reclamé el video a mi amigo Tabaré Gonzaléz...".

–¿Van al fútbol actualmente?

Spencer: –No, muy poco. Se ha marchado mucha gente de los estadios porque el espectáculo se ha deteriorado y el fútbol no es tan agradable como antes.

Abbadie: –El problema es que se han perdido la picardía, los moños, el dribbling..., todo lo que al hincha le encantaba... Por eso se destaca Pacheco, que hace lo nuestro; ahora todo es mucho físico y mucha táctica. La cosa afea el juego, por culpa seguramente de los europeos, que nos han emparejado a fuerza de correr y correr... Pero igual no debemos perder la técnica, eso que los sudamericanos llevamos bien adentro.

Seguramente en las palabras de Jorge Valdano se descifre el pensamiento de ambos: **"Los futbolistas retrocedieron dócilmente para prestarse a la revolución defensiva de los generales del banquillo; el juego se fue poniendo serio, lo útil devaluó a lo bello y el resultado se hizo dictadura".**

¿Cuanto valdrían ahora?, diría algún nostálgico de aquella época.

Alberto Spencer y su habilidad inigualable de mandarla a guardar, la pantera del área, hijo de América (el significativo nombre de su madre), quien como una premonición de la vida resultó ser el gran conquistador de la Copa Libertadores y **Julio César Abbadie,** aquel que según el escritor **Eduardo Galeano:** "Deslizaba la pelota sobre la línea blanca de la orilla y corría con botas de siete leguas, hamacándose sin rozar la pelota ni tocar a los rivales...".

Dos grandes, sin dudas. Héroes de un pasado glorioso que ellos y todos extrañamos.

DIEGO SCHAFFER y DANIEL GALOTO

Fotos: JULIO CASTAGNELLO



MIGUENS



ROQUE GASTÓN MÁSPOLI Y OSCAR MÍGUEZ, GENIUNOS VALUARTES DE OTRA ETAPA ESPECTACULAR DEL CLUB...

DOS GRANDES DE VERDAD

Ambos representan una gran parte de la historia viviente de un Peñarol espectacular. Los bautizaron La Máquina del '49, aquel equipo inolvidable que ganó invicto los tres torneos oficiales de la temporada, a un promedio de 3,25 gol por partido.

Roque Gastón Máspoli, aquel legendario arquero y varias veces técnico del aurinegro, y **Oscar Omar Míguez,** uno de los delanteros más fenomenales de todos los tiempos , el de las jugadas inverosímiles y los famosos goles de chilena. Integrantes ambos del seleccionado uruguayo que produjo el Maracanazo en aquel glorioso e inolvidable 16 de julio de 1950...

Frente a frente y con EL GRAFICO como espectador de privilegio, juntos desandaron sus épocas de gloria y por supuesto, con tema central: Peñarol.

–Don Roque, ¿cómo se vincula a Peñarol?

–Y... hay dos etapas mías en Peñarol. La primera fue cuando era socio, que va del año '31 al '33, pero me tuve que borrar porque fui a jugar a las inferiores de Nacional hasta el año '39. Luego tuve un pasaje por Liverpool, que duró dos temporadas. La otra época fue la más larga ya que comenzó en el '41 y en la que continúo vinculado hasta la actualidad. Me estoy refiriendo a la que fui como jugador hasta el '55, después director técnico en cinco oportunidades y actualmente dirigente.



Míguez en la cocina, repartiendo pases como en la cancha.

–¿Qué zaguero lo dejaba tranquilo en el arco?

Sin dudas, el Mariscal José Nasazzi fue el más grande que vi. Por eso fue el gran "capitán de capitanes". Me decía dónde me tenía que parar y yo hacía todo lo que él me pedía y no tenía ningún problema. Era un verdadero fenómeno... Hoy su pase no tendría precio.

Acorde a la velocidad del delantero que fue en sus tiempos de juventud, Míguez se mete en la charla.

–Y usted Míguez, ¿cuándo comienza su historia con Peñarol?

–Empecé en la cuarta de Sud América. Estuve en la tercera y llegué a la primera en el '46, donde jugué poco tiempo porque quedé libre, por unos problemas que vivía la institución en aquel entonces. A fines del año '47 llegué a Peñarol, luego de haber practicado durante un tiempo en Nacional...

CAMPEONES DEL FUTBOL Y LA VIDA

Caminando por la rambla de Pocitos, Oscar Míguez y Roque Gastón Máspoli revivieron sus épocas de gloria e hicieron hincapié en la proeza que los tuvo como protagonistas: el Maracanazo.

MASPOLI



Imágenes imborrables



Miguez en un clásico contra la Argentina, pasando a un irreconocible defensor con su inconfundible velocidad.



El que llega tarde es el inolvidable Félix Lousteau. La pelota ya está entre las manos de Máspoli, con su habitual seguridad.

Máspoli, versión I

El arquero demostrando sus virtudes contra la Argentina.





Máspoli, versión II

Aquí, contra Austria. Sea contra el rival que fuere, por siempre figura.



DOS GRANDES DE VERDAD

–¿Cuándo comienza a gestarse la famosa Máquina del '49?

–Cuando llega Alcides Ghiggia a fines del '48, que para mí fue el mejor puntero de la historia. Con él empezamos jugando en la tercera, hasta que vino el húngaro Emérico Hirsch para hacerce cargo de la dirección técnica y nos puso en primera junto a Juancito Hohberg. Formó una delantera espectacular, amalgamando gente joven con otros de experiencia.

–¿Eran tan imbatibles, como dicen ahora, los que peinan canas?

Máspoli: –Yo digo que era un equipo casi completo, donde la delantera superaba a todas las defensas. Los de arriba eran un lujo: Alcides Ghiggia, Juan Eduardo Hohberg, Oscar Omar Míguez, Juan Alberto Schiaffino y Ernesto Vidal. No creo que haya existido en la historia del fútbol uruguayo una delantera mejor que ésa. Nosotros los de atrás estábamos tranquilos, los partidos terminaban 4 a 3 o 5 a 4 como con Rampla, entrábamos siempre confiados que ganábamos.

Fueron culpables de enmudecer a todo el Maracaná en la que la memoria futbolera de propios y extraños considera la máxima epopeya de un seleccionado jugando a nivel mundial. Los brasileños no podían acreditar lo que estaba sucediendo, con lágrimas en los ojos y las voces apagadas por semejante humillación miraban al humilde Uruguay quedarse con la Copa del Mundo. Unico e inolvidable.

Después de 49 años, Máspoli sigue explicando los porqué de aquella inolvidable victoria: "La gente piensa que ganamos de casualidad, porque Brasil venía de golear a todas las selecciones. Lo que pasaba es que Uruguay no podía organizar algún partido contra nadie, por sus propios problemas estructurales de siempre. Antes del Campeonato Mundial se jugó la Copa Río Branco y nosotros le ganamos 4 a 3 a Brasil en un resultado mentiroso, porque el juez nos robó. Después jugamos dos encuentros más y nos ganaron 3 a 2 y 1 a 0, pero muy ajustadamente. ¡A Brasil, la final del mundo se la ganamos bien y merecidamente, teníamos un equipazo!".

Frontal, con una personalidad increíble, así es don Roque, quien con sus 81 años no titubea cuando habla del '50, no se sentía, ni se siente nunca, menos que los brasileños. El Cotorra Míguez con su mismo estilo de siempre, aún con sus 71 años, sigue divirtiéndose; asiente con su cabeza las palabras de Máspoli y vuelve al tema: "Yo nunca pensé que perdía Uruguay, siempre lo hablamos con Julio Pérez (otro campeón del mundo del '50). Capaz que era la inconsciencia de la juventud, pero me acuerdo que antes del partido le pregunté a Roque si con dos goles ganábamos... Roque me dijo que sí; entonces agarré más confianza de la que tenía. Inclusive, con el paso del tiempo, los mismos jugadores brasileños, aceptaron que perdieron bien. De vez en cuando Barbosa (arquero de Brasil), Ademir (goleador del campeonato) y Zizinho (Tomás Soares Da Silva) venían los 16 de julio a festejar con nosotros. ¡Había quedado un vínculo bárbaro con ellos...!".

Los dos también fueron integrantes también del equipo aurinegro que jugó el denominado "partido de la fuga", aquel 9 de octubre de 1949. Peñarol ganaba 2 a 0 el primer tiempo. El árbitro había expulsado al zaguero tricolor Eusebio Tejera y luego al delantero Walter Gómez. En ese clima, los dirigentes de Nacional decidieron no presentarse a disputar los 45 minutos finales. Luego de aguardar el árbitro el tiempo reglamentario, Peñarol dio la vuelta olímpica como campeón uruguayo.

–Míguez, volvamos a Peñarol, ¿cómo era eso de los goles de chilena, en aquella época?

–Yo ya en el barrio, en el campito, practicaba esas jugadas, inventaba hacer cualquier cosa; siempre me sacaban de algún apuro. Roque sabe; después de los entrenamientos me quedaba una hora para ensayar las jugadas. Aparte, yo que era un chiquilín, me quería quedar todo el tiempo posible en Las Acacias con esos fenómenos: Obdulio Varela, El Pepe Schiaffino, Juan Eduardo Hohberg, a mí me hacían vibrar...

Máspoli: –A mí me pasaba algo parecido con Lorenzo Fernández, que era mi jugador favorito. Cuando llegó de Amsterdam lo recibimos en la plaza Independencia y yo lo quería ver, tocar... Con el tiempo fue entrenador de Peñarol y por esas cosas de la vida me llevó a jugar al club de mis amores. Fue una tremenda emoción.

Acostumbrados a festejar así recorrieron sus carreras como deportistas. Pocos en el mundo ganaron lo que han ganado ellos, Oscar Omar Míguez y Roque Gastón Máspoli, dos mitos vivientes, del legendario y glorioso fútbol uruguayo.

DIEGO SCHAFFER
Fotos: Julio Castagnello



LA PRIMERA VEZ

Los aurinegros, dueños de América

No fue pasión de multitudes, ni hizo soñar a ningún hincha carbonero, pero este Peñarol del '60 fue el primer campeón de la Copa Libertadores de América. Ni más ni menos...





PEÑAROL 1	OLIMPIA 0
Gol: Spencer	
Maidana	Arias
Martínez	J. Lezcano
Salvador	Arévalo
Pino	Rojas
Gonçalves	Lezcano
Aguerre	Osorio
Cubilla	Rodríguez
Linazza	Recalde
Spencer	L. Doldán
Crescio	Cabral
Borges	Melgarejo

Partido jugado el martes 12 de junio de 1960 en el Estadio Centenario de Montevideo, Uruguay. **Expulsados:** J. Lezcano (Olimpia). **Cambios:** Majewski por Martínez (Peñarol). **Juez:** Carlos Robles, de Chile. **Público:** 50.000.





OLIMPIA 1	PEÑAROL 1
Gol: Recalde	**Gol:** Cubilla
Arias	Maidana
Arévalo	Martínez
Peralta	Salvador
Rojas	Pino
Lezcano	Gonçalves
Echagüe	Aguerre
Rodríguez	Cubilla
Recalde	Linazza
L. Doldán	Spencer
Cabral	Griecco
Osorio	Borges

Partido jugado el martes 19 de junio de 1960 en el Estadio Puerto Sajonia de Asunción del Paraguay. **Cambios:** Hohberg por Spencer (Peñarol). **Juez:** J. L. Praddaude (Argentina). **Público:** 20.000.

El torneo de campeones de América del Sur (Interclubes) fue subestimado en esta primera realización. No concitó multitudes, no apasionó a nadie. Acaso lo logre en el futuro, a la vista del gran negocio que podrán hacer ahora Peñarol (ganador) y el representante de Europa en esta confrontación que se impone: la de un doble cotejo para resolver un campeón "mundial" de campeones. Las comillas van puestas por respeto a los tres continentes que nada saben de este título mundial que resuelven disputar América y Europa.

Uno de los arrepentidos con aquella subestimación debe ser, tiene que ser, nuestro San Lorenzo de Almagro. Empató en Montevideo y en Buenos Aires con Peñarol. Correspondía una revancha en campo neutral. San Lorenzo se avino a jugar nuevamente en Montevideo. Allí perdió. Esta debe ser la hora en que sus dirigentes advierten que rifaron la oportunidad de cobrar 25.000 dólares por un partido en Madrid con el Real...., que ahora le corresponde a Peñarol. No hay aún fecha concreta para esta confrontación a partido y revancha.

Nota publicada el 29 de junio de 1960 en EL GRÁFICO, Año 42, N° 2127.

A DESPECHO DE UN MAYOR DOMINIO TERRITORIAL Y DE JUEGO, EL EQUIPO URUGUAYO VENCIÓ EN EL PRIMER MATCH SEMIFINAL DEL CAMPEONATO DE CAMPEONES.

UNA VERDADERA BATUCADA

Se nos habló en Uruguay de un Peñarol revitalizado por la influencia de algunos de sus nuevos jugadores. Se nos dijo que Sasía organizaba, que Joya ponía constante peligro, y se nos confirmó la "duración" de William Martínez como elemento de confianza en la tarea defensiva. Lo pusimos en duda. No nos equivocamos al hacerlo, a pesar de que Sasía, con su juego corto de toque al claro puso algún sentido de fútbol bien jugado.

Palmeiras, buen equipo a quien ya viéramos en oportunidad del partido que jugó frente a Independiente en Buenos Aires, estaba en condiciones de ofrecer un buen concepto del fútbol. Y lo hizo. Aunque no por completo. Fallaron en la definición. Se presentaron con su característico 4-2-4 –bien hecho– (la mayoría de los sistemas son útiles si están bien hechos).

Djalma Santos (2), Aldemar (3), Waldemar (6) y Geraldo I (4), como zagueros; Zequinha (5) y Chinezinho (10) como volantes, y Julinho (7), Humberto (8), Geraldo II (9) y Romeiro (11) adelante. Peñarol, también con el 4-2-4, pero propenso al desorden, con González (4), Martínez (2), Cano (3) y Aguerre (6) en las últimas líneas, Matosas (5) y Ledesma (8) como medios y Cubillas (7), Spencer (9), Sasía (10) y Joya (11) en el ataque.

Desde el primer momento Palmeiras jugó mejor. Pelota baja, búsqueda del hombre desmarcado, toque al claro, rotación de hombres. Peñarol en cambio con gruesas fallas en el armado de las jugadas, causadas por el fracaso de Matosas y Ledesma, desacertados en las cesiones. Sasía debió procurarse por sus propios medios la pelota desde atrás para iniciar. Naturalmente arriba quedaban pocos. Y poco aptos. Todo el peligro que puso Peñarol en el primer tiempo se redujo a una pelota larga de Sasía a Cubillas y un cabezazo de Joya, que pegó en el travesaño.

Palmeiras, en tanto, hizo circular la pelota. El balón permanecía en los pies de los brasileños. El gol debía producirse como consecuencia de ese mejor control. No hubo en Palmeiras rushes violentos, entradas impetuosas ni exhibiciones atléticas, sino un tranquilo andar de hombres y pelota. Primer tiempo: 0-0.

La segunda parte del encuentro sirvió para destacar aún más las fallas de los que a la postre serían vencedores. Permanente fracaso de Matosas y Ledesma en su trabajo de gestores. Anulación de los punteros por su obstinada inclinación a cerrarse sobre el medio de la cancha. Desaliento de Sasía ante la inutilidad de sus esfuerzos. Palmeiras, viendo el progresivo fracaso de su adversario, pasó decididamente al ataque. El continuo desmarque de Julinho y la aptitud de su volante Zequinha para llegar a las últimas líneas llevaron riesgo a Maidana. Un solo hombre no articulaba en la delantera brasileña: Chinezinho, en esta oportunidad individualista y chocador. Sobre los veintidós minutos Roberto Scarone, director técnico de Peñarol, mandó a Spencer como puntero derecho; a Cubillas a la izquierda y a Joya al medio. No dio resultado. Todo siguió igual. Un empate sin tantos habría conformado a los visitantes. Pero sobre el minuto final una situación afortunada para Peñarol quebró la paridad. Spencer, olvidado por custodios, se encontró frente a Waldir con una pelota que había rebotado en Cubillas, luego de un pase en profundidad. El ecuatoriano no tuvo dificultad en vencer la valla de Palmeiras. El público, hasta allí silencioso, estalló en estruendosa grita.

A Palmeiras le faltó fuerza arriba para concretar todo lo bueno que había mostrado en el medio juego. A Peñarol le hace falta más sentido colectivo y menos individualismo.

CECILIO DE LA VEGA

Nota publicada el 17 de junio de 1961 en EL GRAFICO, Año 43, Nº 2175.

PALMEIRAS 1	PEÑAROL 1
Gol: Nardo	Gol: Sadía
Waldir	Maidana
Djalma Santos	Martínez
Waldemar	Cano
Aldemar	González
Zequinha	Matosas
Geraldo Da Silva	Aguerre
Julinho Botelho	Cubilla
Romeiro	Ledesma
Geraldo Scotto	Spencer
Chinezinho	Sasía
Gildo	Joya

Partido jugado el 11 de junio de 1961 en el Estadio Pacaembú de San Pablo, Brasil. *Público:* 50.000. *Juez:* J. L. Praddaude (Argentina)

PEÑAROL 1	PALMEIRAS 0
Gol: Spencer	
Maidana	Waldir
Martínez	Djalma Santos
Cano	Waldemar
González	Aldemar
Matosas	Zequinha
Aguerre	Geraldo Da Silva
Cubilla	Julinho Botelho
Ledesma	Humberto
Spencer	Geraldo Scotto
Sasía	Chinezinho
Joya	Romeiro

Partido jugado el 4 de junio de 1961 en el Estadio Centenario de Montevideo, Uruguay. *Público:* 70.000. *Juez:* J. L. Praddaude (Argentina)



POR ARRIBA
Y POR ABAJO

Con exquisitas individualidades y empuje, Peñarol logró su segundo título a nivel continental.

En el partido desempate por la Copa Intercontinental de Campeones, Peñarol venció al campeón portugués por 2 a 1.



SASÍA Y SU BALLET...

Estabamos bien informados del nivel del fútbol portugués. Realmente informados. Conociamos sus posibilidades. Conociamos la riqueza técnica de sus jugadores. O en todo caso, la pobreza técnica de sus jugadores.

En su partido con Peñarol el campeón portugués y finalista de la Copa Intercontinental confirmó toda esa información. El Benfica es un mediocre equipo de fútbol.

Aclaramos que este juicio lapidario no está girado a este encuentro. No teniamos el hábito de subordinar los juicios sobre un conjunto o un jugador a partidos distintos. A hechos distintos. No estamos para admitir si se le dio la que saben. O no se le dio. La verdad o la mentira que tiene el fútbol que practican once hombres en función de equipo o individualmente no puede escamotearse fácilmente. Se puede, se debe, vislumbrar un buen conjunto a un buen jugador al margen del hecho-partido.

El arquero del Benfica, Costa Pereira, es mal arquero aunque no le marquen ningún gol. Es tan pobre de recursos goleado como invicto.

Coluna, su N° 10, demuestra que sabe más que sus restantes compañeros a pesar de no haberse destacado.

Así entendemos el alcance y la valentía de una opinión. No necesitamos otra exhibición –mala exhibición– del Benfica.

Gane o pierda es el Benfica que vimos. Inferior a muchos de los equipos modestos que vemos actuar en nuestro medio en primera división. Máxime en una cancha grande como el Centenario. Allí, los que saben, saben. Los que no saben...destapados.

Peñarol goleó. Peñarol definió el partido a los veinticinco minutos de juego. Sin deslumbrar. Pero siendo enormemente superior a sus rivales. Superior como conjunto y habilidad de sus jugadores.

Peñarol en sociedad con los defensores del Benfica. En particular con el arquero. Pepe Sasía nunca habrá encontrado en su trayectoria de jugador hombres tan ingenuos y torpes para enfrentar. Pepe Sasía, contra los defensores portugueses, parecía un hombre veloz. Un hombre transformado. Ganaba terreno y sacaba gente de adelante con solo hamacarse, frenar y enganchar. La facilidad con que desplazaba a las marcas le hacian disimular justamente su atributo más deficitario: la lentitud.

Superó a los hombres del Benfica haciendo los más indicado: echarse al medio juego y sacar la marca de adentro. Esperar en el claro y entrar amagando. Pese a no tener con quien jugar. En un ataque donde no hay nadie que pueda acompañarlo en la pared o en el toque corto. Con Spencer, que sólo está para el sprint y la entrada. Con Joya...el de River...como N° 11...Tampoco el N° 7, Cubillas, está para el armado.

Quiere decir que todo el trabajo ofensivo estuvo radicado en la gran habilidad del N° 9. No hablemos de embestidas. No nos referimos a entradas veloces. Trabajo ofensivo es atacar dominando la pelota. No arriesgarla. No podemos capitalizar como valores ofensivos, aun admitiendo los éxitos de Spencer y de Joya en el score, el concepto de fútbol que estos exhiben.

Los goles obtenidos, los cinco goles, no están respaldados por una riqueza técnica. No se llegó al gol por claro trabajado. Ninguno de los delanteros, a excepción de Sasía, puede jugar la pelota al pie o al cuerpo y acompañar. No creemos en ese ataque. Creemos más en los errores, en las pocas aptitudes de los marcadores portugueses. En la humorística interpretación que del fútbol que brindaron los marcadores portugueses. Si, señores humorística. A los veinticinco minutos del primer tiempo ya flotaba una sola sensación: decepción.

Los jugadores portugueses, en particular los defensores, transmitian comicidad. Comicidad que alcanzó hasta para obscurecer la importancia del triunfo. Se le ganaba a gente inepta. A gente que le da muy mal al balón. Que sale a buscar a zonas inconvenientes. Que deja amplias avenidas a sus espaldas. Para que las transite cualquiera. Para que las transite cómoda y lujosamente Joya. O Spencer...

Un arquero con mucha biblioteca. Que estudió para arquero: Costa Pereira. Una edición de bolsillo de Carrizo. O de Errea. Con garrafales fe de erratas. Que presencia el partido con mucho empaque desde la punta del área. Con guantes. Y que cuando entra el shoteador, retrocede. Se esconde en la línea de gol. Agranda el ángulo para el disparo. Gran colaborador del desastre de su equipo. No tuvo clave el triunfo de Peñarol. El campeón uruguayo jugó la conocida. Lo que vemos comúnmente. Pero exhibió una gran virtud: atacar. Atacar con los cinco delanteros, mientras le aguantó el aire a Ledesma para subir y bajar. Pero sin destacar hombres típicamente ofensivos. Peñarol no dispuso pescadores. La pelota para llegar arriba no tenia que recorrer grandes circuitos.

El centro de operaciones estaba en el centro del campo. En la gran capacidad ofensiva de Goncalvez. En el importante trabajo de Ledesma. Trabando. Mordiendo. Obstruyendo. Allí taparon a Coluna. Allí aislaron al

El sueño se hace realidad

Los once que lograron la Primera Copa Intercontinental para los carboneros, en una noche histórica en el Centenario de Montevideo. Peñarol 2-Benfica 1.



único jugador del Benfica. No gran jugador. Pero al menos hábil. Capas de arrancar. De colocar bien una pelota con destino.

Todo el medio juego quedó en poder de Peñarol. En poder de Goncalves y Ledesma. Benfica regala el medio de juego. Esperan en una línea de cinco hombres adentro. Entonces Ledesma tenía siempre terreno franco a recorrer. Llegaba fácil al primer contacto. Sasía tirado abajo siempre era cómodo receptor. Y allí empezaba la fácil para Peñarol. Y la difícil para Benfica. Salirle a un hombre hábil que viene armado. Que les destroza toda la armazón defensiva jugándole la que no les gusta. Debemos reprocharle a Sasía, su insistencia en el dribbling, su tendencia a ir a buscar gente, frenar. Hacer pasar las marcas de largo y arrancar otra vez. Pero lo que ocurre es que el N° 9 local encontró la fácil. Imposibilitado de jugar al toque, de buscar la pared, por ausencia de "iniciados", iba a lo que normalmente no sirve. Sí, iba al dribbling. Pero es que con los portugueses ese recurso servía. En cada entrada Sasía dejaba 2 o 3 hombres en el camino. La única opción eficaz que le quedaba para utilizar a sus compañeros era la cortada en profundidad. Sacar gente de adentro y meter la pelota al vacío para Joya o Spencer. Saraiva, el N° 3, back centro, pica en todas. No hay nada más que mostrarle la pelota.

Todo ese trabajo ofensivo de Gonçalvez estuvo apoyado en el trabajo del mejor jugador de la cancha, Cano. Un volante que sabe jugar de volante. Que sale con el N°3 y que juega la del N°6 de los equipos argentinos. Pero Cano no es cómodo. No sale de gira. No realiza fletes de larga distancia. Tampoco especula. Dotado de mucho reflejo en el anticipo. Con gran sentido de la espera. Tapa. Intercepta. Se hace de la pelota y toca de primera al hombre más cercano. Defendió mucho en el cierre, a favor de su pierna derecha, todas las "ancianidades" de William Martínez. Todas las salidas, las numerosas y cándidas salidas del cándido N°2 de Peñarol. Que sale a todas. A cualquier parte. Con la gallarda figura del "back histórico". Que le pega el derechazo para arriba y luego vuelve a ocupar su puesto al tranquito en medio de los vítores de la tribuna. Es el mismo caso de Bellini, en Brasil. Back aplineo: back ídolo. Esto es ya una axioma.

Graves problemas del N°3 local, Aguerre con su pierna izquierda. No tiene nada de zurda. Y tiene le grave defecto de todos los marcadores de punta, que no tienen zurda. Va mucho adentro. Se engolosina con su pierna favorita. Sale a interceptar a zonas ocupadas. Ocupadas por propios compañeros. Va al 2 a uno en contra. Y naturalmente abandona a su hombre. Además enfrenta muy mal. Desconfía de su pierna izquierda. Sale a tomar la marca muy mal parado. Por eso le cuesta trabajo el giro para volver a enfrentar. Otra observación: si el N°3, Cano, no se va arriba, no se justifica que de tanta ventaja a la marca. Es prudente no anticiparse siempre exponiéndose a pagar. Pero cuando siempre se permite al atacante armarse, también es exponerse a pagar. Tanto el N°9 o le 8 portugueses, cuando fueron a posición 7, dispusieron con comodidad de la recepción. Tiene problemas en esa zona Peñarol. No siempre jugará contra Benfica. Los mismos problemas que tiene en la posición de marcador de punta derecha. Edgardo Gonzáles es obediente marcador. Va fuerte al hombre. Pero sabe poco. Está más para destruir que para crear. No tiene panorama para el ataque. Es limitado. Cuando sale con la pelota tiene un solo epílogo: comba a la olla.

Algunas reflexiones. ¿Cómo podemos conciliar al Benfica que vimos con el Benfica finalista de la copa Intercontinental? ¿Tiene este Peñarol el "derecho" a ser poseedor de la copa?

No podemos poner freno a las especulaciones del razonamiento.

Malo es el fútbol de Europa. Menos malo el fútbol de este continente. Por lo menos más rico en hombres. El Benfica no necesitó un conjunto para ser derrotado. Sólo trabajo de cuatro hombres importantes. Tres que saben: Sasía, Gonçalvez y Cano. Un "honrado trabajador": Ledesma.

OSVALDO ARDIZZONE

Nota publicada el 20 de septiembre de 1961 en EL GRÁFICO, Año 42, N° 2190.

Llovieron goles goles en Portugal

Benfica, el campeón portugués, se encontró con un inspirado Peñarol que le hizo cinco goles y quedó a un paso de ganar la Copa Intercontinental.

PEÑAROL 2	BENFICA 1
Maidana	Costa Pereira
William Martínez	Humberto
Cano	Cavem
Edgardo González	Angelo
N. Goncalves	Neto
Aguerre	Cruz
Cubilla	José Augusto
Ledesma	Eusebio
Sasía	Aguas
Spencer	Coluna
Joya	Simone
DT: Roberto Scarone	*DT:* Bela Guttman

Partido jugado el 19 de septiembre de 1961 en el Estadio Centenario de Montevideo, Uruguay. Público: 60.241. Juez: José Praddaude (Argentina). *Goles:* Sasía a los 5' y a los 42' (Peñarol) Eusebio a los 35' (Benfica).

CHILE FUE LA TIERRA PARA UN NUEVO LOGRO. ESTA VEZ LO SUFRIO RIVER.

LA HAZAÑA DE SANTIAGO

River pierde la Copa por exclusiva responsabilidad de River. Esa es la única conclusión que arroja esta derrota frente a Peñarol. Es inútil que recurramos al "más allá" para buscar un subterfugio. El trámite y el resultado de un partido como éste, que no se cambia porque sí, aún capitalizando la cuota de fortuna que puede acompañar a uno o a otro equipo. La victoria de Peñarol puede ser INSOLITA, SORPRESIVA, INVEROSÍMIL, ABSURDA, INEXPLICABLE, pero al cabo son palabras convencionales, huecas. Tienen el mismo alcance que las que se pronuncian en los velatorios para explicar la muerte. Aquello del "parece mentira" sólo puede nacer del desconsuelo. Se muere por enfermedad, por la falla de un órgano. Se muere por todo, eso que el médico expresa su certificación de defunción...

Este partido, que será histórico, que será tema de discusión por mucho tiempo, no lo ganó Peñarol. Lo perdió River. Lo regaló River. Ni la fatalidad, ni el azar, ni lo inesperado. Nada. Este partido se pierde en la cancha y en el banco de River. Lo cambian los jugadores y Renato Cesarini. O quizá, en orden de responsabilidades: Renato Cesarini y los jugadores. Porque si en la mayoria de los casos en que se explica una victoria el técnico asume el papel principal, entonces, en este caso, le cabe, al técnico la misma cuota de culpabilidad en la derrota. Y damos fe que el mismo Cesarini al finalizar el partido, con plausible honestidad, admitió los cargos. De la misma manera que tendrán que aceptarlos Amado Carrizo y algunos otros hombres del equipo.

"ESTE PARTIDO SOLO LO PERDEMOS NOSOTROS", fue el "mea culpa" que escuchamos en todos los rincones de un vestuario de cabezas inclinadas y ojos desencajados. Y esa es la frase que mejor explica esta catástrofe inexplicable...

UN PARTIDO DEFINIDO

Un gran primer tempo de River. Posiblemente una de las mejores actuaciones que haya cumplido en los últimos tiempos. Incluso superior en calidad de juego a la que cumplió en la noche del Monumental. Con un fútbol fluido con circulación de pelota. Prevaleciendo en todos los sectores. Con seguridad en el fondo. Con un medio juego fuerte y creador. Con un ataque de gran claridad y sentido ofensivo. A tal punto que River se constituyó en el único equipo del campo. Nunca, en mucho tiempo, habíamos presenciado una superioridad tan abrumadora. Nunca habíamos visto a un equipo tan entregado como el oriental. Tan desarmado. Sin recursos para poder encontrar el partido que River manejaba con una serenidad y una comodidad que ya hacía presagiar la goleada. River ponía en el campo la mejor receta para jugarle a Peñarol. Conservar la pelota en su poder, asegurada contra el piso y hacerla rodar con desmarque, evitando el pelotazo largo y el centro. Sacarla del fondo jugando y llegar siempre jugando. Desde la importancia de Matosas hasta la claridad de Ermindo Onega, River era equipo, el único equipo del partido. Peñarol seguía con su esquema habitual. Lescano como "libero" detrás de la "línea de 4". Más adelante, Rocha y Cortés. Y lejos los "dos pescadores", esperando que llegara la pelota larga. River manteniendo siempre cinco hombres en el ataque más la llegada de Sarnari. Y después de los 10 minutos ya no era partido. Era robo. Diferencia incuestionable. La diferencia que siempre existirá entre los dos.

River consiguió sólo dos goles y pudieron ser cinco o seis. Peñarol llegó apenas tres o cuatro veces, con esa sensación de "lotería" que acompaña a todas sus gestiones aéreas. De todas maneras metió dos pelotas en los palos. Un cabezazo de Joya y otro de Abbaddie que, sin embargo, ni siquiera alcanzaban para establecer paralelo.

Hasta esos 43 minutos, hasta el momento en que Renato Cesarini ordenó la salida de Sainz y la entrada de Lallana, el trámite había sido una exhibición de River Plate. Cuando se fueron al vestuario, al cabo de los primeros 45 minutos, el resultado parecía definido. Ni el oriental más optimista podía esperar



Los once gladiadores del triunfo en Santiago

Con los goles de Spencer, Matosas en contra y Rocha, los carboneros se trajeron la Copa tras una remontada histórica.



Con rasgos de gloria

Mazurkiewicz disputa la pelota en tierras chilenas. Gracias a su garra, los carboneros dieron vuelta un resultado adverso y se quedaron con la Copa.

una transformación. Peñarol podrá ser muy agresivo con su pelotazo largo, su centro aéreo y sus dos "pescadores" morenos. Pero esta vez no se veía ni siquiera esa posibilidad. River le había puesto al partido todos los elementos adecuados para gobernarlo. Se quedó con la pelota, con el control del terreno y con el manejo del ritmo. Peñarol no disponía de nada. Porque para poder arrojar centro largos se necesita la pelota y la zona de lanzamiento. Y Peñarol estaba metido allá adentro, con ese extraño cerrojo que no es ni bloque ni marca arriba. Solari, Sarnari y Ermindo Onega controlaban el medio campo. La línea de fondo calibraba la marca y el achique. River era el "acordeón" ideal. El que suena bien cuando se dilata hacia delante.

Si al finalizar esos primeros 45 minutos, alguien hubiese insinuado la posibilidad de un cambio en el juego, de una derrota de River, podía ser considerado un humorista o un atrevido... En ese momento River ya podía brindar con la Copa...

LOS SEGUNDOS PRIMEROS 25 MINUTOS

Todo siguió igual. Aunque se advertía alguna debilidad en la media cancha por la ausencia de Solari, y menos claridad en el ataque con la ausencia de Ermindo, obligado a defender como N° 8, el partido seguía siendo de River. Peñarol no podía encontrar siquiera el clima adecuado para ensayar la reacción. Le faltaba temperatura. Le faltaba el condimento emotivo que River había conseguido sustraerle con su gran superioridad. Los orientales seguían con el mismo esquema conservador. Con el "líbero" a muerte. Con sus cuatro hombres de segunda línea. Sus dos "volantes". Sus dos "pescadores" tirados allá adelante. Sólo que ya River atacaba menos. Defendía menos la pelota. Paulatinamente le costaba más atesorarla, conservarla en su poder. Cuando el balón salía del fondo regresaba de inmediato. Se volvía otra vez peligrosamente al centro, a la pelota larga. Se comenzaba a jugar como Peñarol. A concederle al equipo uruguayo la herramienta para luchar de igual a igual. Ni se atacaba como en la primera etapa, ni se escondía la pelota. Se comenzó a especular sin saber especular. Allá adelante Lallana no era el hombre adecuado para "dormir" la pelota. Ermindo, como N° 8, no tenía ninguna relación con el trabajo de Solari. Solari en la raya no era ni volante ni delantero.

22 MINUTOS: EMPIEZA LO INEXPLICABLE

Daniel corta una pelota con la mano a 25 metros de Amadeo. Tira Goncalves por arriba. Cuando aterriza la pelota, Spencer, sin marca, la clava contra un palo con un voleo de zurda. Gran gol. Y empieza el drama. Lo que se venía insinuando se transforma en crisis. Peñarol, a un gol de diferencia, sale a jugarse. River le había concedido el estímulo, el incentivo para luchar. Y todo Peñarol al ataque. Y todo River en el fondo. Abbaddie dejó la raya y se fue como N° 10. Goncalves en la media cancha. Rocha más adelante. Se empieza a advertir la diferencia de peso físico. La diferencia espiritual. Un equipo que se achica y otro que se agranda. Cada pelota colocada para los "pescadores" lleva mensaje de gol. Matosas desaparece. Vieitez se quiere quedar con la casaca de Spencer en cada amarre. Ermindo corre a todos y no encuentra a ninguno. El ecuatoriano Spencer es la atracción del partido.

Una pelota que queda "bailando" cerca de "las 18". La entrada de Abbaddie desde atrás "pescando" el rebote. Derechazo que se va afuera. El hombro de Matosas en el camino. Y pelota que se clava en el ángulo opuesto al que va Carrizo. Se acabó. El partidos se fue. Se fue la Copa. Se fue el primer tiempo. Se fue la gran superioridad de River. Sólo queda esta realidad de un empate. Sólo queda el gran festejo de Peñarol.

River ya lloraba una catástrofe.

EL ALARGUE

River al ataque. Peñarol en el negocio que prefiere. Otra vez al esquema del "libero". Con toda la gente metida adentro. Con todo River buscando, tratando re recapturar lo que había perdido. Peñarol saca a cualquier parte. Pero cada "cualquier parte" va a poder de Spencer y de Joya. Y hay gol de Spencer a los 13'. Y otro gol de Rocha a los 18'. Y hay dos fouls de Amadeo contra Spencer, jugándose en el mano a mano a casi tres cuartos de cancha.

Ya el silbato del juez no hacía falta. Hacía rato que todo estaba consumado. Todos nos seguíamos mirando extrañados, sin poder ensayar una reacción. River había perdido el partido imposible. Había "regalado" una Copa después de haberla apretado entre sus manos setenta minutos de los noventa reglamentarios.

OSVALDO ARDIZZONE

FOTOS: RICARDO ALFIERI, ERNESTO CARREÑO Y EDUARDO FORTE.

Nota publicada el 24 de mayo de 1966 en EL GRAFICO, Año 47, N°2433.

PEÑAROL

PEÑAROL 4	RIVER PLATE 2
Goles: Spencer (2), Matosas (e/c) y Rocha	Goles: Daniel Onega y Solari
Mazurkiewicz	Carrizo
Lezcano	Matosas
Díaz	Vieytes
Forlán	Sainz
Goncalves	Sarnari
Caetano	Grispo
Abbadie	Cubilla
Cortés	J. Solari
Spencer	D. Onega
Rocha	E. Onega
Joya	Mas

Partido jugado el 20 de mayo de 1966 en el Estadio Nacional de Santiago, Chile. **Cambios:** T. González por Díaz (Peñarol), Lallana por Sainz (River). **Juez:** C. Vicuña (Chile). **Público:** 90.000.

Peñarol concretó la gran revancha para América.

OTRA VEZ EN LO MÁS ALTO



E**"Esto fue tan fácil que ni siquiera emociona"**. Néstor Gonçalves, que unos minutos antes había mostrado la copa en una vuelta olímpica impregnada de alegría, volvía al tono común de un vestuario insólitamente manso. Bajo las duchas, cuando ya los cincuenta hinchas de Peñarol tenían las gargantas cansadas, el capitán del nuevo campeón del mundo largaba la reflexión compartida por casi todos sus compañeros. El "Pardo" Abbadie, con la carga madura de sus 36 años, reforzaba el concepto acordándose de River: "Te juro <<Tito>> -le decía a Gonçalves-, que lo de Chile me llegó mas..."

Nuestro compañero Osvaldo Ardizzone predijo después de Montevideo que el nivel del Real debería ser elevado a un 70 por ciento para que el campeón europeo pudiera pretender un tercer partido. En realidad, el Real no mejoró ni un mínimo porcentaje aquella equivocada actuación en el Centenario, donde llegó a cometer errores tácticos que hasta merecieron la calificación de "insólitos". El miércoles en el estadio Santiago Bernabeu, esos errores tomaron la dimensión de "desastre". Otra vez el Real dejó sin marca a Gonçalves. Lo dejó con lo que Gonçalves necesita para agigantar su fútbol de "congelamiento" en un partido donde el reloj sentenciaba inapelablemente la suerte del Real. Lo dejó para que Peñarol haga lo que le convenía, demorar, entretener.

Y agregó a este irreparable error otro de la misma gravedad: se preocupó tanto por Spencer y Joya, que Rocha pudo realizar, totalmente suelto, una de las mejores producciones en continuidad, ritmo y gravitación de toda su carrera futbolística. Para Jorge Da Silveira, comentarista de radio Sarandí, "la mejor actuación de Rocha en toda su vida".

EL PRIMER TIEMPO

Peñarol necesitó 10 minutos para mandar en el campo. Fueron los iniciales. Después, cuando Spencer y Joya comenzaron a circular adelante recibiendo el traslado prolijo y parsimonioso de Gonçalves , Rocha y Abbadie, la defensa del Real (que todavía no sabemos a que jugó) fue a buscar camisetas y se quedó con los amagues, los piques y el desborde de los dos negros y de Cortés, que sin pesar en la dimensión de Joya y Spencer, fue un acompañante importante.

En nuestra libreta de apuntes, hay seis jugadas y tres goles (uno anulado) en el primer tiempo. A los 10' un tiro de zurda de Spencer que atajó Betancourt; a los 15' otra jugada del ecuatoriano que arrancó de la mitad de la cancha y se llevó tres defensores a la rastra provocando un desesperado córner de De Felipe; a los 18' un pique de Joya que dejó en el camino a Calpe y De Felipe y terminó con un remate demasiado débil... Y después los goles.

Los diarios de Madrid insisten que el gol de Spencer estuvo mal anulado. El mismo jugador nos confesó que él no paró la pelota con la mano para acomodar el tiro. La jugada de Joya y Rocha, que terminó con el remate de éste y el rebote en las manos de Betancourt, no permite ser categóricos. Spencer entro entre dos hombres del Real cuando vio la pelota picando. Hay un detalle óptico que tal vez compense estos juicios de los diarios locales y de Spencer: las protestas de los jugadores de Peñarol fueron poco convincentes. Y el partido iba cero a cero... Después vino el penal. La jugada que inició en Cortés con un toque suave ligeramente elevado. Rocha la esperó de espaldas a su marca -Zocco—, y con un medio giro se la levantó por arriba de a cabeza. Salió luego de atrás del defensor y siguió avanzando con la pelota levantada; cuando ya estaba en el área y en posición de remate, Calpe lo empujó con sus dos manos sobre la espalda haciéndole perder la estabilidad. El referee italiano sancionó de inmediato y el mismo Rocha ejecutó el penal sobre la derecha de Betancourt con un tiro aparentemente débil que nos pareció al alcance del arquero. Después (38') llegó el golazo de Spencer, el que marcaba la justicia de un triunfo que Peñarol iba consiguiendo con mejor disposición táctica que en Montevideo y con mayor solides de equipo.

Cortés se la cortó al ecuatoriano y este arrancó fuerte, dejando parado a Sanchiz; tocó corto para Joya que estaba cerca a su lado. Joya detuvo la pelota los segundos que necesitó Spencer para quedar libre sobre el perfil de zurda y la empujó para la pierna izquierda del moreno, que sólo la cruzó a menos de un metro de la línea de gol. Calpe y Zocco quedaban en el suelo. Betancourt ensayaba una estirada convencional. Peñarol ganaba dos a cero. Peñarol ya era el nuevo campeón.

SOLO CONTRAATAQUE

En el segundo tiempo el campeón de América hizo sólo un solo cambio posicional. Abbadie, que lo había insinuado en el primer cuarto de hora del primer tiempo, se puso al lado de Varela para reforzar la marca del sector donde Serena (superado siempre por Caetano) y Amancio intentarían ahora el último esfuerzo por llegar hasta el área uruguaya. Igualmente, la posición de Abbadie servía para tener sobre ese sector las salidas que Peñarol necesitaría para el pelotazo a Joya.

Pero el Real siguió con el ollazo de Gento. Y el ollazo de Gento moría siempre en un embudo donde ganaba siempre los uruguayos. Los violentos despejes del paraguayo Lezcano o los cabezazos de Varela y Tabaré González terminaban repetidamente con los intentos que procuraban Grosso, Pirri o Velázquez. Sólo un cabezazo de Serena a los 5' y otro de Zocco a los 17' (Mazurkiewicz estaba vencido) fueron los momentos más propicios de gol para el Real.

Aunque Miguel Muñoz diga que el penal fue injusto y que eso tiró abajo los planes de su equipo habría que preguntarle ¿Cómo es posible que sus hombres o sus plan hayan caído en el mismo error de Montevideo ? : no obstruir un medio campo que fue fundamental.

Fue tan fundamental que sólo con dos atacantes rápidos, fuertes y expertos, Peñarol consiguió creando mucho mas peligro que



El festejo en el Bernabeu

La alegría de la obtención de la segunda Copa Intercontinental llegó con un premio extra ya que se concretó la venganza por aquella derrota en 1960 ante los merengues.



El título se gestó en Montevideo

El equipo que venció en el primer encuentro a los españoles por 2 a 0. La victoria fue fundamental para jugar el partido de vuelta con mayor tranquilidad.

los españoles con siete hombres en la ofensiva permanente. Spencer, en la segunda parte, pudo haber hecho dos goles con la misma jugada : recibir el pelotazo puesto a sus pies, amagar e irse solo para el remate. Betancourt, a los 37', salvó otro gol saliendo 20 metros de su arco y obligando al ecuatoriano al remate exigido.

Angelo Rovelli, director de "Sport Illustrato de Milán" (uno de los 40 críticos europeos que vinieron a ver el partido), nos declaró : "El fútbol es técnica individual. Peñarol tuvo mejores elementos técnicos, no tácticos, que los españoles. Por eso ganó. Aunque la verdad es que el Real me desilusionó en todo sentido. El resultado fue justo, la verdad la tendrán siempre los jugadores, aunque los técnicos hablen..." Y Abbadie que lo escuchaba, murmuró por lo bajo : "El fútbol europeo es una mentira..." Nosotros pensamos que tal vez el Real sea una mentira.

¿Y Peñarol? Nos acordamos de la definición de un psicoanalista uruguayo de tendencia "freudiana" que hace unos meses dijo: "Peñarol es un grupo humano de características neuróticas. Por eso es capaz de ganar o perder con cualquiera en la mejor o peor actuación".

Modestamente pensamos que Peñarol es un equipo de gran madures internacional, dotado de una fuerza espiritual que le permite no emocionarse la noche de su consagración como campeón uruguayo, tres veces campeón de América y dos veces campeón mundial.

LOS DUEÑOS DE MADRID

ROCHA: Esta vez tuvo continuidad. Esta vez fue jugador de 90 minutos. Sintió y transpiró el partido. Fue importante en el traslado y fue importante cuando llegó. Le hicieron el penal y estuvo en la jugada del gol de Spencer. Lo vimos ayudar en el fondo sacando centros de Gento y lo vimos en la media cancha con el almanaque en la mano congelando el partido. Lo vimos también ¡Corriendo gente! Fue la mejor actuación como internacional y el hombre de mayor gravitación en la zona más importante de Peñarol.

SPENCER: Goles a River, goles al Real. Goles en Montevideo, en Chile, en Madrid. Goles siempre. Fue el gran temor de los españoles. El hombre al que iban a "matar" antes de salir a la cacha.

Y Spencer los "mató" a ellos. Rápido en el pique, bien en el panorama de su trabajo. Le cambiaron tres marcas (Zocco, De Felipe y Velázquez). Y Spencer se aburrió de "comerse" a los tres. Cambió los frentes de ataque, y allí también fue importante arrastrando gente para el cambio de Joya.

ABBADIE: El cerebro del equipo. Primero fue a colaborar con Tabaré para la marca de Gento. Después se corrió al otro lateral a tapar el tándem Serena Amancio. Y en las dos situaciones estuvo siempre para la salida prolija, para el ordenamiento, para ponerle tranquilidad a su equipo. ¡Qué lastima que el "Pardo" no tiene 15 años menos!...

GONÇALVES: Otra vez lo dejaron libre. Y con la regla de cálculos, "Tito" hizo de su calesita (aplicada internacionalmente) un elemento más de su propósito de enfriar el partido. Fue el hombre que mejor puso el pelotazo y desde el miércoles tiene un nuevo seudónimo "esclavista". Si, es un hábil explotador de negros (Joya y Spencer).

MAZURKIEWICZ: Hizo cuatro atajadas de gran riesgo. Pero fueron cuatro intervenciones dotadas de un gran sentido de ubicuidad. No lo destacamos porque haya gravitado en el resultado. Lo destacamos porque ha demostrado que a pesar de su juventud le da lo mismo jugar en Madrid o en el Centenario. Le da lo mismo jugar un amistoso contra un equipo de la "B" que una final por el campeonato del mundo.

ERNESTO CHERQUIS BIALO

Nota publicada el 1° de noviembre de 1966 en EL GRÁFICO, Año 48, N° 2456.

PEÑAROL 2	REAL MADRID 0
Goles: Spencer a los 40' y a los 84'	
Mazurkiewicz	Betancourt
Lezcano	Pachín
Varela	Sanchís
Forlán	González Ruiz
Néstor Goncalves	De Felipe
Tabaré González	Zoco
Abbadie	Velázquez
Cortés	Rodríguez Serena
Spencer	Amancio
Rocha	Pirri
Joya	Bueno
DT: Roque Máspoli	*DT:* Miguel Muñoz

Partido jugado el 12 de octubre de 1966 en el Estadio Centenario de Montevideo, Uruguay. Público: 58.324. Juez: Claudio Vicuña (Chile).
Expulsados: Pachín a los 67' (Real Madrid).

REAL MADRID 0	PEÑAROL 2
	Goles: Rocha de penal a los 30' y Spencer a los 37'.
Betancourt	Mazurkiewicz
Pachín	Lezcano
Sanchís	González
González Ruiz	Forlán
De Felipe	Néstor Goncalves
Zoco	Caetano
Velázquez	Abbadie
Rodríguez Serena	Pedro Rocha
Amancio	Spencer
Pirri	Cortés
Bueno	Joya
DT: Miguel Muñoz	*DT:* Roque Máspoli

Partido jugado el 26 de octubre de 1966 en el Estadio Santiago Bernabeu de Madrid, España. Público: 80.000. Juez: Concetto Lo Bello (Italia).

JUGANDO UN BUEN PARTIDO FINAL CONTRA EL COBRELOA EN SANTIAGO DE CHILE VOLVIÓ A GANAR LA COPA LIBERTADORES DESPUÉS DE DIECISÉIS AÑOS.

HERÓICO PEÑAROL, AMÉRICA TE SALUDA

Un denso silencio se aplasta sobre el cemento de las tribunas del Estadio Nacional. En el campo, un grupo de hombres ensaya un rito festivo que se convierte en algo casi grotesco. Aquellos, queriendo explicar lo inexplicable. Estos queriendo demostrar lo indemostrable. Todos, obedeciendo al mismo fenómeno: PEÑAROL CAMPEON DE AMERICA.

La gente había transitado por tres etapas respetables. Colmó las instalaciones con su fervor, sus banderas, sus gritos. Hizo himno colorido a la esperanza. Después enmudeció dolorida frente a la derrota irreparable. Y por fin entregó su aplauso hidalgo hacia los vencedores.

Una vez más fuera de sus fronteras, una vez más en Santiago de Chile, Peñarol había fecundado su leyenda, había respondido a su tradición heroica, milagrosa.

Las etapas emotivas que recorrió el público no parecieron rozar a los jugadores uruguayos. No se pudo en ningún momento visualizar en ellos algún síntoma de duda o temor ante esa formidable arma psicológica que significan setenta mil personas volcando su aliento por el adversario. Si era acertado antes del partido calificar a los finalistas como los dos equipos de mayor personalidad de América, hoy es justicia adjudicarle a Penarlo el mérito de ser el superior. Esa PERSONALIDAD, mezcla de jerarquía y temperamento que en tantos pasajes de la historia fue más valiosa que el fútbol propiamente dicho. Y sin nombrarlos nombro a Obdulio Varela, a William Martínez a Tito Goncalves, al Pardo Abbaddie, a Sacia a Mazurkiewicz... Ahora la lista reclama un lugar para Gustavo Fernández, para Olivera, para Saralegui, para Fernando Morena.

La epopeya de Santiago comenzó así: primera jugada, con la salida de Penarlo y Venancio Ramos que mete la diagonal, amaga y saca un derechazo apenas desviado, mientras Morena con su olfato y su botín izquierdo esperaba –y reclamaba- en el punto del penal. Fue como decir: Penarlo no se regala, viene a ganar.

Sin embargo, el trámite empezó a teñirse de color naranja. La zurda de Rubén Gómez que gradúa el ritmo. El oficio de Alarcón para copar el mediocampo. La subida de Escobar para fabricar con Olivera el dos-uno sobre Diogo. La subida de Merello por el otro lateral para crear otro dos-uno con Rubio sobre Morales. Y el espacio que se fabrica para escalar con limpieza. Excelente producción de Cobreloa en el primer tiempo. Fútbol limpio, detraslado prolijo. Nada de hacer prevalecer la condición de local para una pierna fuerte y una "apurada" espiritual. No, fútbol, puro fútbol. Soto que desde el fondo sale para sumarse, para mostrarse, para desequilibrar. Penarlo, también con armas limpias, tratando de cerrar esos espacios que Cobreloa fabrica. Ese duelo hace un espectáculo de factura futbolística más que interesante. Falta el gol porque Cobreloa no tiene "punch" y porque en el arco está Gustavo Fernández. Esa síntesis quedó mostrada en el minuto 20, cuando sube Rubén Gómez en perfecta pared con Siviero y Gustavo Fernández consigue tapar sobre el remate del volante chileno. No hay exceso en las intenciones. Y cuando alguno asoma, la presencia de Jorge Romero los reprime. La actuación del árbi-



La fiesta se extendió hasta Montevideo

Los hinchas carboneros desbordaron la ciudad con su festejo. Finalmente, la alegría incontenible encontró su desahogo después de 16 años de espera.



La vuelta a América versión Peñarol '82

El legendario Fernando Morena y el brasileño Walkir Silva encabezan el festejo en tierras chilenas. Fue el segundo festejo de Peñarol en el país trasandino.

tro argentino estuvo a la altura del acontecimiento. No abusó del silbato ni de las tarjetas. Manejó esa caldera con pericia. Supo apelar a la ley de ventaja y técnicamente no tuvo errores. Antes de la media hora, Vargas se va con el dolor de haber querido y no haber podido. Ingresa "Coquito" Rodríguez. El gol para Penarlo es una quimera. Ni siquiera la posibilidad del contragolpe. No anda Morena, muy tirado atrás y sin encontrar la distancia. Así se van al descanso. Flotando en el ambiente una mejor imagen de Cobreloa.

Apenas iniciado el segundo tiempo no es difícil advertir dos factores que poco a poco confluirán para jugar a favor de los uruguayos. Cobreloa ya no muestra la precisión de antes. Penarlo se ve más entero físicamente.

A los siete minutos Morena se pierde el gol al darle recto de derecho a una pelota que llegó dominando hasta el borde del área. Cantatore intenta oxigenar a su equipo y darle más profundidad. Cerca del cuarto de hora provoca dos cambios. Letelier y Sergio Martínez reemplazan a Tabilo y Washington Olivera. Pero no hay caso, Cobreloa no consigue recomponer la imagen del primer tiempo. Hay un cabezazo de Walter Olivera que se va por arriba muy cerca de los palos. Los minutos se consumen y ya parece que todos los protagonistas (hasta el público) están pensando en Buenos Aires. En el inevitable tercer partido que decretaría un nuevo 0-0. A los 35 minutos del segundo tiempo, Wirth salta para atrapar un inocente envío aéreo y pierde el balón que queda –manso– para el remate de Rodríguez. Increíblemente tira afuera.

En los últimos cinco minutos el destino juega dos cartas. Una para Cobreloa en su mejor maniobra de este período y en su mejor oportunidad. Falla Siviero, gana –una vez más– Gustavo Fernández. Casi de inmediato Saralegui alarga para Venancio Ramos. Un colega chileno acota: "Ahora es capaz que hacen el gol ellos..." Se va Ramos. Morena, con su olfato y su botín izquierdo, busca por el medio lejos de los zagueros centrales. Viene el centro combinado de Ramos, Morena la para de zurda, se le va un poco, sale Wirth. La zurda en el aire es un latigazo que desvía la pelota hacia el otro palo. No llega Eduardo Gómez. Gol.

Peñarol, campeón de América. La vuelta olímpica de rigor. Un lejano rumor de tamboriles parece llegar desde la 18 de Julio Hay quienes lloran de alegría. Hay quienes quieren que el tiempo se detenga en el instante supremo de esta epopeya. Penarlo tranquiliza a todos. La hazaña es su hábito.

HECTOR ONESIME
NOTAS: EDUARDO RAFAEL
FOTOS: RICARDO ALFIERI (hijo) Y RICARDO LOPEZ
Nota publicada el 7 de diciembre de 1982 en EL GRAFICO, Año 64, Nº 3290.

PEÑAROL 0	COBRELOA 0
G. Fernández	Wirth
Olivera	M. Soto
N. Gutiérrez	E. Gómez
Diogo	Tabilo
Bossio	Alarcón
Morales	Escobar
Ramos	Letelier
M. Saralegui	Merello
F. Morena	Siviero
Jair Goncalves	R. Gómez
W. Silva	W. Olivera

Partido jugado el 26 de noviembre de 1982 en el Estadio Centenario de Montevideo, Uruguay. **Cambios:** D. Rodríguez por W. Silva (Peñarol), Puebla por Merello y Rubio por Olivera (Cobreloa). **Público:** 55.248. **Juez:** José de Assis Aragao (Brasil).

COBREOLA 0	PEÑAROL 1
	Gol: Fernando Morena.
Wirth	G. Fernández
M. Soto	Diogo
E. Gómez	N. Gutiérrez
Tabilo	Olivera
Alarcón	J. Morales
Escobar	Bossio
Rubio	Saralegui
Merello	Jair Goncalves
Siviero	Vargas
R. Gómez	F. Morena
W. Olivera	Ramos

Partido jugado el 30 de noviembre de 1982 en el Estadio Nacional de Santiago, Chile. **Cambios:** Martínez por Tabilo y Letelier por Olivera (Cobreloa) D. Rodríguez por Ramos (Peñarol). **Público:** 70.400. **Juez:** Romero (Argentina).

ESTE PEÑAROL DEL ASOMBRO SE HIZO DUEÑO DE URUGUAY, DE AMERICA...

...Y AHORA TAMBIÉN EL MUNDO

Hay instantes donde los equipos parecen que se abandonan a sus destinos, que se entregan al genio de algunos hombres o perecen, como siguiendo una ley misteriosa que les ordena trascender o destruirse. Así le ocurrió a Peñarol. Las oleadas de atacantes ingleses iban a sucumbir ante el sólido peñón aurinegro comandado atrás por el glacial coraje de Gustavo Fernández y la resistencia de Saralegui, Bossio, Olivera y Gutiérrez.

Y el ataque de Peñarol, mutilado en el deambular ineficaz de Morena, parecía depender de otro acierto personal, como aquel tiro libre de Jair ante Flamengo en Maracaná...

Aston Villa tiene en su médula el fútbol inglés de siempre. La lucha como emblema, la carrera como axioma, el juego aéreo como síntesis ideal y el pase de líneas rectas, como si se movieran siguiendo los dictados de la geometría de Euclides. En la cancha prevalecía ese estilo, ante la espera de Peñarol que naufragaba en la otra mitad del planteo, porque adelante nadie era capaz de retener la pelota.

El corpulento Peter Eithe parecía convencido de que también podía definir la Copa Intercontinental como ganó la Europea ante el Bayern Munchen en mayo. Fuerte, fortísimo, se elevaba y desde allá arriba, donde llegaba siempre solo, bajaba la pelota que afortunadamente para Peñarol nadie recogía. Rotó por todos lados, tocó, forcejeó, anularlo era el problema aurinegro.

A los 3 minutos, Cowans reventó un pelotazo en el poste cuando la estirada de Gustavo Fernández no alcanzaba. Y recién a los 17 minutos apareció Morena maniobrando el área chica y rematando débil de derecha. Pero cuando el partido se balanceaba en ese entregarse al destino de los equipos, apareció Juan Vicente Morales cortando un pase de Withe a Morley, un diestro que se mueve en general por la izquierda, y salió jugando lentamente, apelando a quien sabe qué ancestral señorío de algún campito perdido en su infancia sanducera. Pasó de largo Shaw, levantó la cabeza y la cortó para Jair. El brasileño la pasó por encima de Mortimer. Allí apareció un Peñarol comenzando a trascender alejándose de la destrucción que le arrastraba el dejarse llevar en esa competencia que imponía el Aston Villa: una lucha física.

Entonces el asombro de los japoneses, que explotaba con los larguísimos saques voleados de Rimmer o la fuerza inglesa en todo el campo, cambió de tono. En vez de asombrarse por la exhibición a cautivarse por la sutil elegancia de Jair, el toque preciso de Morales, el esquive imprevisible de Walkir Silva.

Entre ellos empezaron a poner las cosas en su sitio y desde allí arrancó el sensacional triunfo aurinegro porque todo se centraba en establecer claramente las diferencias. De un lado, el fútbol de las islas, que se empecina otra vez en marchar contra la historia al no adaptarse al ritmo de los tiempos y sus cambios, como si en sus vestuarios se oyeran todavía los himnos con que Rudyard Kipling cantaba las glorias del Imperio. Había sido maravillas de Mortimer, de Shaw, pero sólo son magos entre sus pares.

Del otro lado, el ingenio latino, que es capaz de oponerse a la velocidad y al espíritu de reacción. Por ejemplo, la habilidad aún inexperta de Walkir Silva, que llegó hace cinco meses desde Rivera y ni siquiera soporta un entrenamiento porque jamás lo conoció, pero que puede volverse inalcanzable para los adversarios.

Así se balanceaba el partido cuando a los 27 minutos, Ken McNaught empujó a Morena a siete metros del área, de frente al arco de Rimmer. Jair, que ya dominaba buena parte del partido, le pegó por encima de la barrera. Allá fue Rimmer, la manoteó, dio en el poste, se elevó y giró hacia el medio del arco, por el efecto que llevaba al picar, y traspuso la línea antes de que llegara la zurda de Morena. Si algo faltaba era ése toque de subyugante precisión que apartó el partido del fragor de un combate medieval y lo llevó adonde quería Peñarol: a jugarse en el terreno dispar de las habilidades.

El público reaccionó ante el impacto del gol. La victoria y la derrota hasta ese instante, rayos de una misma luz, se apartaron para siempre. Saralegui, Bossio, Olivera y Gutiérrez se erigieron en columnas que evitaban llegar a pelotas comprometidas a Gustavo Fernández, que apenas bajó algunos centros como para decir quién era el arquero.

Se fue el primer tiempo. Regresaron, y monótono, monocorde, impasible, vayan como vayan las cosas, el Aston Villa seguía lanzando sus oleadas ofensivas y regresando vencido.

A Peñarol le faltaba quien adelante fuera capaz de seguir lo que dictaban Morales y Jair. Apareció entonces el estilo imprevisible de Walkir Silva y esa maquiavélica elegancia de Venancio Ramos, que retrocedió hasta el Mundialito para reencontrarse con aquel fútbol. A partir de ahí, los 10 minutos del segundo tiempo, en Peñarol recién coincidieron las aptitudes con las funciones. Los que desarmaban atrás, los que hacían en el medio, los que ridiculizaban a los rivales sin proponerse ridiculizar en las puntas. Ramos llegó con la pelota en sus pies y pareció haber asestado ese toque de malicia que termina en una sonrisa. Silva arrancaba sin saber él mismo dónde podía terminar y, en un arranque así, terminó el partido.



El delirio se adueño de las calles

La locura, el festejo, la emoción... La algarabía por la conquista hizo estremecer a Montevideo, que se unió en un sólo canto: "Peñarol campeón".

La conquista del Mundo

El brasileño Jair, autor de un gol, festeja el título y el auto que se le dio como premio por ser el mejor jugador del encuentro frente a Aston Villa.





PEÑAROL 2	ASTON VILLA 0
Goles: Jair a los 27' y Silva a los 68'	
Gustavo Fernández	Rimmer
Walter Olivera	Mark Jones
Nelson Gutiérrez	Gary Williams
Diogo	Allan Evans
Bossio	McNaugth
Juan Vicente Morales	Mortimer
Venancio Ramos	Bremmer
Saralegui	Gary Shaw
Fernado Morena	White
Jair	Cowans
Walkir Silva	Morley
DT: Hugo Bagnuolo	***DT:*** Tony Barton

Partido jugado el martes 11 de diciembre de 1982 en el Estadio Nacional de Tokio, Japón. ***Juez:*** Luis Paulino Siles (Costa Rica). ***Público:*** 63.000.

Iban 67 minutos cuando recibió de Ramos entre Williams y Evans, arrancó derecho al arco con esa "insensata ingenuidad" que trae bien adentro y lo lleva a desafiar a los guardias de Su Majestad, aguantó el desesperado foul de McNaught y remató sobre la salida de Rimmer, rebotó en la recarga, se halló con la pelota, el arco libre y un partido del tamaño del mundo definido...

Siguió la mas dramática parte del encuentro. Los ingleses, inclaudicables en su carencia de imaginación, siguieron imperturbables atacando como al comienzo. Peñarol supo que estaba en los umbrales de la gloria y acomodó las cosas de tal modo que hizo del estadio un gran escenario para lo que estaban ofreciendo.

Silva perdió un tercer tanto en el que nadie reparó. Un Peñarol seguro en su destino de campeón quiso ofrendar al ambiente de teatro que son los partidos en Tokio su parte de festival. Aportó los pasos sencillos y nostálgicos de un tango, tan cerca y tan lejos del pueblo japonés. Su fútbol se hizo intimista, sereno, cadencioso. Hasta los hombres mas "opacos" emitiendo sus fulgores.

Y este pueblo que está en nuestras antípodas, en mil sentidos, que escribe y lee de derecha a izquierda, y de arriba a abajo, que se saca los zapatos y no el sombrero al entrar a las casas, donde las mujeres se apartan y reverencian a los hombres, entendió el mensaje final.

Hacer las cosas estériles y complicadas fue la vulgaridad del Aston Villa. Convertirlas en fáciles fue la lección del campeón del mundo.

FRANKLIN MORALES

Nota publicada el 14 de diciembre de 1982 en EL GRÁFICO, Año 64, Nº 3297.

CON EL ÚLTIMO ALIENTO, EL GOL INCREÍBLE, LA VICTORIA SORPRENDENTE. OTRA VEZ CAMPEÓN D





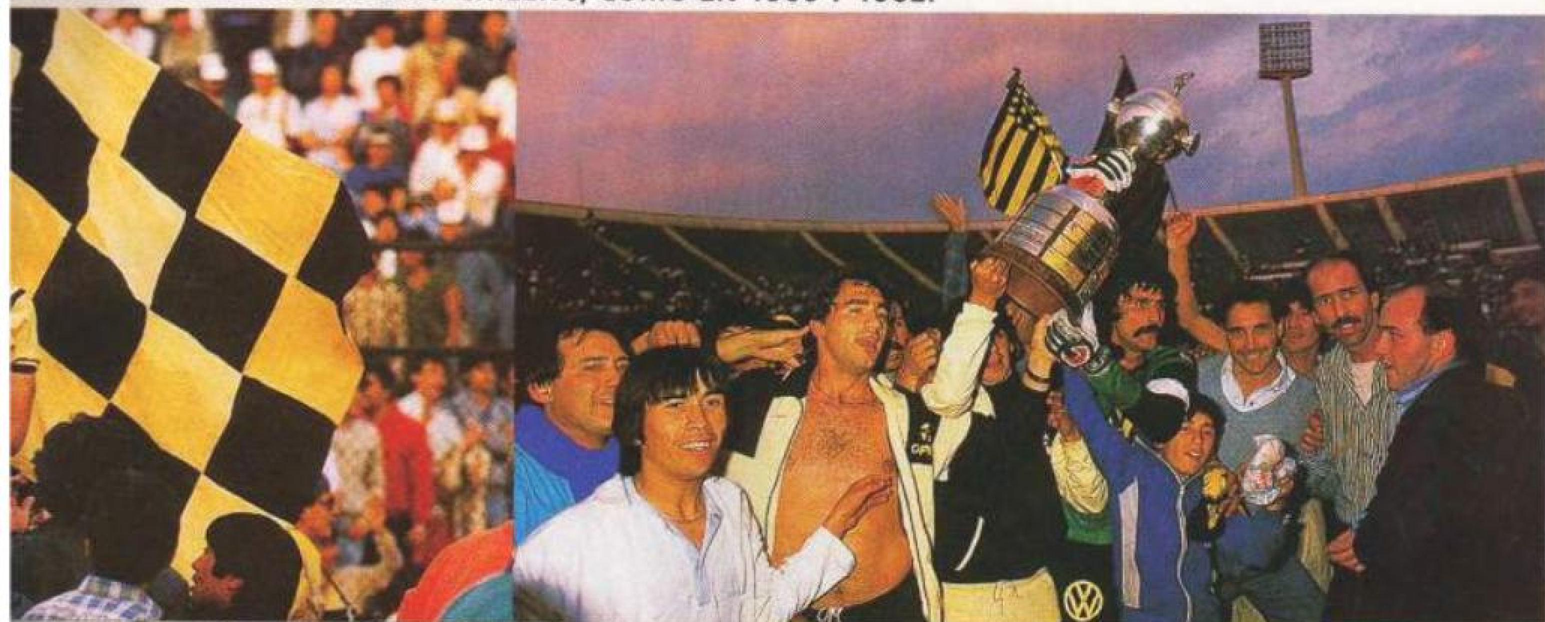
PEÑAROL DE LOS MI

Hay sensaciones que sólo pueden ser expresadas en primera persona del singular. Es el caso de la finalísima por la Copa Libertadores que presencié el sábado en Santiago de Chile. A 24 horas del hecho, sentado en la comodidad de la redacción de EL GRAFICO todavía estoy temblando de excitación. No puedo sacarme de adentro todo el dramatismo, toda la ansiedad emocional de esa definición increíble. Y agradezco al destino haber estado del otro lado de la cordillera. Asistiendo a esa locura que se desató en los cientos de uruguayos que nunca dejaron de alentar a los suyos. Contemplando la desazón y la angustia que desplomaba en sus asientos a los colombianos que tampoco habían dejado de gritar: ¡Dale rojos! Son esos momentos únicos, vibrantes, inolvidables, que sólo ese juego apasionante y hermoso que es el fútbol puede brindar en plenitud.

Porque todo cambió en menos de un segundo. El tiempo que tardó la pelota en partir del empeine izquierdo de Diego Aguirre y sacudir la red del arco de Falcioni. En ese instante, el reloj electrónico de lo alto del estadio señalaba que se habían jugado, sin descuentos, 14 minutos 58 segundos del período final del alargue. Apenas un minuto antes, o menos, los suplentes del América, enfundados en sus buzos de color rojo intenso, pugnaban por meterse en el campo de juego a festejar una Copa que era suya, que no podía tener otro destino que una vitrina en la ciudad de Cali. Los uruguayos, refugiados en sus buzos amarillos, todavía se lamentaban de la oportunidad perdida por centímetros, cuando el remate de Jorge Milton Villar se fue junto al palo izquierdo de Falcioni, sin que la estirada de Ricardo Viera llegara a desviarlo hacia la red. Esa acción había paralizado todos los corazones hasta la inminencia del gol uruguayo. Miré instintivamente el reloj. Marcaba 13 minutos 49 segundos. A un minuto y medio del final ¿podía repetirse una oportunidad semejante? Me lo pregunté y me respondí que no. Que ya la suerte estaba echada. Que era el final de un hermoso sueño acariciado por ese grupo humilde y altivo, bien uruguayo, que conduce Oscar Washington Tabárez.

La lógica más pura, el razonamiento más objetivo y desapasionado, me indicaban que no podría existir en el mundo un equipo de fútbol que todavía guardara en su alma y en sus músculos, en su corazón y en sus tobillos, en su mente y en sus fibras nerviosas, ese resto de lucidez, fervor, energía, entereza y potencia capaz de producir el milagro en el escaso tiempo que faltaba. Había que penetrar en una defensa que cerró muy bien todos los caminos hacia Falcioni durante 119 minutos. Era necesario producir la maniobra profunda, certera, directa y decisiva luego de casi dos horas de lucha enconada, áspera, trabada, cortada, psicológicamente desgastaste, físicamente agotadora. No. Lo que el corazón de los uruguayos que seguían reclamando en su batir de parches, en su grito cada vez más ronco de "¡PE-ÑA-ROL! ¡PE-ÑA-ROL!" desafiaba todas las leyes de lo razonable. Era, nada más y nada menos, que un milagro.

Todo lo que no había pasado en los noventa minutos de juego, técnicamente deslucidos, por momentos tediosos como espectáculo, pareció concentrarse en los últimos 15 minutos del alargue. Lo veía más entero físicamente, controlando la manija psicológica de la lucha, al cuadro de Willington Ortíz, por entonces el futbolista que mejor andaba de arriba y de abajo. América había perdido dos piezas importantes con la salida en camilla de Ricardo Gareca (desgarrado a los 80 minutos) y la expulsión del paraguayo Cabañas junta-



LAGROS

Un gol increíble que cayó del cielo

No quedaba tiempo para nada, pero Peñarol siempre tenía una ficha más. Esta vez, Diego Aguirre marcó la diferencia, cuando todos pensaban en los penales. Como para demostrar que el fútbol es único. Y Peñarol también.

mente con el lateral José Herrera, por mutua agresión, en el minuto 74. Pero el hombre de los goles decisivos, la gran carta de triunfo uruguaya, el tenaz Diego Aguirre, seguía apretado por la marca dura y sin contemplaciones de Aponte y Espinoza. Además, lo notaba realmente cansado. Cuando un jugador se baja las medias, está a una cuarta del calambre. Y en esas condiciones, tal como se lo veía desde arriba al goleador de Peñarol, es muy difícil inventar y ejecutar la jugada decisiva. Un rato antes Aguirre se había perfilado para rematar de izquierda. Se demoró esa décima de segundo suficiente para que el defensor alcanzara a pellizcarla hacia el córner.

Además, desde el banco del América surgió una triquiñuela inesperada, una actitud tramposa que ponía más piedras en el camino de la hazaña aurinegra: con intervalos de medio minuto o menos, tiraban a la cancha una pelota extra para que hubiera en el campo dos balones y se produjera la interrupción del partido. El autor de esa deslealtad fue especialmente el expulsado Cabañas. Cada vez que el bravo Trasante pescaba una de esas pelotas intrusas, la devolvía con la rabia a las tribunas. Al ratito, había otra pelota sobrante en la cancha. Era para destrozarle los nervios a cualquiera. Pero los jugadores uruguayos no acusaron el impacto. Mientras Trasante las devolvía como para que no aparecieran más, sus diez compañeros seguían pensando, con tozuda insistencia, con admirable fijación, en la red de Falcioni.

Ya no quedaba tiempo para nada. Jorge Goncalves -usualmente back central-, ingresando por el lesionado Perdomo, había recibido un golpe muy feo de Cabañas en la boca. Pero seguía empujando. Aguirre sentía que debajo de su ojo derecho, un puñetazo del mismo Cabañas iba aumentando el dolor del hematoma. Pero seguía buscando. Hasta que llegó el milagro faltando apenas dos segundos para bajar el telón.

El cabezazo de Viera, el toque adentro de Villar, la filtración por izquierda de Aguirre dejando en el camino a los marcadores centrales del América, el medio giro y el zurdazo clásico, cruzado, a media altura, buscando el palo más lejano. Toda la vibración, la belleza, el fútbol en su máximo esplendor que habíamos esperado en vano durante 119 minutos estaba ahí. En esa red que se sacudía a espaldas de Falcioni. En la explosión inenarrable del gol. En el maravilloso festejo de la victoria.

A 24 horas de ese momento, repaso lo ocurrido, vuelvo a vivirlo y reafirmo el concepto inicial: El fútbol es único. Pero a la sentencia le falta un cierre que lo perfeccione y le otorgue justicia: PEÑAROL TAMBIEN ES UNICO.

JUVENAL
Fotos: RICARDO ALFIERI (hijo)

Nota publicada el 3 de noviembre de 1987 en EL GRÁFICO, Año 69, N° 3552.

PEÑAROL 1	AMÉRICA 0
Gol: Aguirre	
E. Pereira	Falcioni
J. Herrera	Valencia
Rotti	Espinosa
Trasante	Aponte
Dominguez	Ampudia
Da Silva	Santín
Perdomo	Luna
Viera	Cabañas
Vidal	Ortiz
Aguirre	Gareca
Cabrera	Battaglia

Partido jugado el 31 de octubre de 1987 en el Estadio Nacional de Santiago, Chile. *Cambios:* Jair Goncalves por Perdomo y Villar por Vidal (Peñarol) Esterilla por Gareca (America). *Expulsados:* Herrera (Peñarol), Ampudia y Cabañas (America). *Juez:* H. Silva (Chile). *Público:* 25.000.

PENTACAMPEÓN



El festejo en el Centenario

El encuentro acaba de finalizar. El pentacampeonato ya es una realidad. Y el festejo recién comenzaba...

El equipo de Gregorio Pérez le ganó 3-0 la segunda final a Defensor Sporting y se quedó con el quinto Campeonato Uruguayo en orma consecutiva. Un ciclo que ya había logrado entre 1958 y 1962

Fue el esperado grito después de mil horas de sufrimiento, el que descendió los escalones de la tribuna Amsterdam y se extendió como una tormenta de furia sobre todo el Centenario: "¡Quinqueeeenio! / ¡Quinqueeeenio! / ¡Quinqueeeenio!" Una sola palabra encerraba un sentimiento único, irrepetible. Ese sencillo canto liberó la tensión de 64.000 carboneros que estaban en el estadio y millones que salieron a la calle desde Bella Unión hasta Isla de Flores.

Incluso hasta el mismo cielo se encargó de bendecir este pentacampeonato con una lluvia que intentó apagar la pasión Mirasol. La fiesta fue monumental. Adentro, Peñarol le ganó 3-0 a Defensor Sporting en la segunda final del Campeonato Uruguayo de fútbol. Afuera se desprendían fuegos de colores que saludaban el histórico suceso, los brazos que se abrían y se cerraban sobre las cabezas de los hinchas que acompañaron el ritmo con el sonar de 128.000 palmas, los cuerpos se paraban y se levantaban para provocar la clásica ola que sólo se interrumía en el millar de simpatizantes violetas que ocupaban la Colombes.

Este es el Peñarol de los Milagros, capaz de trasladar la Corriente del Niño hasta el mítico escenario de mil campeonatos y de mil hazañas. Pero como ésta, tal vez, no hubi ni habrá ninguna.

Porque el viejo Peñarol se recuperó entre los golpes y la incertidumbre de tener que levantar un final que no le era favorable. Pero lo hizo con el orgullo y la sangre de un grupo de hombres que hoy puede festejar tranquilo. Tenía que ganar los últimos cinco partidos del Clausura. Los ganó. Tenía que vencer a Nacional para llegar a la final. Lo venció. Tenía que dar vuelta dos clásicos que perdía por dos goles ante el rival de toda la vida. Los dio vuelta. Tenía que imponerse a Defensor Sporting en la definición de las finales. Se impuso.

Todo eso en menos de dos meses y cuando la esperanza de llegar al quinquenio se esfumaba... Fue campeón porque ganó los últimos ocho partidos. No preguntó contra quién: 4-0 a Liverpoll, 2-1 a Danubio, 4-3 a Nacional, 4-3 a Cerro, 1-0 Huracán Buceo, 3-2 a Nacional,

DE LA ERA MODERNA

1-0 y 3-0 a Defensor Sporting. En 53 días convirtió 22 goles para pbtener ocho victorias al hilo y quedarse con el quinto campeonato en forma consecutiva. Un milagro al estilo Peñarol.

Un clásico: ganarle a Nacional

Quizá los gritos no se hubieran alargado tanto en las horas y todo hubiera sido diferente si Peñarol no era campeón de la forma en que lo fue: con los nervios en la garganta y el placer definitivo de haberle ganado los tres clásicos a Nacional.

Claro, el primero del año allá por el 11 de mayo resultó el más tranquilo: 2-0 con goles de Pacheco y Bengoechea, y a la bolsa los Bolsos para extender la paternidad. Todos creían que, después de aquel 19 de octubre, no iban a ver nada igual. Peñarol perdía 3-1, en el primer tiempo, con baile de por medio, pero descontó a los 44 minutos y en los veinte finales llegó la remontada: Jorge Goncalves y Juan Carlos De Lima hicieron tocar el cielo a todos los Carboneros. A partir de ahí, el ex delanterod e Nacional comenzó a ser importante con sus goles con la camiseta aurinegra. Una semana después convirtió el cuarto sobre la hora para ganarle a Cerro. El ingenio popular lo bautizó como "¡Mucama de hotel" porque entraba para hacer el cuarto.

Aunque todavía faltaba más tiempo para las cargadas porque, a pesar de que Defensor Sporting ganó el Clausura, Peñarol se quedó con la tabla anual y debía definir frente a Nacional,q ue iba a ser el rival de los Violetas por el Campeonato Uruguayo 1997.

Otra vez parecía que los Tricolores daban el gusto: 2-0 el primer tiempo y... ¿comienzo de una goleada antologica? No. La furia del equipo de Gregorio Pérez se lanzó sobre el arco de la Colombes y nada pudo contener ese vendaban de quince minutos: Marcelo Zalayeta (62´), Luis Romero (66´) y, otra vez, Juan Carlos De Palma(77´) dieron vuelta la historia que aparentemente, estaba sellada una hora antes.

Peñarol volvía a gozar en su cara a Nacional. El mismo rival que le dio la posibilidad de estar ene se sitio, porque si Juan Ramón Carrasco no le convertía el gol de la victoria a Defensor faltando tres minutos para el final, hoy nadie hablaría del quinquenio. Y es para destacar: ninguna persona puede poner en tela de juicio la caballerosidad deportiva de los jugadores de Nacional.

"¡Peñarol nomá!"

La frase le salía desde el alma al Pato Aguilera en esa noche del 3-2. Aquel miércoles 5 de noviembre quedó para el recuerdo. Alargaba la paternidad a 62 clasicos contra 39, encima tenía la posibilidad de alcanzar el segundo quinquenio. Un logro sólo obtenido por los grandes pero alla lejos, en el sepia del archivo: primero fue para Nacional entre 1938 y 1943 y más tarde para Peñarol en el período que va desde 1958 a 1962.

El miércoles estaban todos allí para intentar establecer la diferencia. un día antes, el martes, a la mañana se abrieron las ventanillas en el shopping Tres Cruces y a la noche no había más populares. El día partido, los 22.000 tickets se evaporaron en el mismo Centenario, en apenas media hora. Quedó gente en las calles y en las casas la radio en la oreja y el grito de Carlos Muñoz que se expandía por todo el país.

Y la final se tiño de amarillo y negro. El Profesor Bengoechea comenzó dando una clase de cómo se le pega a la pelota en movimiento: 1-0 a los 29 minutos. Después, el Toni Pacheco enseño como se pica la pelota cuando sale el arquero: 2-0 a los 77. Más tarde, el pibe De Souza entró para sellar la historia: 3-0 a los 85.

La fiesta fue espectacular y será recordada para siempre. A las 22:58 del 12 de noviembre de 1997, Peñarol terminó de conquistar su segundo quinquenio. Las burlas salían dele stadio y bajaban por la avenida 18 de Julio. Los Manyas miraban por arriba del hombro a los Bolsos, que no querían oír ni ver. Y no es para menos: en los últimos 25 campeonatos han ganado sólo 4 títulos mientras que Peñarol se quedó con 14.

Aquel grito desde la Amsterdam cubrió todo el país: "¡Quinqueeeenio / Quinqueeeenio / Quinqueeeenio!" Una sola palabra -ésa- encerró un año de sufrimiento, dudas, dolor y redención. Como la historia misma de Peñarol.

Nota publicada el 18 de noviembre de 1997 en EL GRAFICO.



La locura carbonera

El Patito Aguilera muestra los cinco dedos de su mano para celebrar la conquista. Fue el segundo quinquenio para Peñarol.



MENSAJE DE DAMIANI

Peñarol es el campeón del siglo.
Esta no es una denominación fanática ni caprichosa, sino que es el fruto de 108 años de gloria, cimentados de 45 Campeonatos Uruguayos - dos Quinquenios de Oro-, 5 Copas Libertadores de América y 3 del Mundo, que
sintetizan decenas de Trofeos Internacionales, amplia supremacía en triunfos clásicos y un sinnúmero de hechos hazañasos que fueron marcando una manera de ser "A LO PEÑAROL".

Los festejos, que coincidieron con nuestro Aniversario 108, superaron todo lo imaginable. Que "PEÑAROL ES UN SENTIMIENTO" quedó reflejado en la emoción y en la alegría de un pueblo que como pocos en el mundo,demuestra permanentemente su fidelidad a sus queridos colores.
Si alguien pretendía poner en duda o contradecir los fundamentos de que PEÑAROL ES EL CAMPEON DEL SIGLO, la respuesta a la convocatoria los volvió a dejar en "fuera de juego".

Me ha tocado ser el último Presidente del Milenio. Por eso tengo la responsabilidad de reconocer todo lo que los anteriores Presidentes y Consejos Directivos han hecho para que la Institución llegue de esta forma al fin de siglo.
Como siempre digo, los triunfos los logran los jugadores y los técnicos. A ellos el reconocimiento eterno de todos los peñarolenses. El agradecimiento a la hinchada, la más grande del mundo en relación
a la población de un país, con la que todo es posible.

Las nuevas generaciones continuarán el camino de éxito insitucional y deportivo que disfrutamos hoy

Ojalá el tránsito hacia el avance tecnológico, la modernización y la eficacia, la sigamos realizando con el sello propio de vivir nuestro sentimiento aurinegro..

Porque Peñarol es ponerle el pecho a la vida.

Contador JOSE PEDRO DAMIANI
Presidente